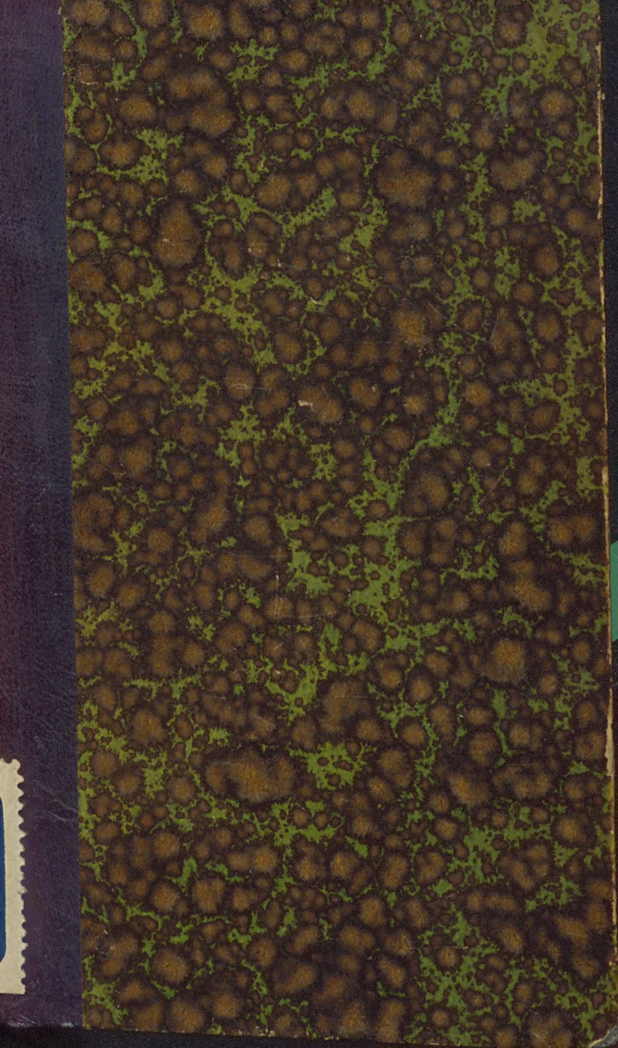



FABRICA DE LIBROS RAYADOS
y Muestrarios
ENCUADERNACIONES
A. GUERRA
SEVILLA
PRIMER PREMIO
EN LA
EXPOSICIÓN SEVILLANA DE 1910

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO II.

LA CELESTINA,

TRAGI-COMEDIA

DE CALISTO Y MELIBEA,

En la cual se contienen, ademas de su agradable y dulce estilo, muchas sentencias filosofales y avisos muy necesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas.

TOMO PRIMERO.

Segunda edicion.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION
calle de Leganitos, 18, 2.°
1878.

Madrid, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

EL AUTOR Á UN SU AMIGO.

Suelen, los que de sus tierras ausentes se hallan, considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia ó falta padezca, para con la tal servir á los conterráneos, de quien en algun tiempo beneficio recebido tienen; y viendo que legítima obligacion á investigar lo semejante me compelia para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recebidas, asaz veces retraido en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juicio á volar, me venía á la memoria, no sólo la necesidad que nuestra comun patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero áun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haber visto, y dél cruelmente lastimada, á causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes ferrerías de Milan, mas en los claros ingenios de dotos varones castellanos formadas. Y como mirase su primor, su sotil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de labor, su estilo elegante, jamas en nuestra lengua castellana visto ni oido, leílo tres ó cuatro veces; y tantas cuantas más lo

leia, tanta más necesidad me ponia de leerlo, y tanto más me agradaba, y en su proceso nuevas sentencias sentia. Vi no sólo ser dulce en su principal historia, ó ficion toda junta; pero áun de algunas sus particularidades salian deleitables fontecicas de filosofía, de otros agradables donaires, de otros avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes, y falsas mujeres hechiceras. Vi que no tenía su firma del autor, el cual, segun algunos dicen, fué Juan de Mena, y segun otros, Rodrigo Cota; pero quien quier que fuese, es digno de recordable memoria por la sotil invencion, por la gran copia de sentencias engeridas, que so color de donaires tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detratores y nocibles lenguas, más aparejadas á reprehender que á saber inventar, quiso celar y encobrir su nombre, no me culpeis, si en el fin bajo que le pongo no expresáre el mio; mayormente que siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad; y quien lo supiese diria, que no por recreacion de mi principal estudio (del cual yo más me precio, como es la verdad) lo ficiese; ántes distraido de los derechos, en esta nueva labor mentremetiese. Pero aunque no acierten, sería pago de mi osadía. Asimesmo pensarian que no quince dias de unas vacaciones, mientra mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuviese, como es lo cierto; pero áun más tiempo y ménos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no sólo á vos, pero á cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conozcais dónde co-

mienzan mis maldoladas razones, acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin division en un acto ó escena incluso, fasta el segundo acto, donde dice: «*Hermanos mios*», etc. Vale.

EL AUTOR, ESCUSÁNDOSE DE SU YERRO EN ESTA OBRA QUE ESCRIBIÓ, CONTRA SÍ ARGUYE Y COMPARA.

El silencio escuda y suele encobrir
La falta de ingenio y torpeza de lenguas:
Blason qu'es contrario, publica sus menguas
A quien mucho habla sin mucho sentir.
Como (la) hormiga que deja de ir,
Holgando por tierra, con la provision:
Jactóse con alas de su perdicion;
Lleváronla en alto, no sabe dónde ir.

El aire gozando ajeno y extraño,
Rapiña es ya hecha de aves que vuelan,
Fuertes más qu'ella; por cebo la llevan;
En las nuevas alas estaba su daño.
Razon es que aplique á mi pluma este engaño,
No despreciando á los que me arguyen,
Así que, á mí mismo mis alas destruyen,
Nublosas y flacas, nascidas de hogaño.

Donde esta gozar pensaba volando,
O yo de escrebir cobrar más honor,
Del uno y del otro nasció desfavor:
Ella es comida y á mí están cortando
Reproches, y vistas, y tachas. Callando
Obstára; y los daños de envidia y murmuros
Insisto remando; y los puertos seguros
Atras quedan todos ya cuanto más ando.

Si bien quereis ver mi limpio motivo,
A cuál se endereza de aquestos extremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,
Apolo, Diana, ó Cupido altivo;
Buscad bien el fin de aquesto qu'escribo,
O de el principio leed su argumento:
Leedlo, veréis que aunque dulce cuento,
Amante, que os muestra salir de captivo.

Como el doliente que píldora amarga
O la recela, ó no puede tragar,
Métela dentro de dulce manjar;
Engáñase el gusto, salud se le alarga:
De esta manera mi pluma se embarga,
Imponiendo dichos lascivos, rientes,
Atrae los oidos de penadas gentes:
De grado escarmientan, y arrojan su carga.

Estando cercado de dudas y antojos,
Compuse la fin quel principio desata;
Acordé dorar con oro de lata
Lo más fino tibar que vi con mis ojos;
Y encima de rosas sembrar mil abrojos.
Suplico, pues, suplan discretos mi falta:
Temen groseros; y en obra tan alta,
O vean, ó callen, ó no den enojos.

Yo vi en Salamanca la obra presente;
Movíme á acabarla por estas razones:
Es la primera, que estó en vacaciones;
La otra imitar á persona prudente;
Y es la final, ver ya la más gente
Vuelta y mezclada en vicios de amor.
Estos amantes les pornán temor
A fiar de alcahueta ni falso sirviente.

Y así que esta obra en el proceder
Fué tanto breve, cuanto muy sotil,
Vi que portaba sentencias dos mil
En forro de gracias, labor de placer.
No hizo Dédalo cierto á mi ver
Alguna más prima entretalladura,
Si fin diera en esta su propia escritura
Cota ó Mena con su gran saber.

Jamas yo me vide en lengua romana,
Despues que me acuerdo, ni nadie la vido,
Obra de'stilo tan alto y subido
En tosca, ni griega, nin la castellana.
No trae sentencia, de donde no mana
Loable al autor y eterna memoria,
Al cual Jesucristo reciba en su gloria
Por su pasion santa, que á todos nos sana.

Vos los que amais, tomad este ejemplo,
Este fino arnés con que os defendais;
Volved ya las riendas, porque no os perdais;
Load siempre á Dios vistando su templo.
Andad sobre aviso: no seais dejemplo
De muertos y vivos y propios culpados;
Estando en el mundo yaceis sepultados.
Muy gran dolor siento cuando esto contemplo.

O damas, matronas, mancebos, casados,
Notad bien la vida que aquestos hicieron;
Tened por espejo su fin cual hobieron;
A otro que amores dad vuestros cuidados.
Limpiad ya los ojos los ciegos errados,
Virtudes sembrando con casto vivir;
A todo correr debeis de huir,
No os lance Cupido sus tiros dorados.

PRÓLOGO.

Todas las cosas deben ser criadas á manera de contienda ó batalla, dice aquel gran sabio Heráclito, en el modo: *Omnia secundum litem fiunt.* Sentencia á mi ver digna de perpetua y recordable memoria; y como sea cierto que toda palabra del hombre sciente está preñada, desta se puede decir, que de muy hinchada y llena quiere reventar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaria harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no baste á más de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que por claror de sus ingenios merescieron ser aprobados, con lo poco que de allí alcanzare satisfaré al propósito deste breve prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco Petrarca, diciendo: *Sine lite atque offensione nihil genuit natura parens:* «Sin lid y ofension ninguna cosa engendró la natura, madre de todo.» Dice más adelante: *Sic est enim, et sic prope modum universa testantur: rapido stellæ obviant firmamento; contraria invicem elementa*

confligunt; terræ tremunt; maria fluctuant; aer quatitur; crepant flammæ; bellum inmortale venti gerunt; tempora temporibus concertant; secum singula, nobiscum omnia. Que quiere decir: «En verdad así es, y así todas las cosas desto dan testimonio; las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo; los adversos elementos unos con otros rompen pelea; tremen las tierras; ondean los mares; el aire se sacude; suenan las llamas; los vientos traen perpétua guerra; los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno á uno, y todos contra nosotros.» El verano vemos que nos aqueja con calor demasiado; el invierno con frio y aspereza: así que, esto que nos paresce revolucion temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos y vivimos, si comienza á ensoberbecerse más de lo acostumbrado, no es sino guerra. E cuanto se ha de temer, manifiéstase por los grandes terremotos y torbellinos; por los naufragios é incendios, así celestiales como terrenales; por la fuerza de los agaduchos; por aquel bramar de truenos; por aquel temeroso ímpetu de rayos; aquellos cursos y recursos de las nubes, de cuyos abiertos movimientos, para saber la secreta causa de que proceden, no es menor la disension de los filósofos en las escuelas, que de las ondas en la mar. Pues entre los animales ningun género caresce de guerra: pesces, fieras, aves, serpientes; de lo cual todo, una especie á otra persigue. El leon al lobo, el lobo á la cabra, el perro á la liebre; y si no paresciese con-

seja detras del fuego, yo llegaria más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un suzuelo raton, y áun de sólo oirle, toma gran temor. Entre las serpientes, el basilisco crió la natura tan ponzoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silbo las asombra, y con su venida las ahuyenta y desparce, y con su vista las mata. La víbora reptilia, ó serpiente enconada, al tiempo de concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho, y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata; y quedando preñada, el primer hijo rompe los ijares de la madre por do todos salen. Ella queda muerta; y el casi vengador de la paterna muerte, se la come. ¿Qué mayor lid, qué mayor contienda ni guerra, que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas? Pues no ménos disensiones naturales creemos haber en los pescados; pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de pesces, cuantas la tierra y el aire cria de aves y animalias, y muchas más. Aristótiles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pesce llamado *echencis*, y cuánto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides. Especialmente tiene una, que si llega á una nao ó carraca, la detiene, que no se puede menear, aunque vaya muy recio por las aguas; de lo cual hace Lucano mencion, diciendo:

Non puppim retinens, Euro tendente rudentes,
In mediis echeneis aquis.

«No falta allí el pesce dicho echeneis, que

detiene las fustas, cuando el viento Euro extiende las cuerdas en medio de la mar.» ¡Oh natural contienda digna de admiracion: poder más un pequeño pesce que un gran navío con toda fuerza de los vientos! Pues si discurrimos por las aves y por sus menudas enemistades, bien afirmarémos ser todas las cosas criadas á manera de contienda. Las más viven de rapiña como leones, águilas y gavilanes: hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos, y debajo las alas de sus madres los vienen á cazar. De una ave llamada rocho, que nace en el índico mar de Oriente, se dice ser de grandeza jamas oida, y que lleva sobre su pico hasta las nubes, no sólo un hombre y diez, pero un navío cargado de todas sus jarcias y gente; y como los míseros navegantes estén tan suspensos en el aire, con el meneo de su vuelo caen, y reciben crueles muertes. Pues ¿qué dirémos entre los hombres, á quien todo lo sobredicho es subjeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos, y movimientos, y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos efectos diversos, y variedades que desta nuestra flaca humanidad nos provienen? Y pues es antigua querella y usitada de largos tiempos, no quiero maravillarme, si esta presente obra ha sido instrumento de lid y contienda á sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella á sabor de su voluntad. Unos decian que

era prolija, otros breve, otros agradable, otros escura; de manera que cortarla á medida de tantas y tan diferentes condiciones, á solo Dios pertenesce. Mayormente, pues ella, con todas las otras cosas que al mundo son, van debajo de la bandera desta noble sentencia: *que áun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla.* Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean; y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe. La segunda no los sabe bien leer. La tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos roen los huesos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, haciéndola cuento de camino; otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atencion, dejando pasar por alto lo que hace más al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, rien lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenibles á sus actos y propósitos. Así que, cuando diez personas se juntaren á oir esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que no haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? Aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas ó

sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenia: una cosa bien excusada, segun lo que los antiguos escritores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se habia de llamar comedia, pues acaba en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer autor quiso dar denominacion del principio, que fué placer, é llamóla comedia: yo viendo estas discordias, entre estos extremos, partí agora por medio la porfía, é llaméla *tragi-comedia.* Así que, viendo estas contiendas, estos dísonos y varios juicios, miré á donde la mayor parte acostaba, y hallé que querian que se alargase en el proceso de su deleite destos amantes, sobre lo cual fuí muy importunado; de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan extraña labor y tan ajena de mi facultad, hurtando algunos ratos á mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreacion, puesto que no han de faltar nuevos detractores á la nueva adicion.

INTRODÚCENSE EN ESTA TRAGI-COMEDIA

LAS PERSONAS SIGUIENTES.

CALISTO, *mancebo enamorado.*
MELIBEA, *hija de Pleberio.*
PLEBERIO, *padre de Melibea.*
ALISA, *madre de Melibea.*
CELESTINA, *alcahueta.*
PARMENO, SEMPRONIO, TRISTAN, SOSIA, } *criados de Calisto*
CRITO, *putañero.*
LUCRECIA, *criada de Pleberio.*
ELICIA, AREUSA, } *rameras.*
CENTURIO, *rofian.*

ARGUMENTO DE TODA LA OBRA.

Calisto fué de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposicion, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fué preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera á su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della (entreveniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde á la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

LA CELESTINA.

ACTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Entrando *Calisto* en una huerta en pos de un falcon suyo, halló á *Melibea*, de cuyo amor preso, comenzóle de hablar. Della rigurosamente despedido, fué para su casa muy angustiado, y habló con un criado suyo llamado *Sempronio*, el cual, despues de muchas razones, le enderezó á una vieja llamada *Celestina*, en cuya casa tenia el mismo criado una enamorada llamada *Elicia*. Esta, viniendo Sempronio á casa de Celestina con el negocio de su amo, tenia otro enamorado consigo llamado *Crito*, al cual escondieron. Entre tanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro su criado por nombre *Parmeno*; y este razonamiento dura hasta que llegan Sempronio y Celestina á casa de Calisto. Parmeno fué conoscido de Celestina, la cual mucho le dice de los hechos y conoscimiento de su madre, induciéndole á amor y concordia de Sempronio.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA, CRITO, PARMENO.

CALISTO.

En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.

¿En qué, Calisto?

CALISTO.

En dar poder á natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer á mi inmérito tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda incomparablemente es mayor tal galardon que el servicio, sacrificio, devocion y obras pias que por este lugar alcanzar yo tengo á Dios ofrescido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningun hombre como agora el mio? Por cierto los gloriosos sanctos que se deleitan en la vision divina, no gozan más que yo agora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste! que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza; é yo, mísero, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA.

¿Por tan gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO.

Téngolo por tanto en verdad, que si Dios me diese el mayor bien que en la tierra hay, no lo ternia por tanta felicidad.

MELIBEA.

Pues áun más igual galardon te daré yo, si perseveras.

CALISTO.

¡Oh bienaventuradas orejas mias, que indignamente tan gran palabra habeis oido!

MELIBEA.

Mas desventuradas de que me acabes de oir; porque la paga será tan fiera cual meresce tu loco atrevimiento; y el intento de tus palabras ha sido, como de ingenio de tal hombre como tú, haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo. Véte, véte de ahí, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que haya cabido en corazon humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO.

Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel... Sempronio, Sempronio, Sempronio. ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.

Aquí estoy, señor, curando destos caballos.

CALISTO.

Pues ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO.

Abatióse el jerifalte, y vínele á enderezar en el alcándara

CALISTO.

Así los diablos te ganen ; así por infortunio arrebatado perezcas, ó perpétuo é intolerable tormento consigas, el cual en grado incomparablemente á la penosa y desastrada muerte que espero, traspase. Anda, anda, malvado, abre la cámara, y adereza la cama.

SEMPRONIO.

Señor, luégo, hecho es.

CALISTO.

Cierra la ventana y *esa puerta*, y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh bienaventurada muerte aquella que deseada á los afligidos viene! O si viniésedes agora, Crato y Galieno, médicos, ¿sentiríades mi mal? ¡Oh piedad celestial, inspira en el pleberio corazon, porque sin esperanza de salud no envie el espíritu perdido con el desastrado Píramo y la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO.

¿Qué cosa es ésta ?

CALISTO.

Véte de ahí, no me hables, si no, quizá (ántes de tiempo) de rabiosa muerte mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO.

Iré, pues solo quieres padescer tu mal.

CALISTO.

Vete con el diablo.

SEMPRONIO.

No creo, segun pienso, irá conmigo, el que contigo queda. ¡Oh desventurado, súbito mal! ¿Cuál fué tan contrario acontescimiento, que así tan presto robó el alegría deste hombre; y lo que peor es, junto con ella el seso? ¿Dejarle he solo, ó entraré allá? Si le dejo matarse ha; si entro allá matarme ha. Quédese, no me curo; mas vale que muera aquel á quien es enojosa la vida, que no yo que huelgo con ella. Aunque por ál no desease vivir, sino por ver mi Elicia, me debría guardar de peligros. Pero si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado á dar cuenta de su vida. Quiero entrar; mas puesto que entre, no quiere consolacion ni consejo. Asaz es señal mortal no querer sanar. Con todo, quiérole dejar un poco desbrave, madure; que oido he decir, que es peligroso abrir ó apremiar las apostemas duras, porque más se enconan. Esté un poco; dejemos llorar al que dolor tiene; que las lágrimas é sospiros mucho desenconan el corazon dolorido. Y áun si delante me tiene, más conmigo se encenderá; que el sol más arde donde puede reverberar; la vista á quien objeto no se antepone, cansa; y

cuando aquel es cerca, agúzase. Por esto quiérome sufrir un poco; si entre tanto se matare, muera. Por ventura con algo me quedaré; que otro no sé con qué mude el pelo malo; aunque malo es esperar salud en muerte ajena. E quizá me engaña el diablo; y si muere, matarme han, é irán allá la soga y el calderon. Por otra parte dicen los sabios, que es grande descanso á los afligidos tener con quién puedan sus cuitas llorar, y que la llaga interior más empesce. Pues en estos extremos en que estoy dudoso y perplejo, lo más sano es entrar, y sufrirle y consolarle; porque aunque es posible sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarecer por arte y por cura.

CALISTO.

Sempronio.

SEMPRONIO.

Señor.

CALISTO.

Dame acá ese laud.

SEMPRONIO.

Señor, veslo aquí.

CALISTO.

¿Cual dolor puede ser tal,
Que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO.

Destemplado está ese laud.

CALISTO.

¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde, aquel en quien la voluntad á la razon no obedesce, quien tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, cuidados, sospechas, todo á una causa? Pero tañe y canta la más triste cancion que sepas.

SEMPRONIO.

Mira Nero de Tarpeya
A Roma cómo se ardia,
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.

CALISTO.

Mayor es mi fuego, y menor la piedad de quien agora digo.

SEMPRONIO.

(No me engaño yo, que loco está mi amo.)

CALISTO.

¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO.

No digo nada.

CALISTO.

Dí lo que dices, no temas.

SEMPRONIO.

Digo, que ¿cómo puede ser mayor el

fuego que atormenta un vivo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO

¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en un dia pasa; y mayor la que quema un alma, que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia á la existencia, como de lo vivo á lo pintado, como de la sombra á lo real: tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto si el del purgatorio es tal, más querria que mi espíritu fuese con los de los brutos animales, que por medio de aquel ir á la gloria de los sanctos.

SEMPRONIO.

(Algo es lo que digo: á más ha de ir este hecho. No basta loco, sino hereje.)

CALISTO.

¿No te digo que hables alto cuando hablares? ¿Qué dices?

SEMPRONIO.

Digo que nunca Dios quiera tal: que especie es de herejía lo que agora dijiste.

CALISTO.

¿Por qué?

SEMPRONIO.

Porque lo que dices contradice la cristiana religion.

CALISTO.

¿Qué me da á mí?

SEMPRONIO.

¿Tú no eres cristiano?

CALISTO.

¿Yo? Melíbico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, é á Melibea amo.

SEMPRONIO.

Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazon de mi amo, que por la boca le sale á borbollones. No es más menester; bien sé de qué pié cojeas; yo te sanaré.

CALISTO.

Increible cosa prometes.

SEMPRONIO.

Antes fácil; que el comienzo de la salud es conocer hombre la dolencia del enfermo.

CALISTO.

¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene órden ni consejo?

SEMPRONIO.

(Há, há, há. ¿Este es el fuego de Calisto? ¿Estas son sus congojas? ¡Como si solamente el amor contra él asestase sus tiros! ¡Oh soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbacion en el amante!

Su límite pusiste por maravilla. Paresce al amante que atras quedan todos; todos pasan, todos rompen, pungidos y agarrochados como ligeros toros, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre por la mujer dejar al padre y la madre; agora no sólo aquellos, mas á tí y á tu ley desampara, como agora Calisto; del cual no me maravillo, pues los sabios, los sanctos, los profetas por ellas te olvidaron.)

CALISTO.

Sempronio.

SEMPRONIO.

Señor.

CALISTO.

No me dejes.

SEMPRONIO.

De otro temple está esta gaita.

CALISTO.

¿Qué te paresce de mi mal?

SEMPRONIO.

Que amas á Melibea.

CALISTO.

¿E no otra cosa?

SEMPRONIO.

Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar captiva.

CALISTO.

Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO.

La perseverancia en el mal no es constancia; mas dureza ó pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamadla como quisiéredes.

CALISTO.

Torpe cosa es mentir el que enseña á otro; pues que tú te precias de loar á tu amiga Elicia.

SEMPRONIO.

Haz lo que bien digo, y no lo que mal hago.

CALISTO.

¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO.

Que sometes la dignidad del hombre á la imperfeccion de la flaca mujer.

CALISTO.

¿Mujer? ¡Oh grosero! Dios, Dios.

SEMPRONIO.

¿E así lo crees, ó burlas?

CALISTO.

¿Qué burlo? Por Dios la creo, por Dios la confieso, y no creo que haya otro soberano en el cielo, aunque entre nosotros mora.

SEMPRONIO.

Há, há, há. (¿Oistes que blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?)

CALISTO.

¿De qué te ries?

SEMPRONIO.

Ríome que no pensaba que habia peor invencion de pecado que en Sodoma.

CALISTO.

¿Cómo?

SEMPRONIO.

Porque aquellos procuraron abominable uso con los ángeles no conoscidos, y tú con el que confiesa ser Dios.

CALISTO.

Maldito seas, que hecho me has reir lo que no pensé hogaño.

SEMPRONIO.

Pues qué, ¿toda tu vida habias de llorar?

CALISTO.

Sí.

SEMPRONIO.

¿Por qué?

CALISTO.

Porque amo aquella, ante quien tan indigno me hallo, que no la espero alcanzar.

SEMPRONIO.

(¡Oh pusilánimo, oh hideputa!) ¡Qué Nembrot, qué magno Alejandre, los cuales no sólo del señorío del mundo, mas del cielo se juzgaron ser dignos!

CALISTO.

No te oí bien eso que dijiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMPRONIO.

Dije que tú, que tienes más corazon que Nembrot ni Alejandre, desesperas de alcanzar una mujer; muchas de las cuales en grandes estados constituidas se sometieron á los pechos y resuellos de viles acemileros, é otras á brutos animales. ¿No has leido de Pasífae con el toro, de Minerva con el can?

CALISTO.

No lo creo, hablillas son.

SEMPRONIO.

Lo de tu abuela con el jimio ¿hablilla fué? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO.

Maldito sea este necio, y qué porradas dice.

SEMPRONIO.

¿Escocióte? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas; llenos están los libros de sus viles é malos ejemplos, é de las caidas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye á Salomon do dice que las mujeres y el vino hacen á los hombres renegar. Aconséjate con Séneca, y verás en qué las tiene. Escucha á Aristótiles, mira á Bernardo.—Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están. Pero por lo dicho y lo que dellas di-

jere, no te contezca error de tomarlo en comun: que muchas hubo y hay sanctas, y virtuosas, y nobles, cuya resplandesciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras, ¿quién te contaria sus mentiras, sus tráfagos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan, osan sin deliberar. ¿Sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presuncion, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desden, su soberbia, su sujecion, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? Considera, ¡qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas! ¡qué imperfeccion, qué albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho, arma del diablo, cabeza de pecado, destruicion de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de San Juan, do dice: *Esta es la mujer, antigua malicia que á Adan echó de los deleites del paraíso; ésta el linaje humano metió en el infierno; á ésta menospreció Elías profeta*, etc.?

CALISTO.

Dí pues, ese Adan, ese Salomon, ese David, ese Aristótiles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron á ellas? ¿Soy más que ellos?

SEMPRONIO.

A los que las vencieron querria que remedases, que no á los que dellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. Sabe que hacen cosas que es difícil entenderlas: no tienen modo, no razon, no intencion, por rigor comienzan el ofrescimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros denuestan en la calle, convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensáñanse presto, apacíguanse luégo; quieren que adevinen lo que quieren. ¡Oh qué plaga, oh qué enojo, oh qué hastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo que aparejadas son á deleite!

CALISTO.

¿Ves? Miéntras más me dices é más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué es.

SEMPRONIO.

No es este juicio para mozos, segun veo, que no se saben á razon someter, ni se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fué discípulo.

CALISTO.

Y á tí que sabes, ¿quién te mostró esto?

SEMPRONIO.

¿Quién? Ellas; que desque se descubren así pierden la vergüenza, que todo esto y aun más á los hombres manifiestan. Ponte pues en la medida de honra, piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dejarse hombre caer de su merescimiento, que ponerse en más alto lugar que debe.

CALISTO.

Pues ¿quién soy yo para eso?

SEMPRONIO.

¿Quién? Lo primero eres hombre é de claro ingenio; y más, á quien la natura dotó de los mejores bienes que tuvo; conviene á saber: de hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza; y allende desto, fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cuantía, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandescen. Porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, á ninguno acaesce en esta vida ser bienaventurado; y más, en constelacion de todos eres amado.

CALISTO.

Pero no de Melibea; y en todo lo de que me has gloriado, Sempronio, sin propor-

cion ni comparacion se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelente ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud ó inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco, porque haya algun refrigerio. Y lo que te diré será de lo descubierto, que si de lo oculto hablar te pudiera, no fuera necesario altercar tan miserablemente estas razones.

SEMPRONIO.

(¿Qué mentiras, ó qué locuras dirá agora este captivo de mi amo?)

CALISTO.

¿Cómo es eso?

SEMPRONIO.

Digo que muy gran placer habré de lo oir. (Así te medre Dios como me será agradable ese sermon.)

CALISTO.

¿Qué?

SEMPRONIO.

Que así me medre Dios como me será gracioso de oir.

CALISTO.

Pues porque hayas placer, yo lo figuraré por partes muy por extenso.

SEMPRONIO.

Duelos tenemos; esto es tras lo que yo

no andaba. De pasar se habrá ya esta importunidad.

CALISTO.

Comienzo por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son, y no resplandescen ménos. Su longura hasta el postrero asiento de sus piés; despues de crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha más menester para convertir los hombres en piedras.

SEMPRONIO.

(Más en asnos.)

CALISTO.

¿Qué dices?

SEMPRONIO.

Dije que esos tales no serian cerdas de asnos.

CALISTO.

Ved, ¡qué torpe, y qué comparacion!

SEMPRONIO.

(¿Tú cuerdo?)

CALISTO.

Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labrios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco más luengo que redondo, el pecho alto, la

redondez y forma de las pequeñuelas tetas, ¿quién te las podria figurar? ¡Qué se despereza el hombre cuando las mira! La tez lisa é lustrosa, el cuero suyo escurece la nieve, la color mezclada, cual ella la escogió para sí.

SEMPRONIO.

(En sus trece se está este necio.)

CALISTO.

Las manos pequeñas en mediana manera, é de dulce carne acompañadas, los dedos luengos, las uñas en ellos largas y coloradas que parescen rubíes entre perlas. Aquella proporcion que ver no puedo sin duda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor que la que Páris juzgó entre las tres deesas.

SEMPRONIO.

¿Has dicho?

CALISTO.

Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO.

Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno.

CALISTO.

¿En qué?

SEMPRONIO.

En que ella es imperfecta, por el cual defecto desea y apetesce á tí, y á otro mé-

nos que tú. ¿No has leido el filósofo do dice: *así como la materia apetesce á la forma, así la mujer al varon?*

CALISTO.

¡Oh triste, y cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!

SEMPRONIO.

Posible es, y aunque la aborrezcas cuanto agora la amas, podria ser alcanzándola, viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás.

CALISTO.

¿Con qué ojos?

SEMPRONIO.

Con ojos claros.

CALISTO.

Y agora ¿con qué la veo?

SEMPRONIO.

Con ojos de alinde, con que lo poco paresce mucho, y lo pequeño grande. Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo.

CALISTO.

¡Oh! Dios te dé lo que deseas. ¡Qué glorioso me es oirte, aunque no espero que lo has de hacer!

SEMPRONIO.

Antes lo haré cierto.

CALISTO.

Dios te consuele. El jubon de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístelo tú.

SEMPRONIO.

Prospérete Dios por éste y por muchos más que me darás. (De la burla yo me llevo lo mejor; con todo, si destos aguijones me da, traérsela he hasta la cama. ¡Bueno ando! Hácelo esto que me dió mi amo; que sin merced, imposible es obrarse bien ninguna cosa.)

CALISTO.

No seas agora negligente.

SEMPRONIO.

No lo seas tú, que imposible es hacer siervo diligente el amo perezoso.

CALISTO.

¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

SEMPRONIO.

Yo te lo diré. Dias há grandes que conozco en fin de esta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas promoverá y provocará á lujuria, si quiere.

CALISTO.

¿Podríala yo hablar?

SEMPRONIO.

Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéjate; seile gracioso, seile franco; estudia, miéntras voy, para le decir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO.

Ya tardas.

SEMPRONIO.

Ya voy: quede Dios contigo.

CALISTO.

E contigo vaya. ¡Oh todopoderoso, perdurable Dios¡ ¡Tú, que guias los perdidos, y á los reyes orientales por el estrella precedente á Betlen trajiste, y en su patria los redujiste! humildemente te ruego que guies á mi Sempronio, de manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, é yo indigno merezca venir en el deseado fin.

CELESTINA.

Albricias, albricias, Elicia. Sempronio, Sempronio.

ELICIA.

Ce, ce, ce.

CELESTINA.

¿Por que?

ELICIA.

Porque está aqui Crito.

CELESTINA.

Mételo en la camarilla de las escobas:

presto. Dile que viene tu primo y mi familiar.

ELICIA.

Crito, retráete ahí. Mi primo viene; perdida soy.

CRITO.

Pláceme, no te congojes.

SEMPRONIO.

¡Madre bendita! ¡Qué deseada te traigo! Gracias á Dios, que te me dejó ver.

CELESTINA.

Hijo mio, rey mio, turbado me has; no te puedo hablar. Torna y dame otro abrazo. ¿E tres dias pudiste estar sin vernos? Elicia, Elicia, cátale aquí.

ELICIA.

¿A quién, madre?

CELESTINA.

Á Sempronio.

ELICIA.

¡Ay triste! Saltos me da el corazon. Y ¿qué es de él?

CELESTINA.

Vesle aquí, vesle. Yo me lo abrazaré, que no tú.

ELICIA.

¡Ay! maldito seas, traidor. Postema y landre te mate, y á manos de tus enemigos mueras, y por crímenes dignos de

cruel muerte en poder de rigurosa justicia te veas. ¡Ay, ay!

SEMPRONIO.

Há, há, há. ¿Qué es, mi Elicia, de qué te acongojas?

ELICIA.

Tres dias há que no me ves. Nunca Dios te vea; nunca Dios te consuele ni visite. ¡Guay de la triste que en tí tiene su esperanza y el fin de todo su bien.

SEMPRONIO.

Calla, señora mia; ¿tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entreñable amor y el fuego que está en mi corazon? Do yo voy, conmigo vas, conmigo estás; no te aflijas, ni atormentes más de lo que yo he padescido. Mas di, ¿qué pasos suenan arriba?

ELICIA.

¿Quién? Un mi enamorado.

SEMPRONIO.

Pues créolo.

ELICIA.

A la hé verdad es: sube allá, y verlo has.

SEMPRONIO.

Voy.

CELESTINA.

Anda acá; deja á esa loca, que es liviana, y turbada de tu ausencia, sácasla ago-

ra de seso. Dirá mil locuras. Vén y hablemos; no dejemos pasar el tiempo en balde.

SEMPRONIO.

Pues ¿quién está arriba?

CELESTINA.

¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO.

Quiero.

CELESTINA.

Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO.

¿Qué fraile?

CELESTINA.

No lo procures.

SEMPRONIO.

Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA.

¿Porfías? El ministro Gordo.

SEMPRONIO.

¡Desventurada, y qué carga espera!

CELESTINA.

Todas la llevamos. Pocas mataduras has tú visto en la barriga.

SEMPRONIO.

Mataduras no, mas petreras sí.

CELESTINA.

¡Ay burlador!

SEMPRONIO.

Deja, si soy burlador, muéstramela.

ELICIA.

¡Ah! don malvado, ¿verla querias? Los ojos se te salten; que no basta á tí una ni otra. Anda, vela, y deja á mí para siempre.

SEMPRONIO.

Calla, vida mia, no te enojes; que ni quiero ver á ella ni á mujer nascida. A mi madre quiero hablar, y quédate adios.

ELICIA.

Anda, anda, ve, desconocido, y estáte otros tres años que no me vuelvas á ver.

SEMPRONIO.

Madre mia, bien ternás confianza, y creerás que no te burlo. Toma el manto, y vamos; que por el camino sabrás lo que si aquí me tardase en decir, impediria tu provecho y el mio.

CELESTINA.

Vamos, Elicia, quédate adios, cierra la puerta. Adios, paredes.

SEMPRONIO.

O madre mia, todas las cosas dejadas aparte, solamente sei atenta, é imagina en lo que te diré; é no derrames el pensamiento en muchas partes, que quien en diversos lugares lo pone, en ninguno lo

tiene junto, sino por caso determina lo cierto. Quiero que sepas de mí lo que no has oido, y es, que jamas pude, despues que mi fe contigo puse, desear bien de que no te cupiese parte.

CELESTINA.

Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad de esta pecadora vieja. Pero dí, no te detengas; que la amistad que entre tí y mí se afirma, no ha menester preámbulos, ni corolarios, ni aparejos para ganar voluntad. Abrevia, y vén al hecho; que vanamente se dice por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

SEMPRONIO.

Así es. Calisto arde en amores de Melibea; de mí y de tí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos; que conoscer el tiempo, y usar el hombre de la oportunidad, hace á los hombres prósperos.

CELESTINA.

Bien has dicho, al cabo estoy; basta para mí mecer el ojo. Digo, que me alegro mucho destas nuevas, como los cirujanos de los descalabrados. Y como aquellos dañan en los principios las llagas, y encarescen el prometimiento de la salud, así entiendo yo hacer á Calisto. Alargarle hé la

certinidad del remedio, porque, como dicen, la esperanza luenga aflige el corazon, y cuanto él la perdiere, tanto se la prometeré. Bien me entiendes.

SEMPRONIO.

Callemos, que á la puerta estamos; y, como dicen, las paredes han oidos.

CELESTINA.

Llama.

SEMPRONIO.

Ta, ta, ta.

CALISTO.

Parmeno.

PARMENO.

Señor.

CALISTO.

¿No oyes, maldito sordo?

PARMENO.

¿Qué es, señor?

CALISTO.

A la puerta llaman, corre.

PARMENO.

¿Quién es?

SEMPRONIO.

Abre á mí y á esta dueña.

PARMENO.

Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas.

CALISTO.

Calla, calla, malvado, que es mi tia: corre, abre. Siempre lo vi, que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor. Por encubrir yo este hecho de Parmeno, á quien amor ó fidelidad ó temor pusieran freno, caí en indignacion desta que tiene tan grande poderío en mi vida.

PARMENO.

¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congojas? Y ¿tú piensas que es vituperio en las orejas desta el nombre que la llamé? No lo creas; que así se glorifica en le oir, como tú cuando dicen: diestro caballero es Calisto. Y demas desto es nombrada y por tal título conoscida. Si entre cien mujeres va, y alguno dice *puta vieja,* sin ningun empacho luégo vuelve la cabeza, y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella pasan tiempo. Si pasa por cabe los perros, aquello suena su ladrido; si están cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando la pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: *puta vieja.* Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar; si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos; carpinteros y

armeros, herradores, caldereros : todos oficio de instrumento forma en el aire su nombre : cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores, tejedores, labradores en las huertas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afan cotidiano; al perder en los tableros, luégo suenan sus loores; todas cosas que son hacen á do quiera que ella está, el tal nombre representan. ¡Oh qué comedor de huevos asados era su marido! ¿Qué quieres más, sino que si una piedra topa con otra, luégo suena *puta vieja?*

CALISTO.

Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PARMENO.

Saberlo has. Dias grandes son pasados con mi madre, mujer pobre, moraba en su vecindad, la cual rogada por esta Celestina me dió á ella por sirviente, aunque ella no me conosce, por lo poco que la serví, y por la mudanza que la edad ha hecho.

CALISTO.

¿De qué la servias?

PARMENO.

Señor, iba á la plaza, y traíla de comer y acompañábala; suplia en aquellos menesteres á que mi tierna fuerza bastaba. Pero de aquel poco tiempo que la serví, recogí á la nueva memoria lo que la vieja

no ha podido quitar. Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del rio, una casa apartada, medio caida, poco compuesta y ménos abastada. Ella tenía seis oficios; conviene á saber: lavrandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito de hechicera. Era el primer oficio cobertura de los otros, so color del cual muchas mozas destas sirvientes entraban en su casa á labrarse y á labrar camisas, gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venia sin torrezno, trigo, harina ó jarro de vino y de las otras provisiones que podian á sus amas hurtar, y áun otros hurtillos de más calidad allí se encubrian. Asaz era amiga de estudiantes, é despenseros y mozos de abades; á éstos vendia ella aquella sangre inocente de las cuitadillas, la cual ligeramente aventuraban en esfuerzo de la restitucion que ella les prometia. Subió su hecho á más; que por medio de aquellas comunicaba con las más encerradas, hasta traer á ejecucíon su propósito. Y aquestas en tiempo honesto, como de estaciones, procesiones de noche, misas del gallo, misas del alba y otras secretas devociones, muchas encubiertas vi entrar en su casa; tras ellas hombres descalzos, contritos, rebozados y desatacados, que entraban allí á llorar sus pecados. ¡Qué tráfa-

gos, si piensas, traia! Hacíase física de niños, tomaba estambre de unas casas, y dábalo á hilar en otras, por achaque de entrar en todas. Las unas, madre acá; las otras, madre acullá: cata la vieja, ya viene el ama, de todas muy conoscida. Con todos estos afanes, nunca pasaba sin misa ni vísperas; ni dejaba monasterio de frailes ni de monjas; esto porque allí hacía sus aleluyas y conciertos. Y en su casa hacía perfumes, falseaba estoraques, menjuí, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetes. Tenía una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de alambre, é de estaño, hechos de mil faciones: hacía soliman, afeites cocidos, argentadas, bujeladas, cerillas, lanillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimentes, albarinos y otras aguas de rostro; de rasuras, de gamones, de corteza de espantalobos, de taragontia, de hieles, de agraz, de mosto, deslitados y azucarados. Adelgazaba los cueros con zumo de limones, con turbino, con tuétano de corzo y de garza, y otras confecciones. Sacaba agua para oler de rosas, de azahar, de jazmin, de trébol, de madre-selva, y clavellinas mosquetadas y almizcadas, polvorizadas con vino. Hacía lejía para enrubiar, de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre y millefo-

lia, y otras diversas cosas. Y los untos y mantecas y sebos que tenía, es hastío de decir: de vaca, de oso, de caballos, de camello, de culebras y de conejo, de ballena, de garza y de alcaraban, de gamo, de gato montero y de tejon, de harda, de erizo, de nutria: aparejos para baños; esto es maravilla, de las hierbas y raíces que tenía en el techo de su casa colgadas: manzanilla, romero, malvabiscos, culantrillo, coronilla, flor de saúco y de mostaza, espliego, laurel blanco, tortarosa y gramonilla, flor salvaje é higueruela, pico de oro y hoja tinta. Los aceites que sacaba para el rostro no es cosa de creer. De estoraque, de jazmin, de limon, de pepitas, de violetas, de menjuí, de alfócigos, de piñones, de granillo, de azofaifas, de neguilla, de atramuces, de arvejas y de carrillas, de hierba pajarera; y un poquillo de bálsamo tenia ella en una redomilla, que guardaba para aquel rasguño que tiene por las narices. Esto de los virgos, unos hacia de vejiga, y otros curaba de punto. Tiene en un tabladillo en una cajuela pintada unas agujas delgadas de pellejeros, é hilos de seda encerados, y colgadas allí raices de hoja plasma y fuste sanguino, cebolla, albarrana, y cepacaballo; hacía con esto maravillas. Cuando vino aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgo una criada que tenía.

CALISTO.

Así pudiera ciento.

PARMENO.

Sí, ¡santo Dios! Y remediaba por caridad muchas huérfanas y erradas que se encomendaban á ella. Y otro apartado tenía para remediar amores, y para se querer bien. Tenía huesos de corazon de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, aguija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pié de tejon, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venian á ella muchos hombres y mujeres; y á unos demandaba el pan do mordian, á otros de su ropa, á otros de sus cabellos; á otros pintaba en la palma letras con azafran, á otros con bermellon; daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas, é otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintaba figuras, decia palabras en tierra..... ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía, y todo era burla y mentira?

CALISTO.

Bien está, Parmeno, déjalo para más oportunidad. Asaz soy de tí avisado, téngotelo en gracia. No nos detengamos, que la necesidad desecha la tardanza. Oye,

aquella viene rogada: espera más que debe; vamos, no se indigne. Yo temo, y el temor reduce á la memoria y á la providencia despierta. Sús; vamos, proveamos. Pero ruégote, Parmeno, la envidia de Sempronio, que en esto me sirve y complace no ponga impedimento en el remedio de mi vida; que si para él hubo jubon, para tí no faltará sayo. Ni pienses que tengo en ménos tu consejo y aviso, que su trabajo y obra; como lo espiritual sepa yo que precede á lo corporal. Y puesto que las bestias corporalmente trabajen más que los hombres, por eso son pensadas y curadas, y no en amistad tenidas; en tal diferencia serás conmigo en respeto de Sempronio; y so secreto sello, pospuesto el dominio, por tal amigo á tí me concedo.

PARMENO.

Quéjome, señor, de la duda de mi fidelidad y servicio, por los prometimientos y amonestaciones tuyas. ¿Cuándo me viste, señor, envidiar, ó por ningun interese ni resabio tu provecho estorcer?

CALISTO.

No te escandalices; que sin duda tus costumbres y gentil crianza en mis ojos, ante todos los que me sirven, están. Mas como en caso tan arduo, de todo mi bien y vida penden, es necesario proveer, proveo

á los acontescimientos, como quiera que creo que tus buenas costumbres sobre todo buen natural florescen, y el buen natural sea principio del artificio. Y no más, sino vamos á ver la salud.

CELESTINA.

Pasos oigo; acá descienden. Haz, Sempronio, que no los oyes; escucha, y déjame hablar lo que á tí y á mí conviene.

SEMPRONIO.

Habla.

CELESTINA.

No me congojes, ni me importunes, que sobrecargar el cuidado en aguijar al animal congojoso. Así sientes la pena de tu amo Calisto, que paresce que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sujeto. Pues cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso; porque él alcanzará su intento, ó moriré en la demanda.

CALISTO.

Parmeno, detente, ce, escucha que hablan éstos: veamos en qué ley vivimos. ¡Oh notable mujer, ó bienes mundanos, indignos de ser poseidos de tan alto corazon! ¡Oh fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Parmeno? ¿Oiste? ¿Tengo razon? ¿Qué me dices, rincon de mi secreto, y consejo y ánima mia?

PARMENO.

Protestando mi inocencia en la primera sospecha, y cumpliendo con la fidelidad, porque me concediste, hablaré. Oyeme, y el afeto no te ensorde, ni la esperanza del deleite te ciegue. Témplate, y no te apresures; que muchos con codicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Aunque soy mozo, cosas he visto asaz, y el seso y la vista de muchas cosas demuestran la experiencia. De verte ó de oirte descender por la escalera, parlan éstos lo que fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu deseo.

SEMPRONIO.

Celestina, ruinmente suena lo que Parmeno dice.

CELESTINA.

Calla, que para mi santiguada, *do vino el asno verná la albarda.* Déjame tú á Parmeno, que yo te lo haré uno de nos; y de lo que hubiéremos, démosle parte; que los bienes, si no son comunicados, no son bienes. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos: yo te lo traeré manso y benigno á picar el pan en el puño y seremos *dos á dos*; y (como dicen) *tres al mohino.*

CALISTO.

Sempronio.

SEMPRONIO.

Señor.

CALISTO.

¿Qué haces, llave de mi vida? Abre. O Parmeno, ya la veo, sano soy, vivo soy. Mira, ¡qué reverenda persona, qué acatamiento! Por la mayor parte por la fisonomía es conoscida la virtud interior. ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh virtud envejescida! ¡Oh gloriosa esperanza de mi deseado fin! ¡Oh fin de mi deleitosa esperanza! ¡O salud de mi pasion, reparo de mi tormento, regeneracion mia, vivificacion de mi vida, resurreccion de mi muerte! Deseo llegar á tí codicioso de besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aquí adoro la tierra que huellas, y en tu reverencia la beso.

CELESTINA.

Sempronio, de aquellas vivo yo. Los huesos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme á comer; pues ál le sueño, *ál freir lo verá.* Dile que cierre la boca y comience á abrir la bolsa, que de las obras dudo, cuanto más de las palabras. *Xo, que te estriego, asna coja;* más habia de madrugar.

PARMENO.

¡Guay de orejas que tal oyen! ¡Perdido es quien tras perdido anda! ¡Oh Calisto

desventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando á la más antigua puta tierra que refregaron sus espaldas en todos los burdeles. Deshecho es, vencido es, caido es, no es capaz de ninguna redencion, consejo ni esfuerzo.

CALISTO.

¿Qué decia la madre? Parésceme que pensaba que le ofrecia palabras por escusar galardon.

SEMPRONIO.

Así lo sentí.

CALISTO.

Pues ven conmigo, trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO.

Bien harias, y luégo vamos; que no se debe dejar crescer la hierba entre los panes, ni la sospecha en los corazones de los amigos, sino alimpiar luégo con el escardillo de las buenas obras.

CALISTO.

Astuto hablas, vamos y no tardemos.

CELESTINA.

Pláceme, Parmeno, que habemos habido oportunidad para que conozcas el amor mio para contigo, y la parte que en mi inmérito tienes. Y digo *inmérito* por lo que te oí decir, de que no hago caso. Porque vir-

tud nos amonesta á sufrir las tentaciones, y no dar mal por mal; y en especial cuando somos tentados por mozos, y no bien astutos en lo mundano, en que con nescia lealtad pierden á sí y á sus amos, como agora tú á Calisto. Bien te oí; y no pienses que el oir con los otros exteriores sentidos mi vejez haya perdido; que no sólo lo que veo, oyo y conozco, mas áun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Parmeno, que Calisto anda de amor quejoso, y no lo juzgues por eso por flaco; que el amor ímprobo todas las cosas vence. Y sabe, si no lo sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forzoso al hombre amar á la mujer, y la mujer al hombre; la segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto, porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual peresceria. Y no sólo en la humana especie, mas en los pesces, en las bestias, en las aves, en las reptilias, y en lo vegetativo algunas plantas han este respecto, si sin interposicion de otra cosa en poca distancia de tierra están puestas; en que hay determinacion de herbolarios y agricultores ser machos y hembras. ¿Qué dirás á esto, Parmeno? ¿Nezuelo, loquito, angelico, perlica, simplecito, lobito en tal

gusto? Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. Mas rabia mala me mate, si te llego á mí, aunque vieja; la voz tienes ronca, las barbas te apuntan. Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PARMENO.

Como cola de alacrán.

CELESTINA.

Y áun peor; que la otra muerde sin hinchar, y la tuya hincha por nueve meses.

PARMENO.

Hi, hi, hi.

CELESTINA.

¿Ríeste, landrecilla mala?

PARMENO.

Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, aunque mozo, por insipiente. Amo á Calisto, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficios, por ser dél bien honrado y bien tratado, que es la mayor cadena que el amor del servidor al servicio del señor prende, cuanto lo contrario aparta. Véole perdido; y no hay cosa peor que ir tras el deseo sin esperanza de buen fin; y especial pensando remediar su hecho tan arduo y difícil con vanos consejos y nescias razones de aquel bruto de Sempronio, que es pensar *sacar aradores á pala y azadon*. No lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

CELESTINA.

Parmeno, ¿tú no ves que es simpleza ó nescedad llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PARMENO.

Por eso lloro, que si con llorar fuese posible traer á mi amo el remedio, tan grande sería el placer de la tal esperanza, que de gozo no podria llorar; pero así perdida ya toda la esperanza, pierdo la alegría, y lloro.

CELESTINA.

Lloras sin provecho por lo que llorando estorbar no podrás, ni sanarlo presumas. A otros ¿no ha acontecido esto, Parmeno?

PARMENO.

Sí; pero á mi amo no le querria doliente.

CELESTINA.

No lo es; mas áun cuando fuese doliente, podria sanar.

PARMENO.

No curo de lo que dices, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor es la potencia que el acto. Así que, mejor es ser sano, que poderlo ser; y mejor es poder ser doliente, que ser enfermo por acto. Y por tanto es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

CELESTINA.

¡Oh malvado, cómo que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho hasta agora? ¿De qué te quejas? Pues burla, ó dí por verdad lo falso, y cree lo que quisieres; que él es enfermo por acto, y el poder ser sano es en mano desta flaca vieja.

PARMENO.

Mas desta flaca puta vieja.

CELESTINA.

Putos dias vivas, bellaquillo; ¿y cómo te atreves?

PARMENO.

Como te conozco.....

CELESTINA.

¿Quién eres tú?

PARMENO.

¿Quién? Parmeno, el hijo de Alberto tu compadre, que estuve contigo un poco de tiempo, que te me dió mi madre cuando morabas á la cuesta del rio, cerca de las tenerías.

CELESTINA.

¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿y tú eres Parmeno, hijo de la Claudina?

PARMENO.

Á la hé yo.

CELESTINA.

Pues fuego malo te queme, que tan puta

vieja era tu madre como yo; ¿por qué me persigues, Parmenico? ¿Es él? Él es, por los sanctos de Dios. Allégate á mí; ven acá, que mil azotes y puñadas te dí en este mundo, y otros tantos besos. ¿Acuérdaste cuando dormias á mis piés, loquito?

PARMENO.

Sí, en buena fe; y algunas veces, aunque era niño, me subias á la cabecera, y me apretabas contigo, y porque olias á vieja me huia de tí.

CELESTINA.

Mala landre te mate; ¡y cómo lo dice el desvergonzado! Dejadas burlas y pasatiempos, oye agora, mi hijo, y escucha: que aunque á un fin soy llamada, á otro soy venida, y maguer á que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes cómo tu madre (que Dios haya) te me dió, viviendo tu padre; el cual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió, sino con la incertidumbre de tu vida y persona; por la cual ausencia algunos años de su vejez sufrió angustiosa y cuidadosa vida; y al tiempo que della pasó, envió por mí, y en su secreto te me encargó, y me dijo sin otro testigo sino aquel que es testigo de todas las obras y pensamientos, y los corazones y entrañas escudriña, al cual puso entre él y mí, que te buscase,

y allegase, y abrigase. Y cuando de cumplida edad fueses, tal que en tu vivir supieses tener manera y forma, te descubrieses adónde dejó encerrada tal copia de oro y plata, que basta más que la renta de tu amo Calisto. Y porque se lo prometí, con mi promesa llevó descanso; y la fe es de guardar más que á los vivos á los muertos, que no pueden hacer por sí. En pesquisa y seguimiento tuyo he gastado asaz tiempo y cuantías, hasta agora que ha placido á aquel que todos los cuidados tiene, y remedia las justas peticiones y las piadosas obras endereza, que te hallase aquí, donde solos há tres dias que sé que moras. Sin duda dolor he sentido, porque has tantas partes vagado y peregrinado, que ni has habido provecho ni ganado deudo ni amistad. Porque, como Séneca dijo, los peregrinos tienen muchas posadas y pocas amistades, porque en breve tiempo con ninguno pueden firmar amistad. Y el que está en muchos cabos está en ninguno; ni puede aprovechar el manjar á los cuerpos que en comiendo se lanza; ni hay cosa que más la sanidad impida que la diversidad y mudanza y variacion de los manjares; y nunca la llaga viene á cicatrizar, en la cual muchas medicinas se tientan; ni convalesce la planta que muchas veces es traspuesta; y no hay cosa tan provechosa que en

llegando aproveche. Por tanto, hijo mio, deja los ímpetus de la juventud, y tornándote con la doctrina de tus mayores á la razon, reposa en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, á quien tus padres te remitieron? E yo así como verdadera madre tuya te digo, so las maldiciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente sufras y sirvas á este tu amo que procuraste, hasta en ello ver otro consejo mio. Pero no con nescia lealtad, proponiendo firmeza sobre lo movible, como son estos señores deste tiempo. Y tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia, no vivas en flor; deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desecan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos; como la sanguijuela, sacan la sangre, y desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardon. ¡Guay de quien en palacio envejece! Como se escribe de la probática piscina, que de ciento que entraban sanaba uno. Estos señores deste tiempo más aman á sí que á los suyos; y no yerran: los suyos igualmente lo deben hacer. Perdidas son las mercedes, las magnificencias, los actos nobles: cada uno destos captiva, y mezquinamente procura su interese con los suyos. Pues aquellos no deben mé-

nos hacer, como sean en facultades menores, sino vivir á su ley. Dígolo, hijo Parmeno, porque este tu amo (como dicen) me paresce rompenecios: de todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme, en su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano; que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados ó condiciones pocas veces acontezca. Caso es ofrescido, como sabes, en que todos medremos, y tú por el presente te remedies; que lo ál que te he dicho, guardado te está á su tiempo, y mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

PARMENO.

Celestina, todo tremo en oirte; no sé qué haga; perplejo estoy. Por una parte te tengo por madre, por otra á Calisto por amo. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube á lo alto, más aína cae que subió. No querria bienes mal ganados.

CELESTINA.

Yo sí: *á tuerto ó á derecho*, *nuestra casa hasta el techo.*

PARMENO.

Pues yo con ellos no viviria contento, y tengo por honesta cosa la pobreza alegre; y áun más te digo, que no los que poco tienen son pobres, más los que mucho desean. Y por esto, aunque más digas no te

creo en esta parte. Querria pasar la vida sin envidia; los yermos y asperezas sin temor; el sueño sin sobresalto; las injurias sin respuesta; las fuerzas sin denuesto, las premias con resistencia.

CELESTINA.

Oh hijo, muy bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos; y tú mucho mozo eres.

PARMENO.

Mucho más segura es la mansa pobreza.

CELESTINA.

Mas dí, como Maron, que la fortuna ayuda á los osados; que demas desto, ¿quién es quien tenga bienes en la república que escoja vivir sin amigos? Pues, loado Dios, bienes tienes; y ¿no sabes que has menester amigos para los conservar? Y no pienses que tu privanza con este señor te hace seguro: que cuanto mayor es la fortuna tanto es ménos segura: y por tanto en los infortunios el remedio es los amigos. Y ¿adónde puedes ganar mejor este deudo que donde las tres maneras de amistad concurren? Conviene á saber: por bien, y provecho, y deleite. Por bien, mira la voluntad de Sempronio conforme á la tuya, y en la gran similitud que tú y él en la virtud teneis. Por provecho, en la mano está si sois concordes. Por deleite,

semejable es como seais en edad dispuestos para todo linaje de placer, en que más los mozos que los viejos se juntan: así como para jugar, para vestir, para burlar, para comer y beber, para negociar los amores, juntos de compañía. ¡Oh, si quisieses tú, Parmeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama á Elicia, prima de Areusa.

PARMENO.

¿De Areusa?

CELESTINA.

De Areusa.

PARMENO.

¿De Areusa, hija de Eliseo?

CELESTINA.

De Areusa, hija de Eliseo.

PARMENO.

¿Cierto?

CELESTINA.

Cierto.

PARMENO.

Maravillosa cosa es.

CELESTINA.

¿Pero bien te paresce?

PARMENO.

No cosa mejor.

CELESTINA.

Pues tu buena dicha quiere, aquí está quien te la dará.

PARMENO.

Mia fe, madre, no creo á nadie.

CELESTINA.

Extremo es creer á todos, é yerro no creer á ninguno.

PARMENO.

Digo que te creo, pero no me atrevo; déjame.

CELESTINA.

¡Oh mezquino! de enfermo corazon es no sufrir el bien. *Da Dios habas á quien no tiene quijadas.* ¡Oh simple! Dirás que adonde hay mayor entendimiento hay mayor fortuna: y donde más discrecion allí menor es la fortuna, y dichas son.

PARMENO.

¡Oh Celestina! Oido he á mis mayores que un ejemplo de lujuria ó avaricia mucho mal hace; y que con aquellos debe hombre conversar que le hagan mejor; y aquellos dejar á quien él mejores piensa hacer. Y Sempronio en su ejemplo no me hará mejor, ni yo á él sanaré su vicio. Y puesto que yo á lo que dices me incline, solo yo querria saberlo; porque á lo ménos pro ejemplo fuese oculto el pecado. Y si hombre vencido del deleite va contra la virtud, no se atreva á la honestidad.

CELESTINA.

Sin prudencia hablas, que de ninguna

cosa es alegre posesion sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetesce lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales; y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas. Esto hice, estotro me dijo, tal donaire pasamos, de tal manera la tomé, así la besé, así me mordió, así la abracé, así se allegó. ¡Oh qué habla, oh qué gracia, oh qué juegos, oh qué besos! Vamos allá, volvamos acá, ande la música, pintemos motes, cantemos canciones, hagamos invenciones, justemos. ¿Qué cimera sacarémos ó qué letra? Ya va á la misa, mañana saldrá, rondemos su calle, mira su carta, vamos de noche, tenme la escala, guarda la puerta. ¿Cómo te fué? Cata el cornudo, sola la deja, dale otra vuelta, tornemos allá. Y para esto, Parmeno, ¿hay deleite sin compañía? A la hé, á la hé, *el que las sabe las tañe:* éste es el deleite que lo al mejor lo hacen los asnos en el prado.

PARMENO.

No querria, madre, me convidases á consejo con amonestacion de deleite, como hicieron los que caresciendo de razonable fundamento, opinando hicieron sectas envueltas en dulce veneno para cazar ó tomar las voluntades de los flacos, y con

polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razon.

CELESTINA.

¿Qué es razon, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discrecion que no tienes lo determina; y de la discrecion mayor es la prudencia; y la prudencia no puede ser sin experimento; y la experiencia no puede ser más que en los viejos; y los ancianos somos llamados padres; y los buenos padres muy bien aconsejan á sus hijos, y especial yo á tí, cuya vida y honra más que la mia deseo Y ¿cuándo me pagarás tú esto? Pues nunca á los padres ni á los maestros puede ser hecho servicio igualmente.

PARMENO.

Todo me recelo, madre, de rescebir dudoso consejo.

CELESTINA.

¿No quieres? Pues decirte he lo que dice el sabio: *al varon que con dura cerviz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná, y sanidad ninguna le conseguirá*. Y así, Parmeno, me despido de tí y deste negocio.

PARMENO.

Muy ensañada está mi madre; duda grande tengo en su consejo; yerro es no creer, y culpa creerlo todo. Mas humano

es confiar, mayormente en esta que interese promete, á do provecho se puede allende de amor conseguir. Oido he que debe hombre á sus mayores creer. Esta ¿qué me aconseja? Paz con Sempronio, la paz no se debe negar; que bien aventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados. Amor no se debe rehuir, ni caridad á los hermanos; interese pocos le apartan; pues quiérole complacer y oir. Madre, no se debe ensañar el maestro de ignorancia del discípulo; si no, raras veces la sciencia (que es de su natura comunicable) y en pocos lugares se podria infundir. Por eso, perdóname y háblame, que no sólo quiero oirte y creerte, mas en singular merced recibir tu consejo. Y no me lo agradezcas, pues el loor y las gracias de la accion más al dante que al recibiente se deben dar. Por eso manda; que á tu mandado mi consentimiento se humilla.

CELESTINA.

De los hombres es errar, y bestial es porfiar; por ende gózome, Parmeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos, y respondido al conoscimento, discrecion é ingenio sotil de tu padre, cuya persona, agora representada en mi memoria, enternesce los ojos piadosos por do

tan abundantes lágrimas ves derramar. Algunas veces duros propósitos, como tú, defendía; pero luégo tornaba á lo cierto. En Dios y en mi ánima, que en ver agora lo que has porfiado, y cómo á la verdad eres reducido, no paresce sino que vivo le tengo delante. ¡Oh qué persona, oh qué hartura, oh qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio, con quien tu conformidad para más oportunidad dejo; que dos en un corazon viviendo, son más poderosos de hacer y de entender.

CALISTO.

Duda traigo, madre, segun mis infortunios, de hallarte viva; pero más es maravilla, segun el deseo, de cómo llego vivo. Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofresce.

CELESTINA.

Como en el oro muy fino labrado por la mano de sotil artífice la obra sobrepuja á la materia, así se aventaja á tu magnífico dar la gracia y forma de tu liberalidad. Y sin duda la presta dádiva su efecto ha doblado; porque la que tarda, el prometimiento muestra negar y arrepentirse del dón prometido.

PARMENO.

¿Qué le dió, Sempronio?

SEMPRONIO.

Cien monedas de oro.

PARMENO.

Hi, hi, hi.

SEMPRONIO.

¿Habló contigo la madre?

PARMENO.

Calla, que sí.

SEMPRONIO.

Pues, ¿cómo estamos?

PARMENO.

Como quisieres, aunque estó espantado.

SEMPRONIO.

Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

PARMENO.

¡Oh Dios! No hay pestilencia más eficaz que el enemigo de casa para empescer.

CALISTO.

Ve agora, madre, y consuela tu casa; despues ven y consuela la mia luégo.

CELESTINA.

Quede Dios contigo.

CALISTO.

Y él te guarde.

ACTO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo; al cual como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le paresce tardanza. Envia de sí á Sempronio á solicitar á Celestina para el concebido negocio Quedan entre tanto Calisto y Parmeno juntos razonando.

SEMPRONIO, CALISTO, PARMENO.

CALISTO.

Hermanos mios, cien monedas dí á la madre, ¿hice bien?

SEMPRONIO.

¡Ay si hiciste bien! Allende de remediar tu vida ganaste muy gran honra. Y ¿para qué es la fortuna favorable y próspera sino para servir á la honra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que ésta es premio y galardon de la virtud; y por eso la damos á Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la cual consiste en la liberalidad y franqueza. Á ésta los duros tesoros no comunicados

la escurescen y pierden, y la magnificencia y liberalidad la ganan y subliman. ¿Qué aprovecha tener lo que se niega aprovechar? Sin duda te digo que es mejor el uso de las riquezas que la posesion dellas. ¡Oh qué glorioso es el dar; oh qué miserable es recebir! Cuanto es mejor el acto que la pasion, tanto es más noble el dante que el recibiente. Entre los elementos, el fuego, por ser más activo, es más noble, y en las esferas puesto en más noble lugar. Y dicen algunos que la nobleza es una alabanza que proviene de los merecimientos y antigüedad de los padres; yo digo que la ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes. Y por tanto, no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fué, sino en la tuya. Y así se gana la honra, que es el mayor bien de los que son fuera del hombre; de lo cual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y áun te digo, que la virtud perfecta no pone que sea hecho con digno honor: por ende goza de haber sido así magnífico y liberal; y de mi consejo tórnate á la cámara y reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado: de donde ten por cierto, pues el comienzo lleva bueno, el fin será muy mejor; y vamos luégo, porque sobre este negocio quiero hablar contigo más largo.

CALISTO.

Sempronio, no me paresce buen consejo quedar yo acompañado, y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la aquejes; pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardanza mi pena, de su olvido mi desesperanza. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo: haz de manera que en sólo verte ella á tí juzgue la pena que á mí queda y fuego que me atormenta; cuyo ardor me causó no poder mostrarle la tercia parte de mi secreta enfermedad, segun tiene mi lengua y sentidos ocupados y consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasion, hablarla has á rienda suelta.

SEMPRONIO.

Señor, querria ir por cumplir tu mandado, querria quedar por aliviar tu cuidado. Tu temor me aqueja, tu soledad me detiene. Quiero tomar consejo con la obediencia; que es ir y dar priesa á la vieja. Mas ¿cómo iré, que en viéndote solo dices desvaríos de hombre sin seso? Sospirando, gemiendo, mal trovando, holgando con lo escuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento; donde si perseveras, ó de muerte ó loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña

quien te allegue placeres, diga donaires, taña canciones alegres, cante romances, cuente historias, pinte motes, finja cuentos juegue á naipes, arme motes: finalmente, que sepa buscar todo género de dulce pasatiempo para no dejar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recebiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CALISTO.

¡Cómo, simple! ¿no sabes que alivia la pena llorar la causa? ¿Cuánto es dulce á los tristes quejar su pasion? ¿Cuánto descanso traen consigo los quebrantados sospiros? ¿Cuánto relievan y disminuyen los lagrimosos gemidos el dolor? Cuantos escribieron consuelos no dicen otra cosa.

SEMPRONIO.

Lee más adelante, vuelve la hoja, hallarás que dicen: que fiar en lo temporal y buscar materia de tristeza que es igual género de locura. Y aquel Macías, ídolo de los amantes, del olvido, porque no se olvidaba, se queja. En el contemplar está la pena de amor, en el olvidar el descanso. Huye de tirar coces contra el aguijon; finge alegría y consuelo, y serlo ha. Que muchas veces la opinion trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad, pero para moderar nuestro sentido y regir nuestro juicio.

CALISTO.

Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama á Parmeno y quedará conmigo. Y de aquí en adelante sei como sueles leal; que en el servicio del criado está el galardon del señor.

CALISTO.

Parmeno.

PARMENO.

Aquí estoy, señor.

CALISTO.

Yo no, pues no te veia. No te apartes della, Sempronio, ni me olvides á mí, y vé con Dios. Tú, Parmeno, ¿qué te paresce de lo que hoy ha pasado? Mi pena es grande. Melibea alta, Celestina sábia y buena maestra destos negocios. No podemos errar: tú me la has aprobado con toda tu enemistad. Yo te creo; que tanta es la fuerza de la verdad, que las lenguas de los enemigos trae á su mandar. Así que pues ella es tal, más quiero dar á ésta cien monedas que á otra cinco.

PARMENO.

¿Ya lloras? (Duelos tenemos: en casa se habrán de ayunar estas franquezas.)

CALISTO.

Pues pido tu parescer, seime agradable, Parmeno. No abajes la cabeza al responder; mas como la envidia es triste, la tris-

teza sin lengua, puede más contigo su voluntad que mi temor y mando. ¿Qué dijiste enojoso?

PARMENO.

Digo, señor, que fueran mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios á Melibea, que no dar dineros á aquella que yo me conozco; y lo que peor es, hacerte su captivo.

CALISTO.

¿Cómo, loco, su captivo?

PARMENO.

Porque á quien dices el secreto, das tu libertad.

CALISTO.

Algo dice el nescio; pero quiero que sepas, cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, ó por gravedad de obediencia, ó por señorío de estado, ó esquividad de género, como entre esta mi señora y mí, es necesario intercesor ó medianero, que suba de mano en mano mi mensaje á manos de aquella á quien yo segunda vez hablar tengo por imposible. Y pues que así es, dime si lo hecho apruebas.

PARMENO.

Apruébelo el diablo.

CALISTO.

¿Qué dices?

PARMENO.

Digo, señor, que nunca yerro vino desacompañado, y que un inconveniente es causa y puerta de muchos.

CALISTO.

El dicho yo lo apruebo; el propósito no lo entiendo.

PARMENO.

Señor, porque perderse el otro dia el neblí fué causa de tu entrada en la huerta de Melibea á le buscar, la entrada, causa de la ver y hablar, la habla engendró amor, el amor parió tu pena, la pena causará perder tu cuerpo, y el alma y hacienda, y lo que más dello siento, es venir á manos de aquella trota-conventos, despues de tres veces emplumada.

CALISTO.

Así, Parmeno, dí más deso, que me agrada, pues mejor me paresce, cuanto más la desalabas. Cumpla conmigo, y emplúmenla la cuarta. Desatinado eres, sin pena hablas; no te duele donde á mí, Parmeno.

PARMENO.

Señor, más quiero que airado me reprehendas porque te doy enojo, que arrepentido me condenes porque no te dí consejo; pues perdiste el nombre de libre cuando captivaste tu voluntad.

CALISTO.

Palos querrá este bellaco. Dí, mal criado, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Y tú, ¿qué sabes de honra? Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena crianza, ya que te vendes por discreto? ¿No sabes que el primer escalon de locura es creer ser sciente? Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociáras aquella ardiente llaga que la cruel flecha de Cupido me ha causado. Cuanto remedio Sempronio me acarrea con sus piés, tanto apartas tú con tu lengua, con tus vanas palabras. Fingiéndote fiel, eres un terron de lisonjas, bote de malicias, el mismo meson y aposentamiento de la envidia, que por disfamar la vieja á tuerto ó á derecho, pones en mis amores desconfianza; sabiendo que esta mi pena y fluctuoso dolor no se rige por razon, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su ida y tu quedada; yo quíselo todo; y así me padezco el trabajo de su ausencia y tu presencia. *Valiera más solo que mal acompañado.*

PARMENO.

Señor, flaca es la fidelidad que temor de pena la convierte en lisonja, mayormente con señor á quien dolor y aficion priva y

tiene ajeno de su natural juicio. Quitarse ha el velo de la ceguedad; pasarán estos momentáneos fuegos; conoscerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cáncer, que las blandas de Sempronio, que lo ceban, atizan su fuego, avivan tu amor, encienden tu llama, añaden astillas, que tenga que gastar hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO.

Calla, calla, perdido; estoy yo penando, y tú filosofando. No te espero más. Saquen un caballo, límpienle mucho, aprieten bien la cincha, por si pasare por casa de mi señora y mi dios.

PARMENO.

Mozos. No hay mozo en casa, yo me lo habré de hacer; que á peor vendrémos desta vez, que ser mozo de espuelas. Anda, pase. *Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.* ¿Relinchais, don caballo? ¿No basta un celoso en casa, ó barruntas á Melibea?

CALISTO.

¿Viene ese caballo? ¿Qué haces, Parmeno?

PARMENO.

Señor, veslo aquí, que no está Sosia en casa.

CALISTO.

Pues ten ese estribo, abre más esa puer-

ta, y si viniere Sempronio con aquella señora, dí que esperen, que presto será mi vuelta.

PARMENO.

Mas nunca sea. Allá irás con el diablo. A estos locos decidles lo que les cumple; no os podrán ver. Por mi ánima que si agora le diesen una lanzada en el calcañar que saliesen más sesos que de la cabeza. Pues anda, que á mi cargo que Celestina y Sempronio te espulguen. ¡Oh desdichado de mí! Por ser leal padezco mal. Otros se ganan por malos, yo me pierdo por bueno: el mundo es tal. Quiérome ir al lado de la gente, pues á los traidores llaman discretos, y á los fieles nescios. Si creyera á Celestina con sus seis docenas de años acuestas, no me maltratára Calisto. Mas esto me pondrá escarmiento de aquí en adelante con él; que si dijere comamos, yo tambien; si quisiere derrocar la casa, aprobarlo he; si quemar su hacienda, iré por fuego. Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé á alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá. Pues dicen: *á rio revuelto, ganancia de pescadores*; mas, *nunca más perro al molino.*

ACTO TERCERO.

ARGUMENTO.

Sempronio se va á casa de Celestina, á la cual reprende por la tardanza: pónense á buscar qué manera tomen en el negocio de Calisto y Melibea. En fin sobreviene Elicia. Vase Celestina á casa de Pleberio; quedan Sempronio y Elicia en casa.

SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA.

SEMPRONIO.

¡Qué espacio lleva la barbuda! Ménos sosiego traian sus piés á la venida. *A dineros pagados, brazos quebrados.* Ce, señora Celestina, poco has aguijado.

CELESTINA.

¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO.

Este nuestro enfermo no sabe qué pedir; de sus manos no se confia; *no se le cuece el pan;* teme su negligencia; maldice su avaricia y cortedad, porque te dió tan poco dinero.

CELESTINA.

No es cosa más propia de los que aman que la impaciencia: toda tardanza les es tormento; ninguna dilacion les agrada; en un momento querrian poner en efecto sus cogitaciones; ántes las querrian ver concluidas que empezadas; mayormente estos novicios amantes, que tras cualquier señuelo vuelan sin deliberacion, sin pensar el daño que el cebo de su deseo trae mezclado en su ejercicio y negociacion para sus personas y sirvientes.

SEMPRONIO.

¿Qué dices de sirvientes? Paresce por tu razon que nos pueda venir á nosotros daño deste negocio, y quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto. Aun al diablo daria yo sus amores. Al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan. Más vale perder lo servido que la vida por cobrallo. El tiempo me dirá qué haga; que primero que caiga del todo dará señal, como casa que se acuesta. Si te paresce, madre, guardemos nuestras personas de peligro; hágase lo que se hiciere, si no la hobiere hogaño, si no, á otro año, si no, nunca; que no hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios, que el tiempo no la ablande y haga comportable. Ninguna llaga tanto se sintió, que

por luengo tiempo no aflojase su tormento; ni placer tan alegre fué que no lo amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiracion, y venidos con gran deseo, tan presto como pasados son olvidados. Cada dia vemos novedades, y las oimos, y las pasamos, y dejamos atras; disminúyelas el tiempo, hácelas contingibles. ¿Qué tanto te maravillaria si dijesen, la tierra tembló, ó otra semejante cosa, que no la olvidases luégo? Así como helado está el rio, el ciego ve ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquel es ya obispo, á Pedro robaron, Inés se ahorcó. ¿Qué me dirás sino que á tres dias pasados ó á la segunda vista no hay quien dello se maraville? Todo es así, todo pasa desta manera, todo se olvida, todo queda atras. Pues así será este amor de mi amo: cuanto más fuere andando, tanto más disminuyendo; que la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas. Procuremos provecho, miéntras pendiere su contienda; y si á pié enjuto le pudiéremos remediar, lo mejor, mejor es; y si no, poco á poco le soldaré-

mos el reproche ó desprecio de Melibea contra él. Donde no, más vale que pene el amo que no que peligre el mozo.

CELESTINA.

Bien has dicho; contigo estoy, y agradado me has, no podemos errar. Pero todavía es necesario, hijo, que el buen procurador ponga de su casa algun trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos autos, ir y venir á juicio, aunque reciba malas palabras del juez; siquiera por los presentes que lo vieren, no digan que se gana holgando el salario; y así verná cada uno á él con su pleito, y á Celestina con sus amores.

SEMPRONIO.

Haz á tu voluntad, que no será éste el primer negocio que has tomado á cargo.

CELESTINA.

¿El primero, hijo? Pocas vírgenes, á Dios gracias, has tú visto en esta ciudad, que hayan abierto tienda á vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En nasciendo la muchacha la hago escribir en mi registro; y esto para que yo sepa cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿Habíanme de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¡Tengo otra casa ó viña? ¿Conóscesme otra hacienda más deste oficio? ¿De qué como y

bebo? ¿De qué visto y calzo? ¿En esta ciudad nascida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe? ¿Conoscida pues no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa tenle por estranjero.

SEMPRONIO.

Dime, madre, ¿qué pasaste con mi compañero Parmeno cuando subí con Calisto por el dinero?

CELESTINA.

Díjele el sueño y la soltura, y cómo ganaria más con nuestra compañía que con las lisonjas que dice á su amo; cómo viviria siempre pobre y baldonado si no mudaba el consejo, que no se hiciese santo á tal perra vieja como yo, acordéle quién era su madre, porque no menospreciase mi oficio, porque queriendo de mí decir mal, tropezase primero en ella.

SEMPRONIO.

¿Tantos dias ha que le conoces, madre?

CELESTINA.

Aquí está Celestina que le vido nascer y le ayudó á criar: su madre y yo, uña y carne. Della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio; juntas comiamos, juntas dormiamos, juntas habiamos nuestros solaces, nuestros placeres, nuestros consejos y conciertos; en casa y fuera como dos hermanas; nunca blanca gané en que no tuviese

su mitad; pero no vivia yo engañada si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡Oh muerte, muerte! ¡A cuántos privas de agradable compaña! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visitacion! Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz. Que siendo ella viva no fueran estos mis pasos desacompañados. Buen siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fué; que jamas me dejó hacer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traia el pan, ella la carne; si yo ponia la mesa, ella los manteles; no loca, no fantástica ni presuntuosa como las de agora. En mi ánima, descubierta se iba hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano, que en todo el camino no oia peor que *señora Claudina.* Y á osadas que otra conoscia peor el vino y cualquier mercaduría. Cuando pensaba que no era llegada, era de vuelta. Allá la convidaban, segun el amor todos la tenian, que jamas volvia sin ocho ó diez gustaduras, un azumbre en el jarro y otro en el cuerpo; así le fiaban dos ó tres arrobas en veces, como sobre una taza de plata. Su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones habia; si íbamos por la calle, donde quiera que hubiésemos sed, entrábamos en la primer taberna, y luégo mandaba echar media azumbre para mojar la boca; mas á mi cargo que no le quitaban la toca

por ello, sino cuanto la rayaban en tarja, y andar adelante. Si tal fuese agora su hijo, á mi cargo que tu amo quedase sin pluma y nosotros sin queja. Pero yo lo haré de mi hierro, si vivo, y lo contaré en el número de los mios.

SEMPRONIO.

¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

CELESTINA.

A ese tal dos alevosos; haréle ver á Areusa; será de los nuestros. Darnos ha lugar á tender las redes sin embarazo por aquellas doblas de Calisto.

SEMPRONIO.

¿Pues crees que podrás alcanzar algo de Melibea? ¿Hay algun buen ramo?

CELESTINA.

No hay cirujano que á la primera cura juegue la herida; lo que yo al presente veo, te diré. Melibea es hermosa, Calisto loco y franco; y ni á él penará gastar, ni á mí ayudar. Bulla moneda, y dure el pleito lo que duráre. Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta; los rios pasa en seco; no hay lugar tan alto, que un asno cargado de oro no lo suba. Su desatino y ardor basta para perder á sí y ganar á nosotros. Esto he sentido; esto he calado, eso sé dél y della, esto es lo que nos ha de aprove-

char. A casa voy de Pleberio: quédate adios, que aunque esté brava Melibea, no es ésta (si á Dios ha placido) la primera á quien yo he hecho perder el cacarear. Cosquillosicas son todas; mas despues que una vez consienten la silla en el envés del lomo, nunca querrian holgar. Por ellas queda el campo; muertas sí, cansadas no; si de noche caminan, nunca querrian que amanesciese; maldicen los gallos porque anuncian el dia, y al reloj porque da tan apriesa; requieren las cabrillas y el norte, haciéndose estrelleras. Ya cuando ven salir el lucero del alba, quiéreseles salir el alma; su claridad les escurece el corazon. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar; nunca me vi cansada; y áun así vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo: cuanto más éstas que hierven sin fuego. Cautívanse del primer abrazo, ruegan á quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, á los chirriadores quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido. No te sabré decir lo mucho que obra en ellas el dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio, contino están posadas en los extremos.

SEMPRONIO.

No te entiendo esos términos, madre.

CELESTIAN.

Digo, que la mujer ama mucho á aquel de quien es requerida, ó le tiene grande odio. Así que, si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor; y con esto que sé cierto, voy más consolada á casa de Melibea que si en la mano la tuviese. Porque sé, que aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo, para tener causa de entrar, donde mucho no soy conoscida, la primera vez; así como gorgueras, garvines, franjas, rodetes, tenazuelas, alcohol, albayalde, soliman, agujas y alfileres. Que tal hay que tal quiere; porque donde me tomare voz, me halle apercibida para les echar cebo ó requerir de la primera vista.

SEMPRONIO.

Madre; mira bien lo que haces; porque cuando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin. Piensa en su padre, que es noble y esforzado, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única á ellos; faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo: *no vayas por lana y vengas sin pluma.*

CELESTINA.

¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO.

O emplumada, madre, que es peor.

CELESTINA.

A la hé, en mala hora, á tí yo he menester por compañero. ¿Aun si quisieses avisar á Celestina en su oficio? Pues cuando tú naciste ya comia yo pan con corteza. Para adalid eres tú bueno, cargado de agüeros y recelo.

SEMPRONIO.

No te maravilles, madre, de mi temor; pues es comun condicion humana, que lo que mucho se desea, jamas se piensa ver concluido; mayormente que en este caso temo tu pena y mia. Deseo provecho, querria que este negocio hubiese buen fin; no porque saliese mi amo de pena, mas por salir yo de laceria. Y así miro más inconvenientes con mi poca experiencia, que no tú como nuestra vieja.

ELICIA.

Santiguarme quiero, Sempronio; quiero hacer una raya en el agua. ¿Qué novedad es ésta, venir hoy acá dos veces?

CELESTINA.

Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está

desocupada la sala? ¿Fuése la moza que esperaba al ministro?

ELICIA.

Y áun despues vino otra, y se fué.

CELESTINA.

Sé que no en balde.

ELICIA.

No, en buena fe, ni Dios lo quiera; que aunque vino tarde, *más vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga.*

CELESTINA.

Pues sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpentino, que hallarás colgado del pedazo de la soga que traje del campo la otra noche cuando llovia y hacia escuro; y abre el arca de los lienzos, y hácia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquella ala de dragon, al que sacamos ayer las uñas. Mira no derrames el agua de mayo que me trajeron á confícionar.

ELICIA.

Madre, no está donde dices; jamas te acuerdas de cosa que guardes.

CELESTINA.

No me castigues, por Dios, en mi vejez, ni me maltrates, Elicia. No enfinjas, porque está aquí Sempronio, ni te ensober-

bezcas; que más me quiere á mí por consejera que á tí por amiga, aunque le ames mucho. Entra en la cámara de los ungüentos, y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba; le hallarás, y baja la sangre del cabron, y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

ELICIA.

Toma, madre, veslo aquí; yo me subo y Sempronio arriba.

CELESTINA.

Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la córte dañada, capitan soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos, que los hervientes étneos montes manan, gobernador y vedor de los tormentos, y atormentador de las pecadoras ánimas; regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aleto; administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite, con todas las lagunas y sombras infernales, y litigioso cáos, mantenedor de las volantes arpías con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo, Celestina, tu más conoscida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerzas de estas bermejas letras; por la sangre de aquella noturna ave, con que están escritas; por la gravedad de aquestos nombres y

signos que en este papel se contienen; por la áspera ponzoña de las víboras, de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado; vengas sin tardanza á obedescer mi voluntad, y en ello te envuelvas, y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad que haya lo compre; y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto más lo mirare, tanto más su corazon se ablande á conceder mi peticion; y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y escuras; acusaré cruelmente tus contínuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre; y otra y otra vez te conjuro. Así confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo envuelto.

ACTO CUARTO.

ARGUMENTO.

Celestina andando por el camino habla consigo misma, hasta llegar á la puerta de Pleberio, donde halla á Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese con ella en razones: sentidas por Alisa, madre de Melibea, y sabiendo que es Celestina, hácela entrar en casa. Viene un mensajero á llamar á Alisa: vase. Queda Celestina en casa de Melibea, y descúbrele la causa de su venida.

CELESTINA, LUCRECIA, ALISA, MELIBEA.

CELESTINA.

Agora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido deste mi camino: porque aquellas cosas que bien no son pensadas, aunque algunas veces hayan buen fin, comunmente crian desvariados efetos. Así que, la mucha especulacion nunca caresce de buen fruto; que aunque yo he disimulado con él, podria ser que si me sintiesen en estos pasos de parte de Melibea, que no pagase con pena que menor fuese que la vida, ó muy men-

guada quedase, cuando matar no me quisiesen, manteándome ó azotándome cruelmente. Pues amargas cien monedas serian éstas. ¡Ay amarga de mí! ¡En qué lazo me he metido, que por mostrarme solícita y esforzada pongo mi persona al tablero! ¡Qué haré, cuitada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso, ni la perseverancia carece de peligro! Pues ¿iré, ó tornaréme? ¡Oh dudosa y dura perplejidad! No sé cuál escoja por más sano. En el osar manifiesto peligro; en la cobardía denostada pérdida. ¿Adónde irá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta ó encorazada falto, á bien librar; si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas estas eran mis fuerzas, saber y esfuerzo, ardid y ofrescimiento, astucia y solicitud? Y su amo Calisto ¿qué dirá, qué hará, qué pensará, sino que hay mucho engaño en mis pisadas y que yo he descubierto la celada, por haber más provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O si no se le ofresce pensamiento tan odioso, dará voces como loco; diráme en mi cara denuestos rabiosos; proporná mil inconvenientes, que mi deliberacion presta le puso, diciendo: Tú, puta vieja, ¿por qué me acrescentaste mis pasiones con tus prome-

sas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes piés, para mí lengua; para todos obras, para mí palabras; para todos remedio, para mí pena; para todos esfuerzo, para mí flaqueza; para todos luz, para mí tiniebla; pues, vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? Que tu ofrescimiento me puso esperanza, la esperanza dilató mi muerte, sostuvo mi vivir, púsome título de hombre alegre; pues no habiendo efecto, ni tú carescerás de pena, ni yo de triste desesperacion. Pues ¡triste yo! Mal acá, mal acullá; pena en ambas partes. Cuando á los extremos falta el medio, arrimarse el hombre al más sano es discrecion. Más quiero ofender á Pleberio que enojar á Calisto. Ir quiero; que mayor es la vergüenza de quedar por cobarde, que la pena cumpliendo como osada lo que prometí; pues jamas al esfuerzo desayuda la fortuna. Ya veo su puerta; en mayores afrentas me he visto. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes; que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables, ó yo no sé nada desta arte. Cuatro hombres que he topado, á los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fué de achaque de amores. Nunca he tropezado, como otras veces. Las piedras paresce que se apartan, y me hacen lugar

que pase, ni me estorban las haldas, ni siento cansancio en el andar. Todos me saludan; ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto, tordo, ni cuervo, ni otras nocturnas; y lo mejor de todo es, que veo á Lucrecia á la puerta de Melibea, prima de Elicia. No me será contraria.

LUCRECIA.

¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA.

Paz sea en esta casa.

LUCRECIA.

Celestina, madre, seas bien venida. ¿Cuál dios te trajo por aquestos barrios no acostumbrados?

CELESTINA.

Hija, mi amor; deseo de todas vosotras; traerte encomiendas de Elicia, y áun ver á tus señoras vieja y moza; que despues que me mudé al otro barrio, no han sido de mí visitadas.

LUCRECIA.

¿A esto solo saliste de tu casa? Maravíllome de tí, que no es esta tu costumbre ni sueles dar paso sin provecho.

CELESTINA.

¿Más provecho quieres, boba, que complir hombre sus deseos? Y tambien como

á las viejas nunca nos fallescen necesidades, mayormente á mí, que tengo de mantener hijas ajenas, ando á vender un poco de hilado.

LUCRECIA.

Algo es lo que yo digo; en mi seso estoy; que nunca metes aguja sin sacar reja. Pero mi señora la vieja urdió una tela; tiene necesidad dello, tú de venderlo. Entra y espera aquí, que no os desaverneis.

ALISA.

¿Con quién hablas?

LUCRECIA.

Señora, con aquella vieja de la cuchillada, que solia vivir aquí en las tenerías, á la cuesta del rio.

ALISA.

Agora la conozco ménos; si tú me das á entender lo incógnito por lo ménos conoscido, es coger agua en cesto.

LUCRECIA.

Jesus, señora, más conoscida es esta vieja que la ruda. No sé cómo no tiene noticia de la que empicotaron por hechicera, que vendia las mozas á los abades, y descasaba mil casados.

ALISA.

¿Qué oficio tiene? Quizá por aquí la conosceré mejor.

LUCRECIA.

Señora, perfuma tocas, hace soliman y otros treinta oficios; conosce mucho en yerbas, cura niños, y áun la llaman *vieja lapidaria.*

ALISA.

Todo eso dicho no me la da á conoscer. Dime su nombre si le sabes.

LUCRECIA.

¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad que no lo sepa; ¿habíale yo de ignorar?

ALISA.

Pues ¿por qué no lo dices?

LUCRECIA.

He vergüenza.

ALISA.

Anda, boba, dílo; no me indignes con tu tardanza.

LUCRECIA.

Celestina, hablando con reverencia, es su nombre.

ALISA.

Hi, hi, hi. ¡Mala landre te mate, si de risa puedo estar viendo el desamor que debes tener á esa vieja, que su nombre has vergüenza nombrar! Ya me voy recordando della... ¡Una buena pieza! No me digas más. Algo me verná á pedir; di que suba.

LUCRECIA.

Sube, tia.

CELESTINA.

Señora buena, la paz de Dios sea contigo, y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razon; mas Dios conosce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el amor de los corazones. Así que, lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir. Con mis fortunas adversas y otras, me sobrevino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenía allegado; supe de tu criada que tenias dello necesidad; aunque pobre, y no de la merced de Dios, veslo aquí, si dello y de mí te quieres servir.

ALISA.

Vecina honrada, tu razon y ofrescimiento me mueven á compasion, y tanto que quisiera más hallarme en tiempo de poder cumplir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA.

¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi vejez, y la de quien parte quisiere de mi jura. Delgado como el pelo de la cabeza,

igual, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Vesle aquí en madejitas; tres monedas me daban ayer por la onza, así goce desta alma pecadora.

ALISA.

Hija Melibea, quédese esta mujer honrada contigo, que ya me paresce que es tarde para ir á visitar á mi hermana, su mujer de Cremes, que desde ayer no la he visto; y tambien que viene su paje á llamarme, que se le arreció de un rato acá el mal.

CELESTINA.

Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, arreciando el mal á la otra. Ea, buen amigo, tener recio, agora es tiempo, ea, no la dejes, llévamela de aquí á quien digo.

ALISA.

¿Qué dices, amiga?

CELESTINA.

Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, porque en tal tiempo hubo de crescer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALISA.

Dolor de costado, y tal, que segun dice

el mozo que quedaba, temo no sea mortal. Ruega á Dios tú, vecina, por amor mio, en tus devociones por tu salud.

CELESTINA.

Yo te prometo, señora, en yendo de aquí, me vaya por esos monesterios, donde tengo frailes devotos mios, y les dé el mismo encargo que tú me das. Y demas desto, ántes que me desayune dé cuatro vueltas á mis cuentas.

ALISA.

Pues, Melibea, contenta á la vecina en todo lo que razon fuere darle por lo hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro dia se verná en que más nos veamos.

CELESTINA.

Señora, el perdon sobraria donde el hierro falta; de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzan; que á la mia fe la vejez no es sino un meson de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja contínua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

MELIBEA.

¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar ó ver desea?

CELESTINA.

Desean harto mal para sí, desean harto trabajo: desean llegar allá, porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejescen. Así que, el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor: todo por vivir; porque como dicen, *viva la gallina con su pepita*. Pero ¿quién te podrá contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frio, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre? Aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos y de su primera y fresca color, aquel poco oir, aquel debilitado ver, puestos los ojos á la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carescer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora! si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos. ¡Cuando sobra la gana, falta la provision, que jamas sentí peor ahito que de hambre.

MELIBEA.

Bien conozco que hablas de la feria se-

gun te va en ella; así que, otra cancion dirán los ricos.

CELESTINA.

Señora hija, á cada cabo hay tres leguas de mal quebranto. A los ricos se les va la gloria y descanso por otros albañares de asechanzas, que no se parescen, ladrillados por encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios; más segura cosa es ser menospreciado, que temido; mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó, y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado, y el del rico sí; yo soy querida por mi persona, el rico por su hacienda: nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas á sabor de su paladar, todos le han envidia; apénas hallarás un rico que no confiese que le seria mejor estar en mediano estado, ó en honesta pobreza. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado; no hacen señor, mas mayordomo; más son los poseidos de las riquezas, que no los que las poseen; á muchos trajeron la muerte, á todos quitan el placer, y á las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria. ¿No oiste decir: *durmieron su sueño los varones de las riquezas, y ninguna cosa hallaron en sus manos?* Cada rico tiene una docena de hijos y nietos que no rezan otra oracion sino rogar á Dios que

le saque de medio dellos; no ven la hora de tener á él so la tierra y lo suyo entre sus manos, y darle á poca costa su morada para siempre.

MELIBEA.

Madre, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querrias volver á la primera?

CELESTINA.

Loco es, señora, el caminante que enojado del trabajo del dia, quisiese volver de comienzo á la jornada para tornar otra vez á aquel lugar. Que todas aquellas cosas cuya posesion no es agradable, más vale poseellas que esperallas; porque más cerca está el fin dellas cuanto más alejado del comienzo. No hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado, que el meson; así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque el que de razon y seso caresce, casi otra cosa no ama sino lo que perdió.

MELIBEA.

Siquiera por vivir más, es bueno desear lo que digo.

CELESTINA.

Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que

hoy no pudiese morir. Así que, en esto poca ventaja nos llevais.

MELIBEA.

Espantada me tienes con lo que has hablado; indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Díme, madre, ¿eres tú Celestina, la que solia morar á las tenerías, cabe el rio?

CELESTINA.

Hasta que Dios quiera.

MELIBEA.

Vieja te has parado; bien dicen que los dias no se van en balde. Así goce de mí, no te conosciera sino por esa señaleja de la cara. Figúraseme que eres hermosa, otra paresces, muy mudada estás.

LUCRECIA.

Hi, hi, hi. Mudada está el diablo: ¿hermosa era con aquel su Dios os salve que la atraviese la media cara?

MELIBEA.

¿Qué hablas, loca? ¿Qué es lo que dices? ¿De qué te ries?

LUCRECIA.

De cómo no conoscias á la madre.

CELESTINA.

Señora, ten tú el tiempo que no ande, tendré yo mi forma que no se mude. ¿No has leido, que dicen: *vendrá el dia que en*

al espejo no te conoscerás? Pero tambien yo encanescí temprano, y parezco de doblada edad: que así goce desta alma pecadora, y tú dese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre, yo fuí la menor. Mira cómo no soy tan vieja como me juzgan.

MELIBEA.

Celestina amiga, yo he holgado mucho en verte y conoscerte; tambien hasme dado placer con tus razones. Toma tu dinero y véte con Dios, que me paresce que no debes haber comido.

CELESTINA.

¡Oh angélica imágen, ó perla preciosa, y cómo te lo dices! Gozo me toma en verte hablar. Y ¿no sabes que por la divina boca fué dicho contra aquel infernal tentador, que *no de solo pan vivirémos*? Pues así es, que no sólo el comer mantiene; mayormente á mí, que me suelo estar uno y dos dias negociando encomiendas ajenas ayuna; que en otra cosa no entiendo, salvo hacer por los buenos, morir por ellos. Esto tuve siempre, querer más trabajar sirviendo á otros, que holgar contentando á mí. Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida, que es otra que la que hasta agora has oido, y tal que todos perderíamos en me tornar en balde sin que lo sepas.

MELIBEA.

Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen grado lo haré por el pasado conoscimiento y vecindad, que pone obligacion á los buenos.

CELESTINA.

¿Mias, señora? Antes ajenas, como tengo dicho; que las mias de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamas me faltó, gracias á Dios, una blanca para pan y cuatro para vino, despues que enviudé; que ántes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en mi casa. Uno lleno y otro vacío. Jamas me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos por amor de la madre tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mi en un jarrillo (mal pecado) me lo traen que no cabe dos azumbres; seis veces al dia tengo de salir por mi pecado con mis canas acuestas á le henchir á la taberna. Mas no muera yo de muerte, hasta que me vea con cuero ó tinajica de mis puertas adentro; que en mi ánima no hay otra provision, y como dicen: *pan y vino anda camino que no mozo garrido*. Así que, donde no hay varon, todo bien fallesce: *con mal está el huso, cuando la barba anda de suso.* Ha

venido esto, señora, por lo que decia de las ajenas necesidades y no mias.

MELIBEA.

Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA.

Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, segun la mucha devocion tiene en tu gentileza.

MELIBEA.

Vieja honrada, no te entiendo, si más no me declaras tu demanda; por una parte me alteras y provocas á enojo; por otra me mueves á compasion. No te sabria volver respuesta conveniente, segun lo poco que he sentido de tu habla. Que soy yo dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algun cristiano. Porque hacer beneficio es semejar á Dios; y más, que el que hace beneficio le rescibe, cuando es á persona que lo meresce; y el que puede sanar al que padesce, no lo haciendo, le mata. Así que, no cese tu peticion por empacho ni temor.

CELESTINA.

El temor perdí, mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino para hacerlos almacen de virtudes, de misericordia, de compasion; ministros de sus mercedes y dádivas, como á tí. Pues como todos seamos humanos nascidos para morir, y sea cierto que no se puede decir nascido el que para sí solo nasció; porque sería semejante á los brutos animales, en los cuales hay algunos piadosos, como se dice del unicornio, que se humilla á cualquiera doncella: el perro con todo su ímpetu y braveza, cuando viene á morder, si se le echan en el suelo, no hace mal; esto de piedad. ¿Pues las aves? Ninguna cosa el gallo come que no participe y llame á las gallinas á comer dello; el pelícano rompe el pecho por dar de comer á sus hijos de sus entrañas; las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo á sus padres viejos en el nido, cuanto ellos les dieron cebo siendo pollitos. Pues tal conoscimiento dió la natura á los animales y aves, ¿por qué los hombres habemos de ser más crueles? ¿Por qué no darémos parte de nuestras gracias y personas á los prójimos, y mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, y tales que donde está la

medicina salió la causa de la enfermedad?

MELIBEA.

Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente, que su pasion y remedio salen de una misma fuente.

CELESTINA.

Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIBEA.

Ya, ya, ya. Buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? por quien has venido á buscar la muerte para tí? por quien has dado tan dañados pasos, desvergonzada, barbuda? ¿Qué, qué siente ese perdido, que con tanta pasion vienes? De locura será su mal. ¡Qué te paresce, si me hallaras sin sospecha de ese loco con qué palabras entrabas! No se dice en vano, que el más empescible miembro del mal hombre ó mujer es la lengua. Quemada seas, alcahueta, falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros. Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo. Bien se lo meresce esto y más quien á estas tales da oidos. Por cierto si no mirase á

mi honestidad, y por no publicar su osadía dese atrevido, yo te hiciera, malvada, que tu razon y vida acabaran en un tiempo.

CELESTINA.

(En hora mala vine acá, si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé á quién digo. Ce, hermano, que todo se va á perder.)

MELIBEA.

¿Aun hablas entre dientes delante de mí, para acrescentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrias condenar mi honestidad por dar vida á un loco, dejar á mí triste por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi perdicion, el galardon de mi yerro; perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas, y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques no sean sino estorbarte de más ofender á Dios, dando fin á tus dias. Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA.

Tu temor, señora, tiene ocupada mi desculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla airada; y lo que más siento y me pena es rescibir enojo sin razon alguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás cómo es

todo más servicio de Dios, que pasos deshonestos; más para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero habias de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía á hablar cosa que á Calisto ni á otro hombre tocase.

MELIBEA.

Jesú, no oiga yo mentar más ese loco, salta-paredes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado; si no, aquí me caeré muerta. Este es el que el otro dia me vió, y comenzó en desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si se pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco, que publicar su atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito, y serle ha sano; si no, podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo; yo quedé bien segura, y él ufano. De locos es estimar á todos los otros de su calidad; y tú tórnate con su misma razon, que de mí no habrás respuesta, ni la esperes; que por demás es ruego á quien no puede haber misericordia; y da gracias á Dios, pues tan

libre vas desta feria. Bien me habian dicho quien tú eras, y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conoscia.

CELESTINA.

(Más fuerte estaba Troya, y áun otras más bravas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.)

MELIBEA.

¿Qué dices enemiga? Habla que te pueda oir. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo, y excusar tu yerro y osadia?

CELESTINA.

Miéntras viviere tu ira, más dañarás mi descargo, que estás muy rigurosa; y no me maravillo, que la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.

MELIBEA.

¿Poco calor? Poco le puedes llamar, pues quedaste tú viva, y yo quejosa sobre tu gran atrevimiento. ¿Qué palabra podrás tú querer para ese tal hombre que á mí bien me estuviese? Responde, pues dices que no has concluido, y quizá pagarás lo pasado.

CELESTINA.

Una oracion, señora, que le dijeron que sabias de santa Apolonia para el dolor de las muelas; asimismo tu cordon, que es fama que ha tocado las reliquias que hay

en Roma y Jerusalen. Aquel caballero que dije pena y muere dellas. Esta fué mi venida; pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta, padézcale él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensajera; y pues en tu mucha virtud me faltó piedad, tambien me faltara agua si á la mar me enviara. Pero ya sabes que el deleite de la venganza dura un momento, y el de la misericordia para siempre.

MELIBEA.

Si eso querias, ¿por qué luego no me lo expresaste? ¿Por qué me lo dijiste por tales palabras?

CELESTINA.

Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer, que aunque en otras cualesquier la propusiera, no se habia de sospechar mal; que si faltó el debido preámbulo, fué porque á la verdad no es necesario abundar de muchas colores. Compasion de su dolor, confianza de tu magnificencia ahogaron en mi boca al principio la expresion de la causa; y pues conosces, señora, que el dolor turba, la turbacion desmanda y altera la lengua, la cual habia de estar siempre atada con el seso; por Dios, que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño; pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado. No quiebre

la soga por lo más delgado; no semejes á la araña, que no muestra su fuerza sino con los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo: *el ánima que pecare, aquella misma muera;* á la humana, que jamas condena al padre por el delicto del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razon que su atrevimiento acarree mi perdicion, aunque, segun su merecimiento, no tendria en mucho que fuese él el delincuente, y yo la condenada; que no es otro mi oficio sino servir á los semejantes, y desto vivo, desto me arreo. Nunca fué mi voluntad enojar á unos por agradar á otros, aunque hayan dicho á tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, á la firme verdad el viento del vulgo no la empesce. Una sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad pocos tengo descontentos, con todos cumplo los que algo me mandan, como si tuviese veinte piés y otras tantas manos.

MELIBEA.

No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pidas oracion.

CELESTINA

Nunca yo la rece ni sea oida, si otra cosa

de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

MELIBEA.

Mi pasada alteracion me impide á reir de tu desculpa; que bien sé que ni juramento ni tormento te hará decir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA.

Eres mi señora, tengo de callar, hete yo de servir, hasme tú de mandar; tu mala palabra será víspera de una saya.

MELIBEA.

Bien la has merecido.

CELESTINA.

Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intencion.

MELIBEA.

Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Quiero pues en tu dudosa desculpa tener la sentencia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretacion. No tengas en mucho, ni te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla, que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso. Nombrarme ese tu caballero, que conmigo se atrevió á hablar, y tambien pedirme palabra sin más causa, ¿qué se podia sospechar sino daño

para mi honra? Pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdon; que en alguna manera es aliviado mi corazon viendo que es obra pía y sancta sanar los apasionados y enfermos.

CELESTINA.

Y tal enfermo, señora. Por Dios, si bien lo conoscieses, no le juzgases por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias dos mil; en franqueza Alexandre; en esfuerzo Hector; gesto de un rey: gracioso, alegre; jamas reina en él tristeza; de noble sangre, como sabes: gran justador; pues verlo armado, un san Jorge; fuerza y esfuerzo, no tuvo Hércules tanta; la presencia y facion, disposicion, desenvoltura, otra lengua habia menester para las contar; todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso, que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela que jamas cesa el quejar.

MELIBEA.

Y ¿qué tanto tiempo ha?

CELESTINA.

Podrá ser, señora, de veinte y tres años; que aquí está Celestina que lo vido nascer, y lo tomó á los piés de su madre.

MELIBEA.

Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto tiempo ha que tiene el mal.

CELESTINA.

Señora, ocho dias, segun lo que he podido colegir, que paresce que ha un año en su flaqueza; y el mayor remedio que tiene, es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperader y gran músico, Adriano, de la partida del ánima, por sufrir sin desmayo la ya vecina muerte. Que aunque yo sé poco de música, paresce que hace aquella vihuela hablar. Pues si acaso canta, de mejor gana se paran las aves á le oir, que no á aquel Amphion, de quien se decia que movia los árboles y piedras con su canto. Siendo este nascido, no alabaran á Orfeo. ¡Mira, señora, si una pobre vieja como yo se hallará dichosa en dar la vida á quien tales gracias tiene! Ninguna mujer le ve, que no alabe á Dios, que así lo pintó; pues si le habla acaso, no es más señora de sí, de lo que él ordena. Y pues tanta razon tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis pasos saludables y vacíos de sospecha.

MELIBEA.

¡Cuánto me pesa con la falta de mi pa-

ciencia! Porque siendo él ignorante y tú inocente, habeis padescido las alteraciones de mi airada lengua. Pero la mucha razon me relieva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento, quiero cumplir tu demanda, y darte luégo mi cordon; y porque para escrebir la oracion no habrá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA.

Ya, ya. Perdida es mi ama. ¿Secretamente quiere que venga Celestina? Fraude hay; más le querrá dar que lo dicho.

MELIBEA.

¿Qué dices Lucrecia?

LUCRECIA.

Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

MELIBEA.

Pues, madre, no le dés parte de lo que pasó á ese caballero, porque no me tenga por cruel, ó arrebatada, ó deshonesta.

LUCRECIA.

No miento yo, que á mal va este hecho.

CELESTINA.

Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto. No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir; que bien veo que tu mucha sospecha echó,

como suele, mis razones á la peor parte. Yo voy con tu cordon tan alegre, que se me figura que está diciéndole allá el corazon la merced que nos heciste, y que lo tengo de hallar aliviado.

MELIBEA.

Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CELESTINA.

(Más será menester, y más harás, y aunque no se te agradezca.)

MELIBEA.

¿Qué dices, madre, de agradescer?

CELESTINA.

Digo, señora, que todos lo agradesceremos y servirémos, y todos quedamos obligados, que la paga más cierta es, cuando más la tienen de cumplir.

LUCRECIA.

Trastrúecame esas palabras.

CELESTINA.

Hija, Lucrecia, ce: irás á casa, y darte hé una lejía con que pares esos cabellos rubios más que el oro. No lo digas á tu señora. Y áun darte hé unos polvos para quitar ese olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no los sabe hacer otra sino yo; y no hay otra cosa que peor en las mujeres parezca.

LUCRECIA.

¡Oh! Dios te dé buena vejez, que más necesidad tenía de todo eso que de comer.

CELESTINA.

Pues ¿por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me habrás menester en cosa de más importancia. No provoques á ira á tu señora más de lo que ella ha estado; déjame ir en paz.

MELIBEA.

¿Qué le dices, madre?

CELESTINA.

Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA.

Dímelo, que me enojo cuando presente se habla cosa de que no haya parte.

CELESTINA.

Señora, que te acuerde la oracion, para que la mandes escrebir, y que aprenda de mí á tener mesura en el tiempo de tu ira, en la cual yo usé lo que dicen: *del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho*. Pues tú, señora, tenías ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad; porque aunque fuera las que tú pensabas, en sí no eran malas; que cada dia hay hombres penados por mujeres, y mujeres por hombres, y esto obra la natura, y la natura ordénala

Dios, y Dios no hizo cosa mala. Y así quedaba mi demanda (como quiera que fuese) en sí loable, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Más razones destas te diria, sino porque la prolijidad es enojosa al que oye y dañosa al que habla.

MELIBEA.

En todo has tenido buen tiempo, así en el poco hablar en mi enojo, como en el mucho sufrir.

CELESTINA.

Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razon. Porque con la ira morando poder, no es sino rayo; y por esto pasé tu rigurosa habla hasta que su almacen hubiese gastado.

MELIBEA.

En cargo te es ese caballero.

CELESTINA.

Señora, más meresce; y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA.

Mientra más aína la hubieras pedido, más de grado la hubieras recaudado. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traido provecho, ni de tu ida me puede venir daño.

ACTO QUINTO.

ARGUMENTO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo mesma entre dientes; llegada á su casa, halló á Sempronio que la aguardaba. Ambos van hablando hasta llegar á casa de Calisto, y vistos por Parmeno, cuéntalo á Calisto su amo, el cual le manda abrir la puerta.

CELESTINA, SEMPRONIO, PARMENO, CALISTO.

CELESTINA.

¡Oh rigurosos trances! ¡oh cuerda osadía! ¡oh gran sufrimiento, que tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rigiera con el tiempo las velas de la peticion! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡oh airada doncella! ¡oh diablo á quien yo conjuré! ¡cómo cumpliste palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Así amansaste la cruel hembra con tu poder, y diste tan oportuno lugar á mi hablar cuanto quise con la ausencia de su madre. O vieja Celestina, ¿vas alegre? Sábete que la mi-

tad está hecho, cuando tienen buen principio las cosas. ¡Oh serpentino aceite, oh blanco hilado! ¡cómo os aparejastes todos en mi favor! ¡Oh! yo rompiera todos mis atamientos hechos y por hacer, ni creyera en yerbas, ni piedras, ni en palabras. Pues alégrate, vieja, que más sacarás deste pleito, que de quince virgos que renovaras. ¡Oh! malditas haldas, prolijas y largas, cómo me estorbais de llegar adonde han de reposar mis nuevas! ¡Oh buena fortuna, cómo ayudas á los osados, y á los tímidos eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte el cobarde. ¡Oh cuántas erráran en lo que yo he acertado! ¿Qué hicieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo á Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: *quien las sabe las tañe;* y que es más cierto médico el experimentado que el letrado; y la experiencia y escarmiento hace los hombres arteros; y la vieja como yo, que alce sus faldas al pasar del vado como maestra. ¡Ay cordon, cordon! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, á la que no quiso darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO.

O yo no veo bien, ó aquella es Celestina. Válala el diablo, qué haldear que trae; parlando viene entre dientes.

CELESTINA.

¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO.

Yo te lo diré: la rareza de las cosas es madre de la admiracion; la cual admiracion concebida en los ojos, desciende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubrillo por estas exteriores señales. ¿Quién jamas te vido por la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo, y no mirar á ninguno como agora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, y venir aguijando, como quien va á ganar beneficio? Cata, que toda esta novedad es para se maravillar quien te conosce. Pero esto dejado, dime por Dios, ¿con qué vienes? Dime si tenemos hijo ó hija; que desde que dió la una te espero aquí, y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

CELESTINA.

Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera más tardar y dejar allí las narices, y otras dos, narices y lengua; así que, miéntras más tardára más caro me costase.

SEMPRONIO.

Por amor mio, madre, no pases de aquí sin me lo contar.

CELESTINA.

Sempronio amigo, ni yo me podria parar, ni el lugar es aparejado. Vénte conmigo delante Calisto, oirás maravillas; que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho, que aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.

¿Partecilla, Celestina? Mal me paresce esto que dices.

CELESTINA.

Calla, loquillo, que parte ó partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mio es tuyo; gocémonos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñirémos. Y tambien tú sabes cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú, que vas á mesa puesta.

SEMPRONIO.

Otras cosas hé menester más que de comer.

CELESTINA.

¿Qué hijo? Una docena de agujetas, un torzal para el bonete, un arco para andar de casa en casa tirando á pájaros, y aojando pájaras á las ventanas: muchachas digo, bobo, de las que no saben volar, que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete

para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho mostrenco, como dicen en achaque de trama, ¿está acá nuestra ama? Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra, y se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO.

(¡Oh lisonjera vieja, ó vieja llena de mal! ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! Tambien quiere á mí engañar como á mi amo, por ser rica. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia : que quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube. ¡Oh, qué mala cosa es de conoscer el hombre! Bien dicen, que ninguna mercaduría ni animal es tan difícil. Mala vieja falsa es ésta, el diablo me metió con ella; más seguro me fuera huir desta venenosa víbora que tomalla. Mia fué la culpa; pero gane harto, que por bien ó mal no negará la promesa.)

CELESTINA.

¿Qué dices, Sempronio? ¿con quién hablas? Viénesme royendo las haldas; ¿por qué no aguijas?

SEMPRONIO.

Lo que vengo diciendo, madre Celestina, es que no me maravillo que seas mudable, que sigas el camino de las muchas. Dicho me habias que diferirias este negocio; ago-

ra vas sin seso por decir á Calisto cuanto pasa. ¿No sabes que aquello es en algo tenido, que es por tiempo deseado, y que cada dia que él penase era doblarnos el provecho?

CELESTINA.

El propósito muda el sabio, el nescio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que así me respondiera mi buena fortuna. De los discretos mensajeros es hacer lo que el tiempo requiere; así que, la calidad de lo hecho no puede encobrir tiempo disimulado. Y más que yo sé que tu amo (segun yo sentí) es liberal y algo antojadizo; más dará en un dia de buenas nuevas, que en ciento que ande penado, y yo yendo y viniendo; que los acelerados y súbitos placeres crian alteracion, la mucha alteracion estorba el deliberar. Pues ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto linaje sino en luengas albricias? Calla, bobo, deja hacer á tu vieja.

SEMPRONIO.

Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella; dime alguna palabra de su boca; que por Dios así peno por sabella, como mi amo penaria.

CELESTINA.

Calla, loco, altérasete la complexion; yo

lo veo en tí, que querrias más estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO.

Y áun sin ella se lo está.

PARMENO.

Señor, señor.

CALISTO.

¿Qué quieres, loco?

PARMENO.

A Sempronio y á Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato; y cuando están quedos, hace rayas en el suelo con la espada; no sé qué sea.

CALISTO.

¡Oh desvariado, negligente! Veslos venir ¿y no puedes corriendo bajar á abrir la puerta? ¡Oh alto Dios! ¡Oh soberana deidad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardanza, que ya más esperaba su venida, que el fin de mi remedio. ¡Oh, mis tristes oidos, aparejaos á lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio ó pena de mi corazon! ¡Oh, si en sueños se pasase este poco de tiempo hasta ver el principio y fin de su habla! Agora tengo por cierto, que es más penoso al delincuente esperar

la cruda y capital sentencia, que el acto de la ya sabida muerte. ¡Oh espacioso Parmeno, manos de muerto! Quita ya esa enojosa aldaba, entrará esa honrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA.

¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo. Bien difieren estas razones de las que oimos á Parmeno y á él la primera venida; de mal en bien me paresce que va. No hay palabra de las que dice, que no vala á la vieja Celestina más que una saya.

SEMPRONIO.

Pues mira que entrando hagas que no ves á Calisto, y hables algo de bueno.

CELESTINA.

Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, más meresce Calisto y su ruego y tuyo, y más mercedes espero yo de su franca liberalidad.

ACTO SEXTO.

ARGUMENTO.

Entrada Celestina en casa de Calisto, con grande aficion y deseo Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Miéntras ellos hablan, Parmeno, oyendo hablar á Celestina de su parte, vuelto contra Sempronio á cada razon le pone un mote; reprehendiéndole Sempronio. En fin, la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y un cordon de Melibea; y despedida de Calisto, vase á su casa, y con ella Parmeno.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO.

CALISTO.

¿Qué dices, señora y madre mia?

CELESTINA.

¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razon! ¿Con qué pagarás á la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo á pensar se me menguan y vacian todas las venas de mi cuerpo de san-

gre? Mi vida diera por ménos precio que agora daria este manto raido y viejo.

PARMENO.

Tú dirás lo tuyo : *entre col y col lechuga.* Subido has un escalon, más adelante te espero á la saya. Todo para tí, y no nada de que puedas dar parte. Pelechar quiere la vieja : tú me sacarás á mí verdadero y á mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO.

Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO.

Madre mia, ó abrevia tu razon, ó toma esta espada y mátame.

PARMENO.

Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener en sus piés : su lengua le querria prestar para que hablase presto, no es mucha su vida; luto habrémos de medrar destos amores.

CELESTINA.

¿Espada, señor, ó qué? Espada mala mate á tus enemigos y á quien mal te quiere; que yo la vida te quiero dar con la buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO.

¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA.

Buena se puede decir, pues queda abierta la puerta para mi tornada, y ántes me recibirá á mí con esta saya rota, que á otra con seda y brocado.

PARMENO.

Sempronio, cóseme la boca, que no lo puedo sufrir; encajado ha la saya.

SEMPRONIO.

¿Callarás, por Dios, ó echarte he con el diablo? Que si anda rodeando su vestido, hace bien; pues tiene dello necesidad; que el abad de donde canta de allí se viste.

PARMENO.

Y áun viste como canta; y esta puta vieja querria en un dia por tres pasos desechar todo el pelo malo, cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO.

¿Todo eso es lo que te castigó, y el conocimiento que teníades á la que te crió?

PARMENO.

Bien sufriré yo que pida y pele; pero no todo para su provecho.

SEMPRONIO.

No tiene otra tacha sino ser codiciosa;

pero déjala, barde sus paredes, que despues bardará las nuestras, ó en mal punto nos conosció.

CALISTO.

Dime, por Dios, señora ¿qué hacía? ¿cómo entraste? ¿qué tenía vestido? ¿á qué parte de casa estaba? ¿qué cara te mostró al principio?

CELESTINA.

Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas garrochas en el coso; la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquejan.

CALISTO.

¿Y á éstas llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serian mortales? No por cierto la misma muerte, que aquella alivio sería en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele más.

SEMPRONIO.

Estos son los fieros pasados de mi amo; ¿qué es esto? ¿No ternia este hombre sufrimiento para oir lo que siempre ha deseado?

PARMENO.

¡Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, tambien te castigará á tí como á mí.

SEMPRONIO.

¡Oh mal fuego te abrase! Que tú hablas en daño de todos, y yo á ninguno ofendo. ¡Oh, intolerable pestilencia y mortal te consuma, rijoso, envidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo habias concertado? Véte de aquí á mala ventura.

CALISTO.

Si no quieres, reina y señora mia, que desespere y vaya mi ánima condenada á perpétua pena, oyendo esas cosas, certifícame brevemente si no hubo buen fin tu demanda gloriosa, y la cruda y rigurosa muestra de aquel gesto angélico y matador, pues todo es más señal de ódio que de amor.

CELESTINA.

La mayor gloria que al secreto oficio de la abeja se da, á la cual los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manera me he habido con las zahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues ¿á qué piensas que iba allá la vieja Celestina, á quien tú demas de su merescimiento magníficamente galardonaste, sino á ablandar su saña, á sufrir su acci-

dente, á ser escudo de tu ausencia, á rescebir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios y desdenes que muestran aquellas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea despues en más tenida su dádiva? Que á quien más quieren, peor hablan; y si así no fuese, ninguna diferencia habria entre las públicas que aman, á las escondidas doncellas, si todas dijesen sí á la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas; las cuales, aunque están abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frio exterior, un sosegado bulto, un apacible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agrias, que la propia lengua se maravilla del gran sufrimiento suyo, que la hacen forzosamente confesar el contrario de lo que siente. Así que, para que tú descanses y tengas reposo miéntras te contare por extenso el proceso de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de la razon fué muy bueno.

CALISTO.

Agora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, dí cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazon, ya descansa mi pensamien-

to, ya resciben las venas y recobran su pérdida de sangre, ya he perdido el temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba; en mi cámara me dirás por extenso lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA.

Subamos, señor.

PARMENO.

¡Oh santa María! ¡Qué rodeos busca este loco por huir de nosotros, para poder llorar á su placer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liviano y desvariado apetito; por preguntar y responder seis veces cada cosa, sin que esté presente quien le pueda decir que es prolijo! Pues mándote yo, desatinado, que tras tí vamos.

CALISTO.

Mira, señora, qué hablar trae Parmeno. Cómo se viene santiguando de oir lo que has hecho con tu gran diligencia. Espantado está por mi fe, señora Celestina; otra vez se santigua. Sube, sube, sube y asiéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta; y dime luego, ¿la causa de tu entrada qué fué?

CELESTINA.

Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas más de treinta de su estado, si

á Dios ha placido, en este mundo, y algunas mayores.

CALISTO.

Eso será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia y discrecion, no de linaje, no de presuncion con merecimiento, no en virtud, no en hablar.

PARMENO.

Ya discurre eslabones el perdido, ya se desconciertan sus badajadas. Nunca da ménos de doce, siempre está hecho reloj de mediodia. Cuenta, Sempronio, que estás desbobado, oyendo á él locuras, y á ella mentiras.

SEMPRONIO.

¡Oh maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas á lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la voz del encantador? Que sólo por ser de amores estas razones, aunque mentiras, las habias de escuchar con gana y sabroso apetito.

CELESTINA.

Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obraron; que en comenzando yo á vender y poner en precio mi hilado, fué su madre de Melibea llamada para que fuese á visitar una hermana suya enferma; y como le fuese necesario ausen-

tarse, dejó en su lugar á Melibea para que lo aviniese.

CALISTO.

¡Oh gozo sin par! ¡oh singular oportunidad! ¡oh oportuno tiempo! ¡Quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando qué hablaria sola aquella en quien Dios tan extremadas gracias puso!

CELESTINA.

¿Debajo de mi manto dices? ¡Ay mezquina! Que fueras visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no lo mejora.

PARMENO.

Sálgome afuera, Sempronio; ya no digo nada, escúchatelo todo. Si este perdido de mi amo no midiese con el pensamiento cuantos pasos hay de aquí á casa de Melibea, y contemplase en su gesto y considerase cómo estaria aviniendo el hilado, todo el sentido puesto y ocupado en ella, él veria que mis consejos le eran más saludables que estos engaños de Celestina.

CALISTO.

¿Qué es esto, mozos? Estoy yo escuchando atento que me va la vida, y vosotros susurrais, como soleis, por hacerme mala obra y enojo? Por mi amor, que calleis: moriréis de placer con esta señora, segun su buena diligencia. Dí, señora, ¿qué hiciste cuando te viste sola?

CELESTINA.

Recebí, señor, tanta alteracion de placer, que cualquier que me viera me lo conosciera en el rostro.

CALISTO.

Agora la recibo yo, cuanto más quien ántes si contemplara tal imágen. Enmudescerias con la novedad incogitada.

CELESTINA.

Antes me dió mas osadía á hablar lo que quise, verme solo con ella. Abrí mis entrañas; díjele mi embajada, cómo penabas tanto por una palabra de su boca salida en favor tuyo para sanar un gran dolor. Y como ella estuviese suspensa mirándome, espantada del nuevo mensaje, escuchando hasta ver quién podia ser el que así por necesidad de su palabra penaba, ó á quién pudiese sanar su lengua, en nombrando tu nombre atajó mis palabras, y dióse en la frente una gran palmada, como quien cosa de gran espanto hubiese oido, diciendo que cesase mi habla y me quitase de delante, si no queria hacer á sus servidores verdugos de mi postrimería; agravando mi osadía, llamándome hechicera, alcahueta, vieja falsa, barbuda, malhechora y otros muchos ignominiosos nombres, con cuyos títulos asombran á los niños de cuna. Y empos desto mil amortescimientos y desmayos; mil mi-

lagros y espantos, turbado el sentido, bullendo fuertemente los miembros todos á una parte y á otra, herida de aquella dorada flecha, que del sonido de tu nombre le tocó; retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas, como quien se despereza, que parescia que las despedazaba, mirando con los ojos á todas partes, acoceando con los piés al suelo duro. E yo á todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Miéntras más basqueaba, más yo me alegraba, porque más cerca estaba el rendirse y su caida. Pero entre tanto que gastaba aquel espumajoso almacen su ira, y no dejaba los pensamientos estar vagos ni ociosos, de manera que tuve tiempo para salvar lo dicho.

CALISTO.

Eso me dí, señora madre, que yo he revuelto en mi juicio miéntras te escucho, y no he hallado desculpa que buena fuese, ni conveniente con que lo dicho se cubriese ni colorase, sin quedar terrible sospecha de tu demanda: porque conozco tu mucho saber, que en todo me paresces más que mujer; que como su respuesta tú prenosticaste, proveiste con tiempo tu réplica. ¿Qué más hacía aquella Tusca Adalecta (cuya fama, siendo tú viva, se perdiera), la cual tres dias ántes de su fin prenunció la muerte de su viejo marido y de dos hijos que te-

nía? Ya creo lo que se dice, que el género flaco de las hembras es más apto para las prestas cautelas que el de los varones.

CELESTINA.

¿Qué, señor? dije que tu pena era mal de muelas, y que la palabra que della queria, era una oracion que ella sabía muy devota para ellas.

CALISTO.

¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular mujer en su oficio! ¡Oh cautelosa hembra! ¡Oh melecina presta! ¡Oh discreta en mensajes! ¿Cuál humano seso bastará á pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo si nuestra edad alcanzára aquellos pasados Eneas y Dido, no trabajára tanto Vénus para atraer al amor de su hijo á Dido, haciendo tomar á Cupido ascánica forma, para la engañar; ántes por evitar prolijidad pusiera á tí por medianera. Agora doy por bien empleada mi muerte, puesta en tales manos, y creeré que si mi deseo no hubiere efecto cual querria, que no se pudo obrar más segun natura en mi salud. ¿Qué os paresce, mozos? ¿Qué más se pudiera pensar? ¿Hay tal mujer nascida en el mundo?

CELESTINA.

Señor, no atajes mis razones; déjame decir, que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborresce la claridad;

y yendo á mi casa podré haber algun mal encuentro.

CALISTO.

¡Qué, qué! Sí, que hachas y pajes hay que te acompañen.

PARMENO.

Sí, sí, porque no fuercen á la niña. Tú irás con ella, Sempronio, que há temor de los grillos que cantan con lo escuro.

CALISTO.

¿Dices algo, hijo Parmenico?

PARMENO.

Señor, que yo y Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que hace muy escuro.

CALISTO.

Bien dicho es; despues será. Procede en tu habla, y dime qué más pasaste: ¿qué respondió á la demanda de la oracion?

CELESTINA.

Que la daria de su grado.

CALISTO.

¿De su grado? Dios mio, ¡qué alto dón!

CELESTINA.

Pues más le pedí.

CALISTO.

¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.

Un cordon que ella trae contino ceñido,

diciendo que era provechoso para tu mal, porque habia tocado muchas reliquias.

CALISTO.

Pues ¿qué dijo?

CELESTINA.

Dame albricias, y decírtelo hé.

CALISTO.

¡Oh! por Dios, toma toda esta casa, y cuanto en ella hay, y dímelo, ó pide lo que querrás.

CELESTINA.

Por un manto que tú dés á la vieja, te dará en tus manos el mismo que en su cuerpo ella traia.

CALISTO.

¿Qué dices de manto? Manto y saya, y cuanto yo tengo.

CELESTINA.

Manto hé menester, y esto terné yo en harto. No te alargues más, no pongas sospechosa duda en mi pedir, que dicen que ofrescer mucho al que poco pide, es especie de negar.

CALISTO.

Corre, Parmeno, llama mi sastre; y córtele luégo un manto y una saya de aquel contray que se sacó para frisado.

PARMENO.

Así, así; á la vieja todo, porque venga

cargada de mentiras, como abeja, y á mí que me arrastren. Tras esto anda ella hoy todo el dia con sus rodeos.

CALISTO.

¡De qué gana va el diablo! No hay cierto tan mal servido hombre como yo, manteniendo mozos adevinos, rezongadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envidioso, ¿qué dices, que no te entiendo? Ve donde te mando presto, y no me enojes; que harto basta mi pena para me acabar; que tambien habrá para tí sayo en aquella pieza.

PARMENO.

No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO.

¿No digo yo que adevinas? Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mio te sufras, que no se pierde lo que se dilata. Mándame mostrar aquel santo cordon que tales miembros fué digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados; gozará mi lastimado corazon, aquel que nunca recibió momento de placer, despues que aquella señora conoció. Todos los sentidos se llagaron, todos acorrieron é él con sus esportillas de trabajos, cada uno lastimado

cuanto más pudo; los ojos en vella, los oidos en oilla, las maños en tocalla.

CELESTINA.

¿Que la has tocado dices? ¡Mucho me espantas!

CALISTO.

Entre sueños, digo.

CELESTINA.

¿Entre sueños?

CALISTO.

Entre sueños la veo tantas noches, que temo no me acontezca como á Alcibíades, que soñó que se veia envuelto en el manto de su amiga, y otro dia matáronlo, y no hubo quien lo alzase de la calle, ni cubriese, sino ella con su manto; pero en vida ó en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA.

Asaz tiene pena; pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro dia. Esfuérzate, señor que no hizo Dios á quien desamparase; da espacio á tu deseo, toma este cordon, que si yo no me muero ya te daré á su ama.

CALISTO.

¡Oh nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordon, que tanto poder y merescimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que no soy digno de servir! ¡Oh nudos de mi pasion,

vosotros enlazastes mis deseos! Decidme, si os hallastes presentes en la desconsolada respuesta de aquella á quien vosotros servís é yo adoro, y por más que trabajo noches y dias, no me vale ni aprovecha.

CELESTINA.

Refran viejo es, *quien ménos procura alcanza más bien*. Pero yo te haré procurando conseguir, lo que siendo negligente no habrias. Consuélate, señor, que en una hora no se ganó Zamora; pero no por eso desconfiaron los combatientes.

CALISTO.

¡Oh desdichado! que las ciudades están con piedras cercadas, y á piedras, piedras las vencen; pero esta mi señora tiene el corazon de acero. No hay metal que con él pueda, no hay tiro que lo melle. Pues poned escala en su muro. Unos ojos tiene con que echa saetas, una lengua de reproches y desvíos; el asiento tiene en parte que á media legua no le pueden poner cerco.

CELESTINA.

Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó á Troya. No desconfies que una mujer pueda ganar á otra. Poco has tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO.

Cuanto dijeres, señora, te quiero creer;

pues tal joya como ésta me trujiste. ¡Oh mi gloria, y ceñidero de aquella angélica cintura! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordon, cordon! ¿Fuísteme tu enemigo? Dilo cierto. Si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo; que si me fueras contrario, no vinieras tan presto á mi poder, salvo si vienes á desculparte. Conjúrote que me respondas, por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA.

Cese ya, señor, ese devanear, que me tienes cansada de escucharte, y al cordon roto de tratarlo.

CALISTO.

¡Oh mezquino de mí, que asaz bien me fuera del cielo otorgado, que de mis brazos fueras hecho y tejido, y no de seda como eres, porque ellos gozáran cada dia de rodear y ceñir con debida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abrazados. ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella excelenta imágen!

CELESTINA.

Más verás tú y con más sentido, si no lo pierdes hablando lo que hablas.

CALISTO.

Calla, señora, que él y yo nos entende-

mos. ¡Oh mis ojos! Acordaos, cómo fuisteis causa y puerta por donde fué mi corazon llagado, y que aquel es visto hacer daño que da la causa. Acordaos que sois deudores de la salud; remirad la melecina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO.

Señor, por holgar con el cordon, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO.

¡Qué loco, desvariado, ataja solaces como es ese!

SEMPRONIO.

Que mucho hablando matas á tí y á los que oyen; y así perderás la vida y el seso. Cualquier que te falte, basta para quedarte á escuras. Abrevia tus razones, darás lugar á las de Celestina.

CALISTO.

¿Enójote, madre, con mi luenga razon, ó está borracho este mozo?

CELESTINA.

Aunque no lo esté, debes, señor, cesar tu razon, dar fin á tus luengas querellas. Trata al cordon como cordon, porque sepas hacer diferencia de habla cuando con Melibea te veas, no haga tu lengua iguales la persona y el vestido.

CALISTO.

¡Oh mi señora, mi madre, mi consola-

dora! Déjame gozar deste mensajero de mi gloria. ¡Oh lengua mia! ¿por qué te impides en otras razones, dejando de adorar presente la excelencia de quien por ventura jamas verás en tu poder? ¡Oh mis manos! ¡con qué atrevimiento, con cuán poco acatamiento teneis y tratais la triaca de mi llaga! Ya no podrán empescer las yerbas, que aquel crudo caxquillo traia envueltas en su cruda punta: seguro estoy; pues que quien dió la herida dará la cura. ¡Oh tú, señora, alegría de las viejas mujeres, gozo de las mozas, descanso de los fatigados como yo! No me hagas más penado con tu temor, que me hace mi vergüenza; suelta la rienda á mi contemplacion, déjame salir por las calles con esta joya; porque los que me vieren, sepan que no hay más bien andante hombre que yo.

SEMPRONIO.

No afistoles tu llaga cargándola de más deseo; no es, señor, sólo el cordon del que pende tu remedio.

CALISTO.

Bien lo conozco; pero no tengo sufrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA.

¿Empresa? Aquella es empresa que de

grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para guarescer tus muelas; mas si yo vivo, ella mudará la hoja.

CALISTO.

¿Y la oracion?

CELESTINA.

No se me dió por agora.

CALISTO.

¿Cuál fué la causa?

CELESTINA.

La brevedad del tiempo; pero quedó que si tu pena no aflojase, que tornase mañana por ella.

CALISTO.

¿Aflojar? Entónces aflojará mi pena, cuando su crueldad.

CELESTINA.

Asaz, señor, basta lo dicho y hecho; obligada queda, segun lo que mostró, á todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir, segun su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy; cumple, señor, que si salieres mañana, lleves rebozado un paño, porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi peticion.

CALISTO.

Y áun cuatro por tu servicio. Pero dime por Dios, ¿pasó más? Que muero por oir palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo

fuiste tan osada, que sin la conoscer, te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA.

¿Sin la conoscer? Cuatro años fueron mis vecinas, trataba con ellas, hablaba y reia de dia y de noche. Mejor me conosce su madre que á sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande, mujer discreta y gentil.

PARMENO.

Ce, ce, mira, Sempronio, que te digo al oido.

SEMPRONIO.

Dime, ¿qué dices?

PARMENO.

Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razon á nuestro amo. Llégate á ella, dale del pié, hagámosle de señas que no espere más, sino que se vaya; que no hay tan loco hombre nascido, que solo mucho hable.

CALISTO.

¿Gentil dices, señora, que es Melibea? Paresce que lo dices burlando. ¿Hay nascida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puédense pintar tales faciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera viva Elena, por quien tanta muerte hubo de griegos y troyanos, ó la hermosa

Policena, todas obedescieran á esta señora por quien yo peno. Si ella se hallára presente en aquel debate de la manzana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran; porque sin contrariar ninguna, todas concedieran y vinieran conformes en que la llevára Melibea; así que, se llamaria manzana de concordia. Pues cuantas hoy son nascidas que della tenga noticia, se maldicen y querellan á Dios, porque no se acordó dellas, cuando á esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danse siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfeccion que sin trabajo dotó á ella naturaleza. Dellas pelan sus cejas con tenacicas y pegones, y á cordelejos; dellas buscan las doradas yerbas, raíces, ramas y flores para hacer lejías, con que sus cabellos semejasen á los della; las caras martillando, é vistiéndolas en diversos matices con ungüentos y unturas, y aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolijidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si meresce de un triste hombre como yo ser servida.

CELESTINA.

Bien te entiendo, Sempronio. Déjalo, que él caerá de su asno, y acabará.

CALISTO.

En la que toda natura se remiró por la hacer perfeta; que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella. Allí hicieron alarde cuanto más acabadas pudieron allegarse, porque conosciesen los que la viesen cuánta era la grandeza de su pintor. Sola una poca de agua clara con un ebúrneo peine basta para exceder á las nascidas en gentileza. Estas son sus armas, con éstas mata y vence, con éstas me captivó, con éstas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA.

Calla ya, no te fatigues; que más aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordon, porque, como sabes, tengo dél necesidad.

GALISTO.

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta; que contigo, ó con el cordon, ó con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y escura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. Mozos, mozos.

PARMENO.

Señor.

CALISTO.

Acompañad esta señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA.

Quede Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán en un punto; pues hoy no hubo tiempo; y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.

Eso no, que es herejía olvidar á aquella por quien la vida me aplace.

ACTO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Celestina habla con Parmeno, induciéndole á concordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno á la memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber á Areusa, que él mucho amaba. Vanse á casa de Areusa; quédase ahí la noche Parmeno. Celestina va á su casa, llama á la puerta; Elicia la viene á abrir, increpándola, su tardanza.

CELESTINA, PARMENO, AREUSA, ELICIA.

CELESTINA.

Parmeno, hijo, despues de las pasadas razones, no ha habido oportuno tiempo para te decir y mostrar el mucho amor que te tengo; y asimismo cómo de mi boca todo el mundo ha oido hasta ahora en ausencia bien de tí. La razon no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo, á lo ménos casi adoptivo. Así creia que tú imitáras al natural, y tú dasme el pago en mi presencia, paresciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en

presencia de Calisto. Bien pensaba yo que despues que concediste en mi buen consejo, que no habias de tornarte atrás. Todavía me paresce que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo más que por razon: desechas el provecho, por contentar la lengua. Oyeme si no me has oido, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los viejos, y de los mancebos es propio el deleite. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que, como dicen, múdanse costumbres con la mudanza del cabello y variacion; digo, hijo, cresciendo y viendo cosas nuevas cada dia, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa á mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni por venir. Si tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomases, venido nuevamente en esta ciudad, habia de ser la mia; pero los mozos curais poco de los viejos, regís os á sabor de paladar, nunca pensais que teneis ni habeis de tener necesidad dellos, nunca pensais en enfermedades, nunca pensais que os puede esta florecilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como estas, buen acorro es una vie-

ja conoscida, amiga, madre y más que madre; buen meson para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, á todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has hablado; pues no quiero más de tí, que Dios no pide más del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira á Sempronio, yo le hice hombre, de Dios en ayuso; querria que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarias. Mira que es bien quisto, diligente, palaciano, servidor, gracioso, quiere tu amistad; cresceria vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. Pues sabes que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas á bragas enjutas. Ni te lo debe Sempronio de fuero; simpleza es no querer amar, y esperar de ser amado; locura es pagar la amistad con odio.

PARMENO.

Madre, mi segundo yerro te confieso, y con perdon de lo pasado, quiero que ordenes lo porvenir; pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse amis-

tad. El es desvariado, yo mal sufrido: conciértame esos amigos.

CELESTINA.

Pues no era esta tu condicion.

PARMENO.

A la mi fe, miéntras más fuere cresciendo, más la primera paciencia me olvidara; no soy el que solia; y asimesmo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

CELESTINA.

El cierto amigo en la cosa incierta se conosce, en las adversidades se prueba; entónces se allega y con más deseo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa más amada ni más rara: ninguna carga rehusa. Vosotros sois iguales: la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es la que más la sostiene. Cata, hijo mio, que si algo tienes, guardado te está; sabe tú ganar más, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No te se puede dar hasta que vivas más reposado y vengas en edad cumplida.

PARMENO.

¿A qué llamas reposado, tia?

CELESTINA.

Hijo, á vivir por tí; á no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mién-

tras no te supieres aprovechar de tu servicio, que de lástima que hube de verte roto pedí hoy el manto, como viste, á Calisto; no por mi manto; pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho (como yo sentí que dijiste), mas por el tuyo; que si esperas al ordinario galardon destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen dia, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo no lo dejes, piérdase lo que se perdiere; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no lo tenemos más de por nuestra vida. ¡Oh hijo Parmeno! (que bien te puedo decir, hijo, pues tanto tiempo te crié), toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaria en que tú y Sempronio estuviésedes muy conformes, muy amigos y hermanos en todo, en viéndoos venir á mi pobre casa á holgar y á verme, y áun á desenojaros con sendas mochachas!

PARMENO.

¿Mochachas, madre mia?

CELESTINA.

A la hé, mochachas digo, que viejas harto me soy yo. Cual se la tiene Sempronio,

y áun sin haber tanta razon, ni tenerle tanta aficion como á tí; que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARMENO.

Señora, no vives engañada.

CELESTINA.

Y aunque lo viva, no me pena mucho, que tambien lo hago por amor de Dios, y en verte solo en tierra ajena, y más por aquellos huesos de quien te me encomendó; que tú serás hombre y vernás en conoscimiento verdadero y dirás: *la vieja Celestina bien me aconsejaba.*

PARMENO.

Y áun agora lo siento, aunque soy mozo; que aunque hoy vias que aquello decia, no era porque me paresciese mal lo que tú hacias; pero porque via que le aconsejaba yo lo cierto, y me daba malas gracias. Pero de aquí adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no creerte cerca deste negocio con él.

CELESTINA.

Cerca deste y de otros tropezarás y caeras, miéntras no tomares mis consejos, que son de amiga verdadera.

PARMENO.

Agora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te serví; pues tanto fruto

trae para la mayor edad. Rogaré á Dios por el alma de mi padre, que tal tutriz me dejó, y de mi madre, que á tal mujer me encomendó.

CELESTINA.

No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. Y ¿tuve yo en este mundo otra tal amiga? ¿otra tal compañera? ¿tal aliviadora de mis trabajos y fatigas? ¿Quién suplia mis faltas? quién sabía mis secretos? ¿á quién descubria mi corazon? ¿quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, más que mi hermana y comadre? ¡Oh qué graciosa era! ¡oh qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cimenterio en cimenterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos, cuyos enterramientos no visitaba: de dia los acechaba, de noche los desenterraba. Así se holgaba con la noche oscura como tú con el dia claro; decia que aquella era capa de pecadores. Pues maña ¿no tenía con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, miéntras yo le descalcé los zapatos. ¿Pues entrar en un cerco? Mejor que yo y con más esfuerzo

aunque yo tenía harto buena fama, mas que agora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué más quieres, sino que los mismos diablos la habian miedo? Atemorizados y espantados los tenía con las turbadas voces que les daba; así era dellos conoscida, como tú en tu casa; tumbando venian unos sobre otros á su llamado; no le osaban decir mentira, segun la fuerza con que los apremiaba. Despues que la perdí, jamas les oí verdad.

PARMENO.

(No la medre Dios más á esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras.)

CELESTINA.

¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo y más que hijo?

PARMENO.

Digo que ¿cómo tenía esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

CELESTINA.

¿Cómo y desto te maravillas? ¿No sabes que dice el refran, *que mucho va de Pedro á Pedro*? Aquella gracia de mi comadre no la alcanzamos todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Así era tu madre, que Dios haya: la primera de nuestro oficio, y por tal era

de todo el mundo conoscida y querida, así de caballeros como de clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Así rogaban á Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todos tenia que hacer, con todos hablaba: si salíamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados, que fué su principal oficio partera diez y seis años. Así que, aunque tú no sabías sus secretos por la tierna edad que habias, agora es razon que los sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARMENO.

Dime, señora: cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conoscimiento?

CELESTINA.

Si teníamos me dices como por burlar? Juntas lo hicimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, y juntas nos dieron la pena esa vez, que creo que fué la primera. Pero muy pequeño eras tú; hoy me espanto como te acuerdas, que es la cosa que mas olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo; cada dia verás quien peque y pague, si sales á ese mercado.

PARMENO.

Verdad es; pero del pecado lo peor es

la perseverancia: que así como el movimiento no es en mano del hombre, así el primer yerro; do dicen, que *quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.*

CELESTINA.

(Lastimásteme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo tocaré donde te duela.)

PARMENO.

¿Qué dices, madre?

CELESTINA.

Hijo, digo, que sin aquella prendieron cuatro veces á tu madre, que Dios haya, y áun la una la levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio dia en una escalera en la plaza puesta, y uno como rocadero pintado en la cabeza. Pero no fué nada: algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras; y mira en cuán poco lo tuvo con su buen seso, que ni por eso dejó dende en adelante de usar mejor de su oficio. Esto ha venido por lo que decias del perseverar en lo que una vez se hierra. En todo tenia gracia: que en Dios y en mi consciencia, aunque en aquella escalera estaba, parescia que á todos los de abajo no tenía en una blanca, segun su meneo y

presencia. Así que, los que algo son, y valen y saben, como ella, son tambien los que más presto yerran. Verás quién fué Vergilio, y qué tanto supo; mas ya habrás oido como estuvo en un cesto colgado de una torre, mirándolo toda Roma; pero por eso no dejó de ser honrado, ni perdió el nombre de Vergilio.

PARMENO.

Verdad es lo que dices; pero eso no fué por justicia,

CELESTINA.

Calla, bobo, poco sabes de achaque de iglesia. ¿Cuánto es mejor por mano de justicia, que de otra manera? Sabíalo mejor el cura, que Dios haya, que viniendo á consolarla, le dijo, que la santa Escritura tenía, que bienaventurados eran los que padecian persecucion por la justicia, y que aquellos poseerian el reino de los cielos. Mira si es mucho pasar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro; y más que, segun todos decian, á tuerto y sin razon, y con falsos testigos y recios tormentos, la hicieron aquella vez confesar lo que no era; pero con su buen esfuerzo, y como el corazon avezado á sufrir hace las cosas más leves de lo que son, todo lo tuvo en nada. Que mil veces le oia decir: si me quebré el pié, fué por mi bien, porque

soy más conoscida que ántes. Así que, todo esto pasó tu buena madre acá; debemos creer que le dará Dios buen pago allá, si es verdad lo que nuestro cura nos dijo, y con esto me consuelo. Pues séme tú como ella, amigo verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes á quien parezcas, que lo que tu padre te dejó á buen seguro lo tienes.

PARMENO.

Agora dejemos los muertos y las herencias; hablemos en los presentes negocios, que nos va más que traer los pasados á la memoria. Bien te se acordará no ha mucho que prometiste que me harias haber á Areusa, cuando en mi casa te dije como moria por sus amores.

CELESTINA.

Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria; que más de tres jaques ha recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura; vamos de camino para su casa, que no se podrá escapar de mate; que esto es lo ménos que yo por tí tengo de hacer.

PARMENO.

Yo ya desconfiaba de la poder alcanzar, porque jamas pude acabar con ella que me esperase á poderle decir una palabra;

y como dicen, mala señal es de amor huir y volver la cara, sentí en mí gran desconfianza en esto.

CELESTINA.

No tengo en mucho tu desconfiar, no me conosciendo, ni sabiendo como agora que tienes tanto de tu mano la maestra destas labores. Pues agora verás cuánto por mi causa vales, cuánto con las tales puedo, cuánto sé en casos de amor. Anda paso; ves aquí su puerta; entremos quedo, no nos sientan sus vecinas. Atiende y espera debajo desta escalera, subiré yo á ver lo que se podrá hacer sobre lo hablado, y por ventura harémos más que tú ni yo traemos pensado.

AREUSA.

¿Quién anda ahí? ¿Quién sube á tal hora en mi cámara?

CELESTINA.

Quien no te quiere mal; quien nunca da paso que no piense en tu provecho; quien tiene más memoria de tí que de sí misma: una enamorada tuya aunque vieja.

AREUSA.

(Válala el diablo á esta vieja, con qué viene como estantigua á tal hora.) Tia, señora, ¿qué buena venida es ésta tan tarde? Ya me desnudaba para acostarme.

CELESTINA.

¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda. Andar, pase; otro es el que ha de llorar las necesidades, que no tú; yerba pasce quien lo cumple: tal vida, quien quiera se la querria.

AREUSA.

¡Jesú! Quiérome tornar á vestir, que he frio.

CELESTINA.

No harás por mi vida sino entrarte en la cama, que desde allí hablarémos.

AREUSA.

Así goce de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el dia; así que, necesidad más que vicio me hace tomar con tiempo las sábanas por faldas.

CELESTINA.

Pues no estés asentada, acuéstate y métete debajo de la ropa, que paresces sirena. ¡Ay cómo huele toda la ropa en bulléndote! A osadas que está todo á punto; siempre me pagué de tus cosas y hechos, y de tu limpieza y atavío. ¡Qué fresca estás, bendígate Dios! ¡Qué sábanas y qué colcha, qué almohadas y qué blancura! Tal sea mi vejez, cual todo me paresce. Perla de oro, verás si te quiere bien quien

te visita á tales horas; déjame mirarte á toda voluntad, que me huelgo.

AREUSA.

Paso, madre, no llegues á mí, que me haces cosquillas, y provócasme á reir, y la risa acresciéntame el dolor.

CELESTINA.

¿Qué dolor, mis amores? ¿Burlaste por mi vida conmigo?

AREUSA.

Mal gozo vea de mí si burlo; sino que ha cuatro horas que muero de la madre, que la tengo subida en los pechos, que me quiere sacar deste mundo; que no soy tan viciosa como piensas.

CELESTINA.

Pues dame lugar, tentaré; que áun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene su madre, y zozobras della.

AREUSA.

Más arriba la siento sobre el estómago.

CELESTINA.

Bendígate Dios y señor san Miguel, ángel, ¡y qué gorda y fresca estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta agora, viendo lo que todos podian ver; pero agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No paresce que hayas

quince años. ¡Oh quién fuera hombre, y tanta parte alcanzara de tí para lograr tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias á todos los que bien te quieren; que no te las dió Dios para que pasasen en balde por el frescor de tu juventud debajo de seis dobleces de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de lo que poco te costó, no atesores tu gentileza; pues es de su natura tan comunicable como el dinero; no seas como el perro del hortelano; y pues no puedes de tí propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada, que cuando nasce ella nasce él, y cuando él ella. Ninguna cosa hay criada en el mundo superflua, ni que con acordada razon no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena á los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUSA.

A la hé agora, madre, ya no me quiere ninguno; dame algun remedio para mi mal, y no estés burlando de mí.

CELESTINA.

Deste tan comun dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto á muchas hacer, y lo que á mí siempre me aprovecha, te diré; porque como las calidades de las personas son diversas, así las medicinas hacen diversas sus operaciones y di-

ferentes. Todo el olor fuerte es bueno, así como de poleo, ruda, enciensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de mosquete, de encienso recebido con mucha diligencia aprovecha y afloja el dolor y vuelve poco á poco la madre á su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre por mejor que todas, y ésta no te la quiero decir, pues tan sancta te me haces.

AREUSA.

¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada, ¿y encúbresme la salud?

CELESTINA.

Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba.

AREUSA.

Ya, ya; mala landre me mate, si te entendia; pero ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitan á la guerra: ¿habíale de hacer ruindad?

CELESTINA.

Verás ¡y qué daño, y qué gran ruindad!

AREUSA.

Por cierto sí sería; que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada, favoréscceme y trátame como si fuese su señora.

CELESTINA.

Pero aunque todo eso sea, miéntras no

parieres, nunca te faltará este mal de agora, de lo cual él debe ser causa; y si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

AREUSA.

No es sino mi mala dicha; maldicion mala mis padres me echaron. Qué, ¿está ya por probar todo eso? Pero dejemos esto, que es tarde, y dime, ¿á qué fué tu venida?

CELESTINA.

Ya sabes lo que de Parmeno te hube dicho; quéjaseme que áun ver no le quieres; no sé por qué, sino porque sabes que lo quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues por cierto de otra manera miro yo á tus cosas; que hasta tus vecinas me parescen bien y se me alegra el corazon cada vez que las veo, porque sé que hablan contigo.

AREUSA.

No vives, tia señora, engañada.

CELESTINA.

No lo sé, á las obras creo, que las palabras de balde las venden donde quiera; porque el amor nunca se paga sino con puro amor, y las obras con obras. Ya sabes el deudo que hay entre tí y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa: Parmeno y él son compañeros, sirven á este señor que tú conosces, y por quien tanto favor

podrás tener. No me niegues lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras parientas, ellos compañeros; mira como viene mejor medido que lo queremos; aquí viene conmigo, verás si quieres que suba.

AREUSA.

¡Amarga de mí, si nos ha oido!

CELESTINA.

No, que abajo queda; quiérole hacer subir: resciba tanta gracia que le conozcas y hables, y muestres buena cara. Y si tal te paresciere, goce él de tí, y tú dél; que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREUSA.

Bien tengo, señora, conoscimiento como todas tus razones, estas y las pasadas, se enderezan en mi provecho; pero ¿cómo quieres que haga tal cosa, que tengo á quien dar cuenta como has oido, y si soy sentida, matarme ha? Tengo vecinas envidiosas; luego lo dirán. Así que, aunque no haya más de perdello, será más que ganaré en agradar al que me mandas.

CELESTINA.

Eso que temes, yo lo proveí primero, que muy paso entramos.

AREUSA.

No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA.

¿Cómo, desas eres? ¿Desta manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. Ausente le has miedo: ¿qué harias si estuviese en la ciudad? En dicha me cabe, que jamas ceso de dar consejo á bobos, y todavía hay quien yerre; pero no me maravillo, que es grande el mundo, y pocos los experimentados. ¡Ay, ay, hija! ¿Si vieses el saber de tu prima, y cuanto le ha aprovechado mi crianza y consejo, y qué gran maestra está, y áun que no se halla ella mal con mis castigos; que uno en la cama, y otro en la puerta, y otro que sospira por ella en su casa, se precia de tener; y con todos cumple, y á todos muestra buena cara, y todos piensan que son muy queridos, y cada uno piensa que no hay otro, y que él solo es el privado, y él solo es el que la da lo que ha menester: ¿y tú temes que con dos que tengas, que las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares; no quiero arrendar tus escamochos. Nunca uno me agradó, nunca en uno puse toda mi aficion. Más pueden dos, más cuatro, y más dan y más tienen, y más hay en qué escoger. No hay cosa mas perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquel le tapan, no sabrá adonde se esconder del gato. Quien

no tiene sino un ojo, mira á cuanto peligro anda. Una ánima sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito ; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela ; un manjar solo contino presto pone hastío: una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe ; quien sola una ropa tiene presto la envejesce. ¿ Qué quieres, hija, deste número de uno ? Mas inconvinientes te diré dél , que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable ; como tienes dos orejas , dos piés , dos manos, dos ojos y dos sábanas en la cama; como dos camisas para remudar; y si más quisieres, mejor te irá , que miéntras más moros, mas ganancia. Honra sin provecho no es sino como anillo en él dedo ; y pues entrambos no caben en un saco , acoge la ganancia. Sube, hijo Parmeno.

AREUSA.

No suba ; landre me mate , que me fino de empacho ; que no lo conozco , siempre hube vergüenza dél.

CELESTINA.

Aquí estoy yo que te la quitaré, y cubriré y hablaré por entrambos, que otro tal empachado es él.

PARMENO.

Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA.

Gentil hombre, buena sea tu venida.

CELESTINA.

Llégate acá, asno, ¿adónde te vas allá á sentar al rincon? No seas empachado, *que al hombre vergonzoso el diablo trajo á palacio*. Oidme entrambos lo que digo: ya sabes tú, Parmeno amigo, lo que te prometí, y tú, hija mia, lo que te tengo rogado; dejada aparte la dificultad con que me lo has concedido. Pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padesce. El siempre ha vivido penado por tí; pues viendo su pena, sé que no le querrás matar, y áun conozco que él te parece tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREUSA.

Por mi vida, madre, que tal no sea. Jesú, no me lo mandes.

PARMENO.

Madre mia, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista; ofrécele cuanto mi padre te dejó para mí; dile que le darás cuanto tengo. Ea, díselo, que me paresce que no me quiere mirar.

AREUSA.

¿Qué te dice ese señor á la oreja? ¿Pien-

sa que tengo de hacer nada de lo que pides?

CELESTINA.

No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada, en quien cualquier beneficio cabrá bien. Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver para cuanto eres, ántes que me vaya; retózala en esa cama.

AREUSA.

No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA.

¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí; yo fiadora que tú amanezcas sin dolor, y él sin color; mas como es un putillo, gallillo, barbiponiente, entiendo que en tres noches no se le mude la cresta. Destos me mandaban á mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenía mejores dientes.

AREUSA.

Ay señor mio, no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que están presentes. Quítate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están á vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí, de casa me salga,

si hasta que Celestina mi tia sea ida, á mi ropa tocas.

CELESTINA.

¿Qué es eso, Areusa? ¿Qué son esas extrañezas y esquividad? ¿Estas novedades y retraimientos? Paresce, hija, que no sé yo qué cosa es esto; que nunca ví estar un hombre con una mujer juntos; que jamas pasé por ello, ni gocé de lo que gozas; y que no sé lo que pasan, y lo que dicen y hacen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote de tanto qué fuí errada como tú, y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en secreto. Para la muerte que á Dios debo, más querria una gran bofetada en mitad de mi cara. Paresce que ayer nascí, segun tu encubrimiento. Por hacerte á tí honesta, me haces á mí nescia y vergonzosa, y de poco secreto y sin experiencia, y me amenguas en mi oficio por alzarte á tí en el tuyo. Pues *de cosario á cosario no se pierden más que los barriles*; más te alabo yo detrás, que tú te estimas delante.

AREUSA.

Madre, si erré haya perdon, y llégate más acá, y él haga lo que quisiere; que más quiero tener á ti contenta, que no á mí; ántes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA.

No tengo ya enojo; pero dígotelo para en adelante. Quedaos adios, que me voy sola, porque me haceis dentera con vuestro besar y retozar; que áun el sabor en las encías me quedó, no le perdí con las muelas.

AREUSA.

Dios vaya contigo.

PARMENO.

Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA.

Seria quitar de un santo para poner en otro. Acompáñeos Dios, que yo vieja soy, que no he temor que me fuercen en la calle.

ELICIA.

El perro ladra: si vendrá este diablo de vieja.

CELESTINA.

Ta, ta, ta.

ELICIA.

¿Quién es, quién llama?

CELESTINA.

Bájame á abrir, hija.

ELICIA.

Estas son tus venidas: andar de noche es tu placer; ¿por qué lo haces? ¿Qué larga estada fué esta, madre? Nunca sales para volver á casa. Por costumbre lo tienes; cumpliendo con uno dejas ciento descon-

tentos; que has sido hoy buscada del padre de la desposada que llevaste el dia de pascua al racionero, que la quiere casar de aquí á tres dias, y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CELESTINA.

No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELICIA.

¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres cierto. ¡Oh cómo caduca la memoria! Pues por cierto tú me dijiste cuando la llevabas, que la habias renovado siete veces.

CELESTINA.

No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA.

Mire, si tornará. Tiénete dada una manilla de oro en prendas de tu trabajo, y ¿no habia de venir?

CELESTINA.

¿La de la manilla es? Ya sé por quién dices. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo, y comenzabas á hacer algo? Pues en aquellas tales te habias de avezar y de probar: ¿de cuántas veces me lo has visto hacer?

Si no, ahí te estarás toda tu vida hecha bestia sin oficio ni renta; y cuando seas de mi edad llorarás la holgura de agora; que *la mocedad òciosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa*. Hacíalo yo mejor cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio, que á cabo de un año sabía más que ella.

ELICIA.

No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo, y no va esto sino en la gana con que se aprende. Ninguna sciencia es bien empleada en el que no la tiene aficion: yo le tengo á este oficio odio, tú mueres tras ello.

CELESTINA.

Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA.

Por Dios, dejemos enojo y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Miéntras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. Tambien se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el dotor como el pastor, y el papa como el sacristan, y el señor como el siervo, y el de alto linaje como el de bajo; y tú con tu oficio, como yo sin ninguno, no habemos

de vivir siempre; gocémonos y holgémonos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino dia y vito, y parte en paraíso; que aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene, no hay ninguno contento, no hay quien diga, *harto tengo*; no hay ninguno que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos, y acostémonos, que es hora, que más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

ACTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

La mañana viene; despierta Parmeno, y despídese de Areusa; vase para casa de Calisto su señor; halla á la puerta á Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos á la cámara de Calisto; hállanle hablando consigo mismo: levantado va á la iglesia.

PARMENO, AREUSA, CALISTO, SEMPRONIO.

PARMENO.

Amanesce, ¿ó qué es esto que tanta claridad está en esta cámara?

AREUSA.

¿Qué amanescer? Duerme, señor, que áun agora nos acostamos. No yo he pegado los ojos, ya habia de ser de dia. Abre, por Dios, esa ventana de tu cabecera, y verlo has.

PARMENO.

En mi seso estó yo, señora, que es de dia claro, en ver entrar luz por entre las

puertas. ¡Oh traidor de mí! ¡En qué gran falta he caido con mi amo! De mucha pena soy digno. ¡Oh qué tarde es!

AREUSA.

¿Tarde?

PARMENO.

Y muy tarde.

AREUSA.

Pues así goce de mi ánima, que no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo puede ser.

PARMENO.

¿Pues qué quieres, mi vida?

AREUSA.

Que hablemos en mi mal.

PARMENO.

Señora, si lo hablado no basta, lo que más es necesario me perdona, porque es ya mediodía. Si voy más tarde, no seré bien rescebido de mi amo; yo verné mañana y cuantas veces despues mandares, que por eso hizo Dios un dia tras otro, porque lo que en uno no bastase se cumpliese en otro. Y áun porque más nos veamos, resciba de tí esta gracia, que te vayas hoy á las doce del dia á comer con nosotros á su casa de Celestina.

AREUSA.

Que me place, de buen grado. Vé con Dios, junta tras tí la puerta.

PARMENO.

Adios te quedes. ¡Oh placer singular, oh singular alegría! ¿Cuál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo? ¿cuál mas dichoso y bienandante? ¡Que un tan excelente don sea por mí poseido, y cuán presto pedido, tan presto alcanzado! Por cierto si las traiciones desta vieja con mi corazon yo pudiese sufrir, de rodillas habia de andar á la complacer. ¿Con qué pagaré yo esto? ¡Oh alto Dios! ¿A quién contaria yo este gozo; á quién descubriria tan gran secreto; á quién daré yo parte de mi gloria? Bien me decia la vieja que de ninguna prosperidad es buena la posesion sin compañía. El placer no comunicado no es placer. ¿Quién sentirá esta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo á la puerta de casa; mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo si es salido fuera: no será, que no es acostumbrado; pero como agora no anda en su seso, no me maravillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO.

Parmeno, hermano, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haria por ir allá, que no daria ventaja á ninguno; tanto ganaria como otro cualquiera. Y ¿cómo, holgazan, descuidado fuese para no tornar? No sé

qué crea de tu tardanza, sino que quedaste á escalentar la vieja esta noche, ó á rascarle los piés como cuando chiquito.

PARMENO.

¡Oh Sempronio, amigo y más que hermano! Por Dios no corrompas mi placer, no mezcles tu ira con mi sufrimiento, no revuelvas tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turbia agua el claro licor del pensamiento que traigo, no enturbies con tus envidiosos castigos y odiosas reprensiones mi placer. Rescíbeme con alegría, y contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMPRONIO.

Dilo, dilo: ¿es algo de Melibea? ¿Hásla visto?

PARMENO.

¿Qué de Melibea? Es de otra que yo más quiero; y áun tal, que si no estoy engañado, puede vivir con ella en gracia y hermosura; sé que no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO.

¿Qué es esto, desvariado? Reirme queria, sino que no puedo. Ya todos amamos, el mundo se va á perder. Calisto á Melibea, yo á Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARMENO.

¡Luego locura es amar, y yo soy loco y sin seso! Pues si la locura fuese dolores, en cada casa habria voces.

SEMPRONIO.

Segun tu opinion, sí eres; que yo te he oido dar consejos vanos á Calisto, y contradecir á Celestina en cuanto hablaba; y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte. Pues, don villano, murmurador, á las manos me has venido donde te podré dañar y lo haré.

PARMENO.

No es, Sempronio, verdadera fuerza y poderío dañar y empescer; mas aprovechar y guarescer, y mayor quererlo hacer. Yo siempre te tuve por hermano; no se cumpla por Dios en tí lo que diçen: que pequeña causa desparte conformes amigos. Muy mal me tratas, no sé de dónde nace este rencor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata, que es muy rara la paciencia que agudo baldon no penetre y traspase.

SEMPRONIO.

No digo más en esto, sino que se eche otra sardina para el mozo de caballos, pues tú tienes amiga.

PARMENO.

Estás enojado; quiérote sufrir, aunque

más mal me trates; pues dicen que ninguna humana pasion es perpetua ni durable.

SEMPRONIO.

Más maltratas tú á Calisto, aconsejando á él lo que para tí huyes, diciendo que se aparte de amar á Melibea, hecho tablilla de meson, que para sí no tiene abrigo y dalo á todos. ¡Oh Parmeno! Agora podrás ver cuán fácil cosa es reprender vida ajena, y cuán duro guardar cada cual la suya. No digo más, pues tú eres testigo; y de aquí adelante verémos cómo te has, pues ya tienes tu escudilla como cada cual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de tí tuve me habias de favorescer, y ayudar á Celestina en mi provecho, y no hincar un clavo de malicia á cada palabra. Sabe que como la hez de la taberna despide á los borrachos, así la adversidad ó necesidad al fingido amigo: luégo se descubre el falso metal dorado por encima.

PARMENO.

Oido lo habia decir, y por experiencia lo veo, nunca venir placer sin contraria zozobra en esta triste vida: á los alegres, serenos y claros soles, nublados, escuros y pluvias vemos suceder; á los solaces y placeres, dolores y muertes los acompañan; á las risas y deleites, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen; finalmente, á

mucho descanso y sosiego, mucho pesar y tristeza. ¿Quién podria tan alegre venir como yo agora? ¿quién tan triste recebimiento padescer? ¿quién verse como yo me vi, con tanta gloria alcanzada con mi querida Areusa? ¿quién caer della, siendo tan mal tratado tan presto, como yo de tí? Que no me has dado lugar á podértelo decir cuanto soy tuyo, cuánto te he de favorescer en todo, cuánto soy arrepiso de lo pasado, cuántos consejos y castigos buenos he rescebido de Celestina en tu favor y provecho, y de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo y Melibea está en nuestras manos, podrémos agora medrar, ó nunca.

SEMPRONIO.

Bien me agradan tus palabras, si tales tuvieses las obras, á las cuales espero para haberte de creer. Pero, por Dios, que me digas, ¿qué es eso que dijiste de Areusa? Paresce que conoces tú á Areusa, su prima de Elicia.

PARMENO.

¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO.

¡Cómo se lo dice el bobo! De risa no puede hablar: ¿á qué llamas haberla alcanzado? ¿Estaba en alguna ventana, ó qué es esto?

PARMENO.

Á ponerla en duda, si queda preñada ó no.

SEMPRONIO.

Espantado me tienes: *mucho puede el contínuo trabajo*, una contínua gotera horadará una piedra.

PARMENO.

Verás que tan contínua, que ayer lo pensé y ya la tengo por mia.

SEMPRONIO.

La vieja anda por ahí.

PARMENO.

¿En qué lo ves?

SEMPRONIO.

Que ella me habia dicho que te queria mucho, y que te la haria haber. Dichoso fuiste, no hiciste sino llegar y recaudar: por esto dicen: *más vale á quien Dios ayuda, que á quien mucho madruga*; pero tal padrino tuviste.

PARMENO.

Dí madrina, que es más cierto: así que, *quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.* Tarde fuí, pero temprano recaudé. ¡Oh hermano! ¿Qué te contaria de sus gracias de aquella mujer, de su habla y hermosura de su cuerpo? Pero quede para más oportunidad.

SEMPRONIO.

¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tú tanto, cuanto estotra no tenga mas: todo lo creo; pero ¿qué te cuesta? ¿Hasle dado algo?

PARMENO.

No, cierto; mas aunque hubiera, era bien empleado; de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, cuanto caro son compradas; tanto valen cuanto cuestan; nunca mucho costó poco, sino á mí esta señora. A comer la convidé para casa de Celestina, y si te place vamos todos allá.

SEMPRONIO.

¿Quién, hermano?

PARMENO.

Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia: habrémos placer.

SEMPRONIO.

¡Oh Dios! ¡y cómo me has alegrado! Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hacer bien, todo el enojo que de tus pasadas hablas tenía, se me ha tornado en amor. No dudo ya tu confederacion con nosotros ser la que debe. Abrazarte quiero, seamos como hermanos, vaya el diablo para ruin; sea lo pasado cuestion de San Juan, y así paz para todo el año, que las

iras de los amigos siempre suelen ser reintegracion del amor. Comamos y holguemos, que nuestro amor ayunará por todos.

PARMENO.

¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO.

Allí está tendido en el estrado cabe la cama, donde le dejaste anoche: que no ha dormido ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta ó devanea: no le tomo tiento, si con aquello pena ó descansa.

PARMENO.

¿Qué dices? ¿Y nunca me ha llamado ni ha tenido memoria de mí?

SENMPRONIO.

No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de tí?

PARMENO.

Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo. Pues así es, miéntras recuerda, quiero enviar la comida á que la aderescen.

SEMPRONIO.

¿Qué has pensado enviar para que aquellas loquillas te tengan por hombre cumplido, bien criado y franco?

PARMENO.

En casa llena presto se adereza la cena;

de lo que hay en la despensa basta para no caer en falta. Pan blanco, vino de Morviedro, un pernil de tocino, y más seis pares de pollos que trajeron estotro dia los renteros de nuestro amo; que si los pidiese, haréle creer que los ha comido; y las tórtolas que mandó para hoy guardar, diréle que hedian: tú serás testigo. Ternemos manera como á él no haga mal lo que dellas comiere, y nuestra mesa esté como es razon. Y allá hablarémos más largamente en su daño y nuestro provecho con la vieja cerca destos amores.

SEMPRONIO.

Más dolores: que por fe tengo que de muerto ó loco no escapa esta vez. Pues que así es, despacha, subamos á ver qué hace.

CALISTO.

En gran peligro me veo;
En mi muerte no hay tardanza:
Pues que me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.

PARMENO.

Escucha, escucha, Sempronio, trovando nuestro amo.

SEMPRONIO.

¡Oh hideputa, y qué trovador! El gran Antipater sidonio, el gran poeta Ovidio, á los cuales de improviso se les venian las razones metrificadas á la boca.

PARMENO.

Sí, sí, de esos es: trovará el diablo; está devaneando entre sueños.

CALISTO.

Corazon, bien se te emplea
Que penes y vivas triste;
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

PARMENO.

¿No digo yo que trova?

CALISTO.

¿Quién habla en la sala? Mozos.

PARMENO.

Señor.

CALISTO.

¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PARMENO.

Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO.

¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARMENO.

Y áun harta parte del dia.

CALISTO.

Dí, Sempronio, ¿miente ese desvariado que me hace creer que es de dia?

SEMPRONIO.

Olvida, señor, un poco á Melibea, y verás la claridad: que con la mucha que en

su gesto contemplas, no puedes ver de encandilado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO.

Agora te creo, que tañen á misa. Daca mis ropas, iré á la Magdalena, rogaré á Dios que enderesce á Celestina, y ponga en corazon á Melibea mi remedio, ó dé fin en breve á mis tristes dias.

SEMPRONIO.

No te fatigues tanto; no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que se puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en un dia lo que en un año sería harto, no es mucha tu vida.

CALISTO.

Quieres decir que soy como el mozo del escudero gallego.

SEMPRONIO.

No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor; y mas desto sé que como me galardonas el buen consejo, me castigarias lo mal hablado. Aunque dicen que no es igual la alabanza del servicio ó buena habla, como la reprension y pena de lo mal hecho ó hablado.

CALISTO.

No sé quién te avezó tanta filosofia, Sempronio.

SEMPRONIO.

Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejanza, ni es todo oro cuanto amarillo reluce. Tus acelerados deseos, no medidos con razon, hacen parescer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran á la primera habla amanojada y envuelta en su cordon á Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquier mercadurία á la plaza, en que no hubiere mas trabajo de llegar y pagarla. Da, señor, alivio al corazon, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un golpe solo no derriba un roble. Apercíbete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste al fuerte combate.

CALISTO.

Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO.

¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva á la razon?

CALISTO.

¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo, ni esperarte más razones, que más avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo á misa, y no tornaré á casa hasta que me llameis, pidiéndome albri-

cias de mi gozo con la buena venida de Celestina; ni comeré hasta entónces, aunque primero sean los caballos de Febo apascentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.

SEMPRONIO.

Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesías, que no es habla conveniente la que á todos no es comun, la que todos no participan, la que pocos entienden. Dí, aunque se ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto tiempo te sostengas.

CALISTO.

Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como á tí te paresce; que por cierto tengo, segun tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO.

¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarias. Acuérdate si fueres por conserva, apañes un bote para aquella gentecilla, que nos va más; y á buen entendedor, etc. En la bragueta cabrá.

CALISTO.

¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO.

Dije, señor, á Parmeno, que fuese por una tajada de diacitron.

PARMENO.

Héla aquí, señor.

CALISTO.

Daca.

SEMPRONIO.

Verás qué engullir hace el diablo: entero lo quiere tragar por más apriesa hacer.

CALISTO.

El alma me ha tornado. Quedaos adios, hijos; esperad la vieja, é id por buenas albricias.

PARMENO.

Allá irás con el diablo tú y malos años, y en tal hora comieses el diacitron, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO III.

LA CELESTINA

TRAJI-COMEDIA

DE CALISTO Y MELIBEA

En la cual se contienen, además de su agradable y dulce estilo, muchas sentencias filosofales y avisos muy necesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas.

TOMO SEGUNDO

SEGUNDA EDICION

MADRID:
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Leganitos, 18, cuarto segundo.

1878

M. Romero, impresor, Valverde, 40.—Madrid.

LA CELESTINA

ACTO NOVENO

ARGUMENTO

Sempronio y Parmeno van á casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan a Elicia y á Areusa. Pónense á comer, y entre comer riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla apaciguar. En este comedio viene Lucrecia, criada de Melibea, á llamar á Celestina, que vaya á estar con Melibea.

SEMPRONIO, PARMENO, CELESTINA, ELICIA, AREUSA, LUCRECIA.

SEMPRONIO.

Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te paresce, que es hora que vamos á comer.

PARMENO.

Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esta calle, sino por estotra; porque nos entremos por la Iglesia, y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones, llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO.

A donosa hora ha de estar rezando.

PARMENO.

No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMPRONIO.

Verdad es; pero mal conoces á Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos están los santos; cuando va á la iglesia con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió, mejor conozco yo sus propiedades que tú; lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene á cargo, y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas mozas tiene encomendadas, y qué despensero le dan racion, y cuál mejor, y cómo les llaman por nombre, porque cuando los encontrare no hable como estraña, y qué canónigo es mas mozo y franco. Cuando menea los labrios es fingir mentiras, ordenar cautelas para ver dinero. Por aquí le entraré, esto me responderá, esto replicaré: asi vive esta que nosotros mucho honramos.

PARMENO.

Mas que eso sé yo; sino porque te enojaste estotro dia, no quiero hablar; cuando lo dijiste á Calisto.

SEMPRONIO.

Aunque lo sepamos para nuestro provecho no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo es echarlo por quien es, y no curar della. Dejándola, verná forzado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte como desta, que de grado ó por fuerza nos dará de lo que le diere.

PARMENO.

Bien has dicho; calla, que está abierta la puerta. En casa está: llama antes que entres, que por ventura estén revueltas, y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO.

Entra, no cures, que todos somos de casa; ya ponen la mesa.

CELESTINA.

¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! Tal me venga el año cual me paresce vuestra venida.

PARMENO.

¡Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO.

Déjala, que deseo vive; que no se quién diablos le mostró tanta ruindad.

PARMENO.

La necesidad y pobreza; la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo: no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios. ¿Quién mostró á las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus arpadas lenguas, y nuestro órgano y voz, sino esta?

CELESTINA.

Mochachas, mochachas bobas, andad acá bajo, presto; que están aquí dos hombres que me quieren forzar.

ELICIA.

Mas nunca vinieran; y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme.

SEMPRONIO.

Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien á otro sirve no es libre: así que sugecion me relieva de culpa. No háyamos enojo, asentémonos á comer.

ELICIA.

Así; para asentar á comer muy diligente: á mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO.

Despues reñiremos, comamos agora. Asiéntate, madre Celestina, tú primero.

CÉLESTINA.

Asentáos vosotros, mis hi os, que harto lugar hay para todos; tanto j d ciesen del paraiso cuando allá vamos. Pon os en órden, cada uno cabe la suya: yo que estoy sola porné cabe mí este jarro y taza, que no es mas mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fuí haciendo vieja, no sé mejor oficio á la mesa que escanciar; porque *quien la miel trata, siempre se le apega della.* Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destos que beba cuando me quiero acostar, no siento frio en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene contino en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en mi casa, que nunca temeré el mal año; que un cortezon de pan ratonado me basta para tres dias. Esto quita la tristeza del corazon, más que el oro y el coral; esto da esfuerzo al mozo, y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frio del estómago, quita el hedor del aliento, hace potentes los frios, hace sufrir los afanes de las labranzas, á los cansados segadores hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Mas propiedades te diria dello, que todos teneis cabellos; así, que, no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una ta-

cha, que lo bueno vale caro, y lo malo hace daño; así que, con lo que sana el hígado, enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo. Una sola docena de veces á cada comida; no me harán pasar de allí, salvo si soy convidada como agora.

PARMENO.

Madre, pues tres veces dicen que es lo bueno y honesto todos los que escribieron.

CELESTINA.

Hijo, estará corruta la letra; por trece tres.

SEMPRONIO.

Tia señora, á todos nos sabe bien comiendo y hablando, porque despues no habrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA.

Apártateme allá, desabrido, enojoso. Mal provecho te haga lo que comes, que tal comida me has dado. Por mi alma revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo, de asco de oirte llamar aquella gentil. Mirad ¡quién gentil! ¡Jesú, Jesú! ¡qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¡A quién gentil! Mal me haga Dios si ella lo es, ni tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagañas se pagan. Santiguarme quiero de tu nescedad y poco conoscimiento. ¡Oh quién estuviese de

gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entónces lo es, entónces acertarán, cuando andan á pares los diez mandamientos; aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda. Por cierto que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quien Dios mas repartió su gracia, que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos á un palo, tambien diréis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA.

Pues no la has visto como yo, hermana mia. Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel dia pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades, por una vez que haya de salir donde pueda ser vista; enviste su cara con hiel y miel, con unas tostadas y higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen á estas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que así goce de mí, unas tetas tiene, para ser doncella, como si tres veces hubiese parido. No parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como una vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar á otras que mas lijeramente podria haber, y con quien

él mas se holgase; sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO.

Hermana, parésceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que lo contrario deso se suena por la ciudad.

AREUSA.

Ninguna cosa es más lejos de la verdad que la vulgar opinion; y nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba, maldad. Y pues este es su mas cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por esto ser la que afirmas.

SEMPRONIO.

Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; y así yo creo que si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta de los que con ella más que nosotros tratan. Y aunque lo que dices concediese, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; así que, los nascidos por linaje escogido búscanse unos á otros. Por ende no es de maravillar que ame antes á esta que á otra.

AREUSA.

Ruin sea quien por ruin se tiene; las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adan y Eva. Procure de ser cada

uno bueno por sí, y no vaya á buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

CELESTINA.

Hijos, por mi vida, que cesen esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes á la mesa y dejes esos enojos.

ELICIA.

Con tal que mala pro me hiciese; con tal que reventase en comiéndolo. ¿Habia yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO.

Calla, mi vida, que tú la comparaste: toda comparacion es odiosa; tú te tienes la culpa, y no yo.

AREUSA.

Ven, hermana, á comer, no hagas agora ese placer á estos locos porfiados; si no levantarme he yo de la mesa.

ELICIA.

Necesidad de complacerte me hace contentar á ese enemigo mio, y usar de virtud con todos.

SEMPRONIO.

He, he, he.

ELICIA.

¿De qué te ries? De mal cáncer sea comida esa boca desgraciada y enojosa.

CELESTINA.

No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Entendamos á lo que hace á nuestro caso. Decidme, ¿cómo quedó Calisto? ¿cómo le dejastes? ¿cómo os podistes entrambos descabullir dél?

PARMENO.

Allá fué á la maldicion echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, á misa á la Magdalena, á rogar á Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huesos destos pollos, y protestando de no volver á casa hasta oir que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo cierto está: lo otro vaya y venga. Cuándo lo dará no lo sé.

CELESTINA.

Sea cuando fuere: buenas son mangas pasada la pascua. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana; mayormente viniendo de parte de donde tampoca mella hace: de hombre tan rico, que con los salvados de su casa podria yo salir de laceria, segun lo mucho que le sobra. No les duele á los tales lo que gastan, segun la causa por que lo dan; no lo sienten con el embebescimiento del amor; no les pena, no ven, no oyen, lo cual yo juzgo por otros que he conoscido menos apasionados y metidos en este fuego de amor, que á Calisto veo. Que ni comen, ni beben, ni rien, ni lloran, ni duermen, ni velan, ni hablan, ni callan, ni

penan ni descansan, ni están contentos, ni se quejan, segun las perplejidades de aquella dulce y fiera llaga de sus corazones; y si alguna cosa destas la natural necesidad les fuerza á hacer, están en el acto tan olvidados, que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda á la boca. Pues si con ellos hablan, jamás conveniente respuesta vuelven. Allí tienen los cuerpos y con sus amigas los corazones y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor; no solo la tierra, mas aún las mares traspasa, segun su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres: todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es, temerosa y solícita; todas las cosas mira en derredor; así que, si vosotros buenos enamorados habeis sido, juzgareis yo decir verdad.

SEMPRONIO.

Señora, en todo concedo con tu razon, que aquí está quien me causó andar hecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeza vana, los dias mal durmiendo, las noches todas velando, dando alboradas, haciendo momos, saltando paredes, poniendo cada dia la vida al tablero, esperando toros, corriendo caballos, tirando barra, echando lanza, cansando amigos, quebrando espadas, haciendo escalas, vistiendo armas, y otros mil autos de enamorado; haciendo coplas, pintando motes, sacando invenciones; pero todo lo doy por bien empleado pues tal joya gané.

ELICIA.

Mucho piensas que me tienes ganada;

pues hágote cierto, que no has vuelto la cabeza, cuando está en casa otro que más quiero, más gracioso que tú, y aun que no anda buscando cómo me dar enojo: á cabo de un año que me vienes á ver, tarde y con mal.

CELESTINA.

Hijo, déjala decir, que devanea; mientras mas deso la oyeres, más se confirma en tu amor. Todo es porque habeis aquí alabado á Melibea; no sabe otra cosa en que os lo pagar, sino en decir eso; y creo que no ve la hora de haber comido para lo que yo me sé. Pues esotra su prima yo la conozco. Gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene, y mejor lo espera, tiempo viene que se arrepiente; como yo hago agora por algunas horas que dejé perder, cuando moza, cuando me preciaban, cuando me querian; que ya, mal pecado, caducado he, nadie me quiere, ¡que sabe Dios mi buen deseo! Besaos y abrazaos, que á mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientra á la mesa estais, de la cinta arriba todo se perdona; cuando seais aparte, no quiero poner tasa; pues que el rey no la pone. Yo sé por las mochachas que nunca de importunos os acusen; y la vieja Celestina mascará de dentera con sus botas encías las migajas de los manteles. Bendígaos Dios, ¡cómo lo reis y holgais, putillos, loquillos, traviesos! En esto habia de parar el ñublado de las cuestioncillas que habeis tenido: mirá no derribeis la mesa.

ELICIA.

Madre, á la puerta llaman. El solaz es derramado.

CELESTINA.

Mira, hija, quién es; por ventura será quien lo acresciente y allegue.

ELICIA.

O la voz me engaña, ó es mi prima Lucrecia.

CELESTINA.

Abrela, y entre ella, y buenos años; pues aun á ella algo se le entiende desto que aquí hablamos; aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREUSA.

Así goce de mí, que es verdad que estas que sirven á señoras no gozan de deleite, ni conoscen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientas ni con iguales á quien puedan hablar tú por tú, con quien digan ¿qué cenaste? ¿estás preñada? ¿cuántas gallinas crias? llévame á merendar á tu casa; muéstrame á tu enamorado; ¿cuánto há que no te vido? ¿cómo te va con él? ¿quién son tus vecinas? y otras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tia! ¡Y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es *señora* continuo en la boca? Por esto me vivo sobre mí, desde que me sé conoscer; que jamás me preció de llamarme de otra, sino mia. Mayormente des-

tas señoras que agora se usan: gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota de las que ellas desechan pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que hablar delante dellas no osan; y cuando ven cerca el tiempo de la obligacion de casallas, levántanles un caramillo, que se echan con el mozo ó con el hijo, ó pídenles celos del marido, ó que meten hombres en casa, ó que hurtó la taza, ó perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y échanle la puerta afuera, las haldas en la cabeza, diciendo: allá irás, ladrona, puta, no destruirás mi casa y honra. Así que, esperan galardon, sacan baldon; esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos y joyas de bodas, salen desnudas y denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos, oblíganse á darles marido, quítanles el vestido; la mejor honra que en sus casas tienen, es andar hechas callejeras de dueña en dueña con sus mensajes acuestas. Nunca oyen sus nombres propios de la boca dellas, sino puta acá, puta acullá. ¿A dó vas, tiñosa? ¿qué heciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa? ¿cómo fregaste la sarten, puerca? ¿por qué no limpiaste el manto, súcia? ¿cómo dijiste esto, nécia? ¿quién rompió el plato, desenliñada? ¿quién perdió el paño de manos, ladrona? A tu rufián lo habrás dado, malvada. Ven acá, mala mujer, la gallina habada no paresce; pues búscala presto, si no, en la primera blanca de tu soldada la contaré. Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes. No

hay quien las sepa contentar; no hay quien pueda sufrillas. Su placer es dar voces, su gloria reñir; de lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, me he querido mas vivir en mi pequeña casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada y captiva.

CELESTINA.

En tu seso has estado, bien sabes lo que haces. Que los sabios dicen, que vale más una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencilla. Mas agora cese esta razon, que entra Lucrecia.

LUCRECIA.

Buena pro os haga, tia, y á la compaña. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA.

¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien paresce que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay quien me vido, y quien me ve agora, no sé cómo no quiebra su corazon de dolor! Yo ví, mi amor, á esta mesa donde agora están tus primas asentadas, nueve mozas de tus dias, que la mayor no pasaba de diez y ocho años, y ninguna habia menor de catorce. Mundo es, pase, ande su rueda, rodee sus arcaduces, unos llenos y otros vacíos. Ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanesce, su órden es mu-

danzas. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entónces tenia; pues por mis pecados y mala dicha poco á poco ha venido en disminucion; y como declinaban mis dias, así se disminuia y amenguaba mi provecho. Proverbio es antiguo, que cuanto en el mundo es cresce ó descresce; todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó á la cumbre, segun quien yo era; de necesidad es que se demengüe y se abaje; cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida; pero bien sé que subí para descender, floresci para secarme, gocé para entristecerme, nascí para vivir, viví para crescer, crescí para envejecer, envejescí para morirme. Y pues esto antes de agora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible formada.

LUCRECIA.

Trabajo ternías, madre, con tantas mozas, que es ún ganado muy penoso de guardar.

CELESTINA.

¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedescian, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salia de mi querer, lo que yo decia era lo bueno, á cada cual daba cobro. No escogian más de lo que yo les mandaba; cojo, ó tuerto, ó manco, aquel habian por sano, quien más dinero me daba. Mio era el provecho, suyo el

afán. Pues servidores, ¿no tenia por su causa dellas? Caballeros, viejos, mozos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la iglesia veia derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos habia de negociar conmigo, por más ruin se tenia. De media legua que me viesen, dejaban las horas; uno á uno, dos á dos, venian adonde yo estaba, á ver si mandaba algo, y á preguntarme cada uno por la suya. En viéndome entrar, se turbaban todos, que no hacian ni decian cosa ninguna á derechas. Unos me llamaban señora, otros tia, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas á mi casa, allí las idas á la suya, allí se me ofrescian dineros, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener más contenta. Agora hame traido la fortuna á tal estado, que me digas, *buena pro te hagan las zapatas*.

SEMPRONIO.

Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas desa religiosa gente y benditas coronas. Sé que no serian todos.

CELESTINA.

No, hijo; ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos habia con quien yo poco medraba, y aun que no me podian ver; pero creo que de envidia de los otros que me hablaban. Como la clerecía era grande, habia de todo:

unos muy castos, otros que tienen cargo de mantener á las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos á que me acompañasen; y apenas era llegada á mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, perdices, tórtolas, perniles de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo rescebia de aquellos diezmos de Dios, así lo venian luego á registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas. Pues ¿vino? ¿No me sobraba de lo mejor que se bebia en la ciudad? Venido de diversas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martin y de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria; que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta: no era ofrescido el bodigo, cuando en besando el feligrés la estola, era del primer voleo en mi casa. Espesos como piedras á tablado entraban mochachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.

AREUSA.

Por Dios, pues somos venidas á haber placer, no llores, madre, ni te fatigues, que Dios lo remediará todo.

CELESTINA.

Harto tengo, hija, que llorar acordándo-

me de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenia, y cuán servida era de todo el mundo, que jamás hubo fruta nueva, de que yo primero no gozase que otros supiesen si era nascida. En mi casa se habia de hallar si para alguna preñada se buscase.

SEMPRONIO.

Madre, ningun provecho trae á la memoria del buen tiempo, si cobrar no se puede, antes tristeza: como á tí agora, que nos has sacado el placer de entre-las manos. Alcese la mesa, irnos hemos á holgar, y tú darás respuesta á esta doncella que aquí es venida.

CELESTINA.

Hija Lucrecia, dejadas estas razones, querria que me dijeses á qué fué agora tu buena venida.

LUCRECIA.

Por cierto ya se me habia olvidado mi principal demanda y mensaje con la memoria dese tan alegre tiempo como has contado. Así me estuviera un año escuchándote sin comer, pensando en aquella vida bona que aquellas mozas gozarian, que me paresce y semeja que estoy yo ahora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás, pedirte el ceñidero. Demas desto, te ruega mi señora sea de tí visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y dolor de corazon.

CELESTINA.

Hija, destos dolorcillos tales, mas es el

ruido que las nueces. Maravillada soy, sentirse del corazon mujer tan moza.

LUCRECIA.

(Así te arrastren, traidora, como tú no sabes qué es. Hace la vieja falsa sus hechizos, y vase: después hácese de nuevas.)

CELESTINA.

¿Qué dices, hija?

LUCRECIA.

Madre, que vamos presto, y me dés el cordon.

CELESTINA.

Vamos, que yo le llevo.

ACTO DÉCIMO

ARGUMENTO

Mientras andan Celestina y Lucrecia por el camino está hablando Melibea consigo misma. Llegadas á la puerta, entra Lucrecia primero, hace entrar á Celestina. Melibea, despues de muchas razones, descubre á Celestina arder en amores de Calisto. Ven venir á Alisa, madre de Melibea; despídense de en uno. Pregunta Alisa á Melibea, su hija, de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversacion.

MELIBEA, ALISA, CELESTINA, LUCRECIA.

MELIBEA.

¡Oh lastimada de mí, oh mal proveida doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su peticion y demanda ayer á Celestina, cuando de parte de aquel señor (cuya vista me captivó) me fué robado, y contentarle á él, y sanar á mí, que no venir por fuerza á descubrille mi llaga, cuando no me sea agradescido? cuando ya desconfiando de mi buena respuesta haya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Cuánta mas ventaja tuviera mi

prometimiento rogado, que mi ofrescimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de mi seso, cuando me veas publicar lo que á tí jamás he querido descubrir? ¡Como te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüenza, que siempre como encerrada doncella acostumbré tener! No sé si habrás barruntado de dónde proceda mi dolor. ¡Oh si ya vinieses con aquella medianera de mi salud! ¡Oh soberano Dios! ¡Á tí, que todos los atribulados llaman! los apasionados piden remedio, los llagados medicina! á tí, que los cielos, mar, tierra con los infernales centros obedescen! á tí, el cual todas los cosas á los hombres sojuzgaste! humildemente suplico dés á mi herido corazon sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasion pueda disimular. No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor, que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vista de su presencia de aquel caballero me dió? ¡Oh género femíneo, encogido y frágil! Por qué no fué tambien á las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como á los varones! Que ni Calisto viviera quejoso ni yo penada.

LUCRECIA.

Tia, detente un poquito cabe la puerta; entraré á ver con quién está hablan-

do mi señora. Entra, entra que consigo lo ha.

MELIBEA.

Lucrecia, echa esa antepuerta. Oh vieja sabia y honrada, tú seas bien venida. ¡Qué te paresce, cómo ha querido mi dicha y la fortuna lo ha rodeado, que yo tuviese de tu saber necesidad, para que tan presto me hubieses de pagar en la mesma moneda el beneficio que por tí me fué demandado para ese gentil hombre que curabas con la virtud de mi cordon!

CELESTINA.

¿Qué es, señora, tu mal, que así muestras las señas de tu tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA.

Madre mia, que comen este corazon serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.

(Bien está; así lo queria yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira).

MELIBEA.

¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa de donde mi mal proceda?

CELESTINA.

No me has, señora, declarado la calidad del mal, ¿y quieres que adivine la causa? Lo

que yo digo es, que rescibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA.

Vieja honrada, alégramela tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA.

Señora, el sabidor solo es Dios; pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melecinas, dellas por esperiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partecica alcanzó esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

MELIBEA.

¡Oh qué gracioso y agradable me es oirte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Parésceme que veo mi corazon entre tus manos hecho pedazos, el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarias con la virtud de tu lengua, no de otra manera que cuando vió en sueño aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragon la saludable raiz con que sanó á su criado Ptolomeo del bocado de la víbora. Pues por amor de Dios, te despojes para mas diligente entender en mi mal, y me da algun remedio.

CELESTINA.

Grande parte de la salud es descarla; por lo cual creo menos peligroso ser tu dolor.

Pero para yo dar, mediante Dios, cóngrua y saludable melecina, es necesario saber de tí tres cosas. La primera, á qué parte de tu cuerpo mas declina y aqueja el sentimiento. Otra, si es nuevamente por tí sentido, porque mas presto se curan las tiernas enfermedades en su principio, que cuando han hecho curso en la perseveracion de su oficio; mejor se doman los animales en su primera edad, que cuando ya es su cuero enduréscido para venir mansos á la melena; mejor crescen las plantas que tiernas y nuevas se trasponen que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nuevo pecado que aquel que por costumbre antigua cometemos cada dia. La tercera, si procedió de algun cruel pensamiento que asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA.

Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto tú lo pides, como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazon, la izquierda teta es su aposentamiento, tiende sus rayos á todas partes. Lo segundo es nuevamente nascido en mi cuerpo; que no pensé jamás que podria dolor privar el seso, como este hace: túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningun género de risa querria ver. La causa ó pensamiento, pues es la final cosa por tí pregun-

tada de mi mal, esta no sabré decirte; porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de vision, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo alteracion que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero, cuando me pediste la oracion.

CELESTINA.

Cómo, señora, ¿tan mal hombre es aquel? ¿Tan mal nombre es el suyo, que en solo ser nombrado trae consigo ponzoña su sonido? No creas que sea esa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; y pues así es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA.

Cómo, Celestina, ¿qué es ese nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Cuál médico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Dí, dí, que siempre la tienes de mí, tal que mi honra no dañes con tus palabras.

CELESTINA.

Véote, señora, por una parte quejar del dolor; por otra temer la melecina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi medicina. Así que, será causa que ni tu dolor cese, ni mi venida aproveche.

MELIBEA.

Cuanto mas dilatas la cura, tanto mas me

acrescientas y multiplicas la pena y pasion. O tus melecinas son de polvos de infamia y licor de corrupcion, confacionadas con otro mas crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, ó no es ninguno tu saber. Porque si lo uno ó lo otro no te impidiese, cualquiera otro remedio dirias sin temor, pues te pido lo muestres, quedando libre mi honra.

CELESTINA.

Señora, no tengas por nuevo ser mas fuerte de sufrir al herido la ardiente termentina, y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasion, que no la primera lision, que dió sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y piés una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oidos unos algodones de sufrimiento y paciencia, y verás obrar la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA.

¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Dí por Dios lo que quieres; haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Agora toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo; aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazon, te doy mi fe ser segura, y si siento alivio bien galardonada.

LUCRECIA.

(El seso tiene perdido mi señora; gran mal ha; captivádola ha esta hechicera.)

CELESTINA.

(Nunca me ha de faltar un diablo acá y y allá; escapóme Dios de Parmeno, tópome con Lucrecia.)

MELIBEA.

¡Qué dices, madre? ¿Qué te habla esta moza?

CELESTINA.

No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa más contraria en las grandes curas delante los animosos cirujanos, que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sensibles meneos, ponen temor al enfermo, hacen que desconfian de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbacion altera la mano, y rige sin órden la aguja. Por donde se puede conoscer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante; así que, la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA.

Salte fuera presto.

LUCRECIA.

Ya, ya, todo es perdido; ya me salgo, señora.

CELESTINA.

Tambien me da osadía tu gran pena, ver cómo con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavía es necesario traer más clara melecina y más saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEA.

Calla, por Dios, madre; no traigas de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA.

Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre; si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Y dicen los sábios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas ódio ni desamor, ni consientas á tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conoscido fuese...

MELIBEA.

¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes á este hombre, ni me le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA.

Señora, este es otro y segundo punto, el

cual si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida; y si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar á tí sientes en solo mentarlo en mi boca.

MELIBEA.

Tantas veces me nombras ese caballero, que ni mi promesa basta, ni la fé que te dí á sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo á él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me seria que rasgases mis carnes y sacases mi corazon, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA.

Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para lo curar.

MELIBEA.

¿Cómo dices que llaman á este mi dolor, que así se ha enseñoreado de lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA.

Amor dulce.

MELIBEA.

Eso me declara lo que es, que en sólo oirlo me alegra.

CELESTINA.

Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA.

¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relacion, dudosa será mi salud, porque, segun la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro más pasion.

CELESTINA.

No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envia el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nascida una flor que de todo esto te dé libre.

MELIBEA.

¿Cómo se llama?

CELESTINA.

No te lo oso decir.

MELIBEA.

Dí, no temas.

CELESTINA.

Calisto. ¡Oh. por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaescimiento? ¡Oh mezquina yo! Alza la ca-

beza. ¡Oh malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han; aunque viva, seré sentida; que ya no podrá sufrir de no publicar su mal y mi cura. Señora mia Melibea, ángel mio, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. Lucrecia, Lucrecia, entra presto; verás amortecida á tu señora entre mis manos; baja presto por un jarro de agua.

MELIBEA.

Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CELESTINA.

¡Oh cuitada de mí; no te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIBEA.

Y muy mejor, calla, no me fatigues.

CELESTINA.

¿Pues qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA.

Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algun poco de espacio,

mi fuerza y mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¡Oh pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria! lo que tú tan abiertamente conosces, en vano trabajo por te lo descubrir. Muchos y muchos dias son pasados que ese noble caballero me habló en amor; tanto me fué su habla enojosa, cuanto despues que tú me lo tornaste á nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordon le llevaste envuelta la posesion de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mia. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y mas yo, que jamás pudieron mis reproches aplacar tu esfuerzo y perseverancia, confiando en tu mucha astucia. Antes como fiel servidora, cuando mas denostada, mas diligente; cuando mas disfavor, mas esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo mas airada tú mas humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás á tí ni á otro pensé descubrir.

CELESTINA.

Amiga y señora mia, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía á sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me deter-

mínase, así por el camino como en tu casa, estuve en grandes dudas si te descubriria mi peticion. Visto el gran poder de tu padre, temia; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discrecion, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hallaba el miedo, en lo otro la seguridad. Y pues así, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, hecha tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma cómo tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEA.

¡Oh mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría! Si tu corazon siente lo que ahora el mio, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente á vivir. ¡Oh mi madre y mi señora! haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CELESTINA.

Ver y hablar.

MELIBEA.

Hablar es imposible.

CELESTINA.

Ninguna cosa á los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEA.

Dime cómo.

CELESTINA.

Yo lo tengo pensado, yo te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.

¿Cuándo?

CELESTINA.

Esta noche.

MELIBEA.

Gloriosa me serás si lo ordenas. Di á qué hora.

CELESTINA.

Á las doce.

MELIBEA.

Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso, y de allí se dará concierto, segun su voluntad, á la hora que has ordenado.

CELESTINA.

Adios, que viene hacia acá tu madre.

MELIBEA.

Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto cómo no ha sido mas en mi mano. Captivóme el amor de aquel caballero; ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que meresce tu fiel servicio.

LUCRECIA.

Señora, mucho antes de agora tengo sentida tu llaga, y calado tu deseo. Hame fuertemente dolido tu perdicion. Cuanto mas tú me querias encubrir y celar el fuego que te quemaba, tanto mas sus llamas se manifestaban en la color de tu cara, en el poco sosiego de tu corazon, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, y en el no dormir. Así que, de contino te se caian, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores ó desmedido apetito, cumple á los servidores obedescer con diligencia corporal, y no con artificiales consejos de lengua, sufria con pena, callaba por temor, encubria con fieldad; de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero pues ya no tiene tu merced otro remedio sino morir ó amar, mucha razon es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

ALISA.

¿En qué andas acá, vecina, cada dia?

CELESTINA.

Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso, y vínelo á cumplir, porque dí mi palabra; y traido, vóime. Quede Dios contigo.

ALISA.

Contigo vaya. Hija Melibea, ¿qué queria la vieja?

MELIBEA.

Venderme un poquillo de solimán.

ALISA.

Eso creo yo mas que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que yo rescebia pena dello, y mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traidora; que el sotil ladron siempre rodea las ricas moradas. Sabe esta con sus traiciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos; daña la fama; á tres veces que entra en una casa engendra sospecha.

LUCRECIA.

Tarde acuerda nuestra ama.

ALISA.

Por amor mio, hija, que si aquí tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida, ni la rescibas con placer. Halle en tí honestidad y tu respuesta breve, y jamás volverá; que la verdadera virtud mas se teme que la espada.

MELIBEA.

¿Desas es? Nunca mas; bien huelgo, señora, de ser avisada por saber de quién me tengo de guardar.

ACTO ONCENO

ARGUMENTO

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando, ve á Sempronio y Parmeno que van á la Madalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina; van á casa de Calisto; declárale Celestina su mensaje y negocio recaudado con Melibea; miéntras ellos en estas razones están, Parmeno y Sempronio entre sí hablan. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama á la puerta. Elicia la viene á abrir, cenan y vanse á dormir.

CELESTINA, SEMPRONIO, CALISTO, PARMENO, ELICIA.

CELESTINA.

¡Ay Dios, si llegase á casa con mi mucha alegría acuestas! Á Parmeno y á Sempronio veo ir á la Madalena; tras ellos me voy, y si ahí estuviere Calisto, pasaremos á su casa á pedirle albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO.

Señor, mira que tu estado es dar á todo el mundo qué decir; por Dios, que huyas de

ser traido en lenguas; que al muy devoto llaman hipócrita: ¿qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasion tienes, súfrela en tu casa, no te sienta la tierra. No descubras tu pena á los extraños, pues está en manos el pandero que lo sabrán bien tañer.

CALISTO.

¿En qué manos?

SEMPRONIO.

De Celestina.

CELESTINA.

¿Qué nombrais á Celestina? ¡Qué decís desta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo á más andar tras de vosotros por alcanzaros, y jamás he podido con mis luengas haldas.

CALISTO.

¡Oh joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazon se me alegra en ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿con qué vienes? ¡Qué nuevas traes, que te veo alegre, y no sé en qué está mi vida?

CELESTINA.

En mi lengua.

CALISTO.

¿Qué dices, gloria y descanso mio? Decláreme más lo dicho.

CELESTINA.

Salgamos, señor, de la iglesia, y de aquí á casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

PARMENO.

Buena viene la vieja, hermano, recaudado debe de haber.

SEMPRONIO.

Escucha.

CELESTINA.

Todo este dia, señor, he trabajado en tu negocio, y he dejado perder otros en que harto me iba. Muchos tengo quejosos por tener á tí contento: más he dejado de ganar que piensas; pero todo vaya en buen hora, pues tan buen recaudo traigo. Y oyéme, que en pocas palabras te lo diré, que soy corta de razon. A Melibea dejo á tu servicio.

CALISTO.

¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.

Que es más tuya que de sí misma; más está á tu mandato y querer, que de su padre Pleberio.

CALISTO.

Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi deseo,

Melibea es mi vida; yo su captivo, yo su siervo.

SEMPRONIO.

Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco, hablas esas cosas con que atajas su razon. A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que esto esperan esas palabras.

CALISTO.

Bien has dicho, Madre mia, yo sé cierto que jamás igualarán tu trabajo y mi liviano galardon. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte á oficiales, toma esta cadenilla, ponla al cuello, y procede en tu razon y mi alegría.

PARMENO.

¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto; pues yo te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja la reparta.

SEMPRONIO.

Oirte ha nuestro amo, ternemos en él que amansar y en tí que sanar, segun está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por eso te dió Dios dos oidos, y una lengua sola.

PARMENO.

¡Oirá el diablo! está colgado de la boca de

la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personaje sin son, que aunque le diésemos higas, diria que alzábamos las manos á Dios, rogando por el buen fin de sus amores.

SEMPRONIO.

Calla, oye, escucha bien á Celestina; en mi alma todo lo meresce, y más que le diese; mucho dice.

CELESTINA.

Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste; pero como todo don ó dádiva se juzga grande ó chico respecto del que lo da, no quiero traer á consecuencia mi poco merescer ante quien sobra en calidad y cantidad; mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la cual te restituyo tu salud que iba perdida, tu corazon que faltaba, tu seso que se alteraba. Melibea pena por tí más que tú por ella; Melibea te ama y desea ver; Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya, y esto tiene por título de libertad, y con esto amansa aquel fuego que más que á tí la quema.

CALISTO.

Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, ¿oigo yo esto? Mozos, mirad si estoy despierto; ¿es de dia ó de noche? ¡Oh señor Dios, padre celestial! ¡Ruégote que esto no sea sueño! Despierto, pues, estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar en palabras, no temas, dí

verdad que para lo que de mí has rescebido, más merescen tus pasos.

CELESTINA.

Nunca el corazon lastimado de deseo toma la buena nueva por cierta, ni la mala por dudosa; empero si burle, ó si no, verlo has yendo esta noche (segun el concierto dejo con ella) á su casa dando el reloj las doce, á le hablar por entre las puertas; de cuya boca sabrás mas por entero mi solicitud y deseo, y el amor que te tiene, y quién lo ha causado.

CALISTO.

Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿Tal cosa es posible haber de pasar por mí? Muerto soy de aquí allá: no soy capaz de tanta gloria; no merescedor de tan gran merced; no digno de hablar con tal señora de su voluntad y agrado.

CELESTINA.

Siempre lo oí decir, que es mas difícil de sufrir la próspera fortuna que la adversa: que la una no tiene sosiego, y la otro tiene consuelo. Cómo, señor Calisto, ¿no mirarias quién tú eres? ¿no mirarias el tiempo que has gastado en su servicio? ¿no mirarias á quién has puesto entremedias? Y asimismo que hasta agora siempre has estado dudoso de alcanzar, y tenias sufrimiento; agora que te certifico el fin de tu pena, ¿quieres poner fin á tu vida? Mira, mira que está Celestina de tu parte: que

aunque todo te faltase lo que en un enamorado se requiere, te venderia por el más acabado galán del mundo, que te haria llanas las peñas para andar, que te haria la más crecida agua corriente pasar sin mojarte. Mal conoces á quien das tu dinero.

CALISTO.

Cata, señora, ¿qué me dices? ¡que verná de su agrado!

CELESTINA.

Y aun de rodillas.

SEMPRONIO.

No sea ruido, hechizo que nos quiera tomar á manos á todos... Cata, madre, que así se suelen dar las zarazas en pan envueltas, porque no la sienta el gusto.

PARMENO.

Nunca te oí decir mejor cosa. Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y prestas por hurtar por otra parte, como hacen los de Egipto, cuando el signo nos catan en la mano; pues á la hé, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El manso boyezuelo con su falso cencerrar trae las perdices á la red; el canto de la sirena engaña á los simples marineros con su dulzor. Así esta con su

mansedumbre y concesion presta querrá tomar una manada de nosotros á su salvo; purgar su inocencia con la honra de Calisto y con nuestra muerte; así como corderica mansa, que mama á su madre y á la ajena; ella con su asegurar tomará la venganza de Calisto en todos nosotros; de manera, que con la mucha gente que tiene, podrá cazar á padres é hijos en una ñinada, y tú estarte has rascando á tu fuego diciendo: *á salvo está el que repica.*

CALISTO.

Callad, locos, bellacos, sospechosos; paresce que dais á entender que los ángeles sepan hacer mal. Sí, que Melibea ángel disimulado es, que vive entre nosotros.

SEMPRONIO.

(¡Todavía te vuelves á tus herejías?) Escúchale, Parmeno, no te pene nada, que si fuere trato doble, él lo pagará, que nosotros buenos piés tenemos.

CELESTINA.

Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que á mí era á cargo; alegre te dejo, Dios te libre y enderesce; pártome muy contenta. Si fuere menester para esto ó para mas, allí estoy muy aparejada á tu servicio.

PARMENO.

Hi, hi, hi.

SEMPRONIO.

¿De qué te ries, por tu vida?

PARMENO.

De la priesa que la vieja tiene por irse; no ve la hora de haber despegado la cadena de casa; no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO.

¡Qué quieres que haga una puta vieja, alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos, y suele hacer siete virgos por dos monedas, despues de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la posesion, con temor no se la tornen á tomar, despues que ha cumplido por su parte aquello para que era menester? Pues guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma.

CALISTO.

Dios vaya contigo, madre; yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer á las pasadas noches, y cumplir con la por venir.

CELESTINA.

Ta, ta, ta, ta.

ELICIA.

¿Quién llama?

CELESTINA.

Abre, hija Elicia.

ELICIA.

¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hacer, que eres vieja: tropezarás donde caigas, y mueras.

CELESTINA.

No temo eso, que de dia me aviso por donde venga de noche, que jamás me subo por poyo ni calzada, sino por medio de la calle, porque como dicen: *no da paso seguro quien corre por el muro; y que aquel va mas sano que anda por el llano;* más quiero ensuciar mis zapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas en los cantos; pero no te duele á tí en ese lugar.

ELICIA.

¿Pues qué me ha de doler?

CELESTINA.

Que se fué la compañía que te dejé, y y quedaste sola.

ELICIA.

Son pasadas cuatro horas después: ¿habíaseme de acordar eso?

CELESTINA.

Cuanto mas presto te dejaron, más con razon lo sentiste; pero dejemos su ida é mi tardanza, y entendamos en cenar y dormir.

ACTO DOCENO

ARGUMENTO

Llegando la media noche, Calisto y Sempronio y Parmeno armados van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta aguardando á Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama á Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Parmeno y Sempronio en su cabo departen. Oyen gente por la calle; apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio, al son del ruido que habia en la calle, despierta, llama á su mujer Alisa; pregunta á Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea á su padre fingiendo que tenia sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando; échase á dormir. Parmeno y Sempronio van á casa de Celestina, demandan su parte de la ganancia: disimula Celestina; vienen á reñir; échanle mano á Celestina; mátanla. Da voces Elicia; viene la justicia á prenderlos á ambos.

CALISTO, SEMPRONIO, PARMENO, LUCRECIA, MELIBEA, PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA.

CALISTO.

Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO.

Las diez.

CALISTO.

¡Oh cómo me descontenta el olvido en los mozos! De mi mucho acuerdo en esta noche, y tu descuido y olvido, se haria una razonable memoria y cuidado. ¡Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va en ser diez ó once, me respondes á tiento lo que más aína se te viene á la boca? ¡Oh cuitado de mí! Si por caso me hubiera dormido, y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hacer de once diez, y así de doce once, saliera Melibea, yo no fuera oido, tornárase de manera que ni mi mal hubiera fin, ni mi deseo ejecucion. No se dice en balde, *que mal ajeno de pelo cuelga.*

SEMPRONIO.

Tanto yerro me paresce, sabiendo, preguntar, como ignorando, responder. Mejor seria, señor, que se gastase esta hora que queda en aderezar armas que en buscar cuestiones.

CALISTO.

(Bien dice este necio: no quiero en tal tiempo rescebir enojo; no pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fué; no en el daño que resultará de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud; quiero dar espacio á la ira, que ó se me quitará, ó se me ablandará.) Descuelga, Parmeno, mis corazas, y armaos vosotros; y así iremos á buen recaudo, porque, como dicen: *el hombre apercebido, medio combatido.*

PARMENO.

Hélas aquí, señor.

CALISTO.

Ayúdame aquí á vestirlas; mira tú, Sempronio, si paresce alguno por la calle.

SEMPRONIO.

Señor, ninguna gente paresce; y aunque la hubiese, la mucha escuridad privaria el viso y conoscimiento á los que nos encontrasen.

CALISTO.

Pues andemos por esa calle, aunque se rodee alguna cosa, porque mas encubiertos vamos. Las doce dan ya: buena hora es.

PARMENO.

Cerca estamos.

CALISTO.

A buen tiempo llegamos: párate tú, Parmeno, á ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

PARMENO.

¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté; mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome á mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente querria hacer, y con tanto temor hace, ó porque quizá pensará que la burlaste.

CALISTO.

¡Oh qué bien has dicho! La vida me has

dado con tu sutil aviso; pues no era más menester para me llevar muerto á casa, que volverse ella por mi mala providencia. Yo me llego allá, quedaos vosotros en ese lugar.

PARMENO.

¿Qué te paresce, Sempronio, cómo el néscio de nuestro amo pensaba tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si hay alguna traicion? ¿Qué sé yo si Melibea anda porque la pague nuestro amo su mucho atrevimiento desta manera? Y más, aun no somos muy ciertos decir verdad la vieja. No sepas hablar, Parmeno, sacarte han el alma sin saber quién; no seas lisonjero, como tu amo quiere, y jamás llorarás duelos ajenos, no tomes en lo que cumple el consejo de Celestina, y hallarte has á escuras; ándate ahí con tus amonestaciones fieles, y darte han de palos; no vuelvas la hoja, y quedarte has á buenas noches. Quiero hacer cuenta que hoy nascí, pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO.

Paso, paso, Parmeno, no saltes así, ni hagas ese bullicio de placer, que darás causa que seas sentido.

PARMENO.

Calla, hermano, que no me hallo de alegría. ¡Cómo le hice creer que por lo que á él cumplia dejaba de ir, y era por mi seguridad! ¡Quién supiera así rodear su prove-

cho, como yo? Muchas cosas me verás hacer, si estás atento de aquí adelante, que no las sientan todas personas, así con Calisto, como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta doncella ha de ser para él cebo de anzuelo, ó carne buitrera, que suelen pagar bien el escote los que á comerla vienen.

SEMPRONIO.

Anda, no te penen á tí esas sospechas, aunque salgan verdaderas. Apercíbete, á la primera voz que oyeres, á tomar calzas de Villadiego.

PARMENO.

Leido has donde yo: en un corazon estamos. Calzas traigo, y aun borceguís desos lugares que tú dices, para mejor huir que otro. Pláceme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiciera de vergüenza de tí; que nuestro amo, si es sentido, temo que no escapará de las manos desta gente de Pleberio, para podernos despues demandar como lo hecimos, ni escusarnos el huir.

SEMPRONIO.

¡Oh Parmeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena, Celestina, era harta utilidad la que por su causa nos ha venido.

PARMENO.

Ninguno podrá negar lo que por sí se

muestra. Manifiesto es que con vergüenza uno del otro, por no ser odiosamente acusado de cobarde, esperáramos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo más dél merecedor della.

SEMPRONIO.

Salido debe haber Melibea; escucha, que hablan quedito.

PARMENO.

¡Cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO.

Dios nos libre de traidores, no nos hayan tomado la calle por donde tenemos de huir, que de otra cosa no tengo temor.

CALISTO.

Esté bullicio más de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. Ce, ce, ¿señora mia?

LUCRECIA.

La voz de Calisto es esta: quiero llegar, ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO.

Aquel que viene á cumplir tu mandado.

LUCRECIA.

¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel caballero está aquí.

MELIBEA.

Loca, habla paso; mira bien si es él.

LUCRECIA.

Allégate, señora, que sí es; que yo le conozco en la voz.

CALISTO.

Cierto soy burlado; no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo; perdido soy; pues viva ó muera, que no me he de ir de aquí.

MELIBEA.

Vete, Lucrecia, á acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ahí venir?

CALISTO.

Es la que tiene merescimiento de mandar á todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir á este captivo de tu gentileza; que el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oidos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea; yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA.

La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado á haberte de hablar, señor Calisto, que habiendo habido de mí la pasada respuesta á tus razones, no sé qué piensas más sacar de mi amor de lo que entonces te mostré. Desvia estos vanos y locos pensamientos de tí, porque mi honra y persona estén sin detrimento de mala

sospecha seguras. Á esto fué aquí venida, á dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO.

Á los corazones aparejados, con apercibimiento recio contra las adversidades, ninguna puede decir que pase de claro en claro la fuerza de su muro. Pues el triste que desarmado, y sin prever los engaños y celadas, se vino á meter por las puertas de tu seguridad, cualquiera cosa que en contrario vea es razon que me atormente, y pase rompiendo todos los almacenes en que la dulce nueva estaba aposentada. ¡Oh mal aventurado Calisto! ¡Oh cuán burlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh engañosa mujer Celestina! Dejárasme morir, y no tornaras á vivificar mi esperanza para que tuviese mas que gastar el fuego que ya me aqueja. ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿Por qué has así dado con tu lengua causa á mi desesperacion? ¿Á qué me mandaste aquí venir para que me fuese mostrado el disfavor, el entredicho, la desconfianza, el odio por la misma boca desta que tiene las llaves de mi perdicion y gloria? ¡Oh enemiga! Y tú, ¿no me dijiste que esta mi señora me era favorable? ¿No me dijiste que de su grado mandaba venir este su captivo al presente lugar? No para me desterrar nuevamente de su presencia, pero para alzar el destierro ya por otro su mandamiento puesto antes

de agora. ¿En quién hallaré yo fé? ¿A dónde hay verdad? ¿Quién caresce de engaño? ¿A donde no moran falsarios? ¿Quién es claro enemigo? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdicion?

MELIBEA.

Cesen, señor mio, tus verdaderas querellas, que ni mi corazon basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruél; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto mas alegre me fuera poder ver tu faz que oir tu voz! Empero pues no se puede al presente mas hacer, toma la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dijo confirmo; todo lo he por bueno. Limpia, señor tus ojos; ordena de mí tu voluntad.

CALISTO.

¡Oh señora mia! Esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazon; ¿qué lengua será bastante para te dar iguales gracias por la sobrada é incomparable merced que en este punto de tanta congoja para mí me has querido hacer? ¡En querer que un tan flaco é indigno hombre pueda gozar de tu suavísimo amor, del cual, aunque muy deseoso, siempre me juzgaba indigno, mirando tu gran-

deza, considerando tu estado, remirando tu perfeccion, contemplando tu gentileza, atacando mi poco merescer y tu alto merescimiento, tus estremadas gracias, tus loadas y manifiestas virtudes! Pues, ¡oh alto Dios! ¿cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas? ¡Oh cuántos dias, antes de agora pasados, me fué venido ese pensamiento á mi corazon, y por imposible lo rechazaba de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazon, despertaron mi lengua, estendieron mi merescer, acortaron mi cobardia, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerzas, desadormecieron mis piés y manos; finalmente, me dieron tal osadía, que me han traido con su mucho poder á este tan sublimado estado en que agora me veo, oyendo de grado tu suave voz. La cual si ante de agora no conociese y no sintiese tus saludables olores, no podria creer que caresciesen de engaño tus palabras. Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo Calisto á quien tanto bien se hace.

MELIBEA.

Señor Calisto, tu mucho merescer, tus estremadas gracias, tu alto nascimiento han obrado, que despues que de tí hube entera noticia, ningun momento de mi corazon te partieses; y aunque muchos dias

he pugnado por lo disimular, no he podido tanto, que entornándome aquella mujer tu dulce nombre á la memoria no descubriese mi deseo, y viniese á este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona segun querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarias quejoso ni yo descontenta.

CALISTO.

¿Cómo, señora mia, y mandas tú que consienta á un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas puertas! Ruego á Dios que tal fuego os abrase como á mí da guerra; que con la tercia parte seríades en un punto quemadas. Pues, por Dios, señora mia, permitidme que llame á mis criados para que las quiebren.

PARMENO.

¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida; en mal punto creo que se empezaron estos amores; no espero más aquí.

SEMPRONIO.

Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA.

¿Quieres, amor mio, perderme á mí y da-

ñar mi fama? No sueltes las riendas á la voluntad; la esperanza es cierta, el tiempo breve á cuanto tú ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos; tú solo tu dolor, yo el tuyo y el mio, conténtate con venir mañana á esta hora por las paredes de mi huerto: que si agora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanesceria en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Y pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, en un punto seria por la ciudad publicado.

SEMPRONIO.

Enhoramala acá esta noche venimos: aquí nos ha de amanescer, segun el espacio con que nuestro amo lo toma; que aunque mas la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa ó vecinos.

PARMENO.

Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

CALISTO.

¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas yerro aquello que por los santos de Dios me fué concedido? Rezando hoy delante el altar de la Madalena me vino con tu mensaje alegre aquella solícita mujer.

PARMENO.

Desvarías, Calisto, desvarías. Por fe tengo, hermano, que no debe ser cristiano. Lo

que la vieja traidora con sus pestíferos hechizos ha rodeado, y con sus falsificadas razones ha hecho, dice que los santos de Dios se lo han concedido ó impetrado, y con esta confianza quiere quebrar las puertas; y no habrá dado el primer golpe, cuando sea sentido y tomado por los criados de su padre, que duermen cerca.

SEMPRONIO.

Ya no temas, Parmeno, que harto desviados estamos, y en sintiendo bullicio, el buen huir nos ha de valer. Déjale hacer, que si mal hace, él lo pagará.

PARMENO.

Bien hablas, en mi corazon estás, así se haga, huyamos la muerte, que somos mozos; que no querer morir ni matar no es cobardía, sino buen natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos: pues más locura seria esperar pelea con enemigos que no aman tanto la victoria y vencimiento como la contínua guerra y contienda. ¡Oh si me vieses, hermano, cómo estoy, placer habrias! A medio lado, abiertas las piernas, el pié izquierdo adelante en huida, las haldas en cinta, la adarga arrollada y so el sobaco, porque no me empache; que por Dios creo que fuese como un gamo, segun el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO.

Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel

y el espada con las correas porque no se caiga al correr, y el casquete en la capilla.

PARMENO.

¿Y las piedras que traias en ella?

SEMPRONIO.

Todas las vertí por ir mas liviano, que harto tengo que llevar en estas corazas que me hiciste vestir por importunidad; que bien las rehusaba de traer, porque me parèscian para huir muy pesadas. Escucha, escucha, ¿oyes, Parmeno? A malas andan; muertos somos. Bota presto, echa hácia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PARMENO.

Huye, huye, que corres poco. ¡Oh pecador de mí! si nos han de alcanzar deja broquel y todo.

SEMPRONIO.

¿Si han muerto á nuestro amo?

PARMENO.

No sé, no me digas nada; corre y calla, que el menor cuidado mio es ese.

SEMPRONIO.

Ce, ce, Parmeno, torna, torna callando, que no es sino la gente del alguacil que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.

PARMENO.

Míralo bien: no te fies en los ojos, que se

les antoja muchas veces uno por otro. No me habian dejado gota de sangre: tragada tenia ya la muerte, que me parescia que me iban dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo haber tan gran temor ni verme en tal afrenta, aunque he andado casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo: que nueve años serví á los frailes de Guadelupe, que mil veces nos apuñeábamos yo y otros; pero nunca como esta vez hube miedo de morir.

SEMPRONIO.

¿Y yo no serví al cura de San Miguel, y al mesonero de la plaza, y á Mollejas el hortelano? Y tambien yo tenia mis cuestiones con los que tiraban piedras á los pájaros que se asentaban en un álamo grande que tenia, porque dañaban la hortaliza. Pero guárdete Dios de verte con armas, que aquel es verdadero temor; no en balde dicen: *cargado de hierro, cargado de miedo*. Vuelve, vuelve, que el alguacil es cierto.

MELIBEA.

Señor Calisto, ¿qué es eso que en la calle suena? Paresce voces de gente que van en huida. Por Dios, mírate, que estás á peligro.

CALISTO.

Señora, no temas, que á buen recaudo vengo; los mios deben ser, que son unos locos, y desarmarán á cuantos pasan, y huiráles alguno.

MELIBEA.

¿Son muchos los que traes?

CALISTO.

No, sino dos: pero aunque sean seis sus contrarios, no rescebirán mucha pena para les quitar sus armas y hacerlos huir, segun su esfuerzo: escogidos son, señora, que no vengo á lumbre de pajas. Si no fuese por lo que á tu honra toca, pedazos harian estas puertas; y á tí, si sentidos fuésemos, y á mí librarian toda la gente de tu padre.

MELIBEA.

¡Oh, por Dios, no se acometa tal cosa! Pero mucho placer tengo que de tan fiel gente andes acompañado; bien empleado es el pan que tan esforzados sirvientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la naturaleza les quiso dar, sean de tí bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto; y cuando sus atrevimientos y osadías les corrigieres, á vueltas del castigo muéstrales favor, porque los ánimos esforzados no sean con encogimiento disminuidos é irritados en el osar á sus tiempos.

PARMENO.

Ce, ce, señor, quítate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conoscido, y no hay donde te metas.

CALISTO.

¡Oh mezquino, yo, y cómo me es forzado, señora, partirme de tí! Por cierto el temor de la muerte no obrara tanto, como el de tu honra. Pues que así es, los ángeles queden

con tu presencia; mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA.

Así sea, y vaya Dios contigo.

PLEBERIO.

Señora mujer, ¿duermes?

ALISA.

Señor, no.

PLEBERIO.

¿No oyes bullicio en el retraimiento de tu hija?

ALISA.

Sí oyo. Melibea, Melibea.

PLEBERIO.

No te oye; yo llamaré más recio. Hija Melibea.

MELIBEA.

Señor.

PLEBERIO.

¿Quién da patadas y hace bullicio en tu cámara?

MELIBEA.

Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que habia sed...

PLEBERIO.

Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA.

Poco estruendo los despertó, con pavor hablan.

MELIBEA.

No hay tan manso animal, que con amor ó temor de sus hijos no se asperee: pues ¿qué habrian si mi cierta salida supiesen?

CALISTO.

Cerrad esa puerta, hijos, y tú, Parmeno, sube una vela arriba.

SEMPRONIO.

Debes, señor, reposar y dormir eso que queda de aquí al dia.

CALISTO.

Pláceme, que bien lo he menester ¿Qué te paresce, Parmeno, de la vieja que tú me desalababas, qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera hecho sin ella?

PARMENO.

Ni yo sentia tu gran pena, ni conoscia la gentileza y merescimiento de Melibea: y así no tengo culpa. Conoscia á Celestina y á sus mañas, avisábate como á señor, pero ya me paresce que es otra, todas las ha mudado.

CALISTO.

Y ¡cómo mudado!

PARMENO.

Tanto, que si yo no lo hubiese visto, no lo creeria; mas así vivas tú como es verdad.

CALISTO.

Pues ¿habeis oido lo que con aquella mi señora he pasado? ¿Qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO.

¿Temor, señor? ¡Qué! Por cierto todo el mundo no nos lo hiciera tener. Hallado habias los temerosos; allí estuvimos esperándote muy aparejados, y nuestras armas muy á mano.

CALISTO.

¿Habeis dormido algun rato?

SEMPRONIO.

¿Dormir, señor? Dormilones son los mozos; nunca me asenté ni junté por Dios los piés, mirando á todas partes, para en sintiendo poder saltar presto, y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran. Pues Parmeno, aunque parescia que no te servia hasta de buena gana, así se holgó cuando vió á los de las hachas, como lobo cuando siente polvo de ganado, pensando poder quitárselas, hasta que vido que eran muchos.

CALISTO.

No te maravilles, que procede de su natural ser osado, y aunque no fuese por mí,

haríalo porque no pueden los tales venir contra su uso, que *aunque muda el pelo la raposa, sn natural no despoja.* Por cierto, yo dije á mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenia mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en mucho cargo os soy; rogad á Dios por mi salud, que yo os galardonaré más cumplidamente vuestro servicio. Id con Dios á reposar.

PARMENO.

¿Á dónde iremos, Sempronio? ¿A la cama á dormir, ó á la cocina á almorzar?

SEMPRONIO.

Vete donde quisieres, que antes que venga el dia quiero yo ir á Celestina á cobrar mi parte de la cadena; que es una puta vieja: no le quiero dar tiempo que fabrique alguna ruindad con que nos excluya.

PARMENO.

Bien dices, olvidado lo habia. Vamos entrambos, y si en eso se pone, espantémosla de manera que le pese, que sobre dineros no hay amistad.

SEMPRONIO.

Ce, ce, calla, que duerme cabe esta ventanilla. Ta, ta, señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA.

¿Quién llama?

SEMPRONIO.

Abre, que son tus hijos.

CELESTINA.

No tengo yo hijos que anden á tal hora.

SEMPRONIO.

Abrenos á Parmeno y á Sempronio, que nos venimos acá á almorzar contigo.

CELESTINA.

¡Oh locos traviesos! Entrad, entrad; ¿cómo venis á tal hora, que ya amanesce? ¿Qué habeis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto, ó vive todavía con ella, ó cómo queda?

SEMPRONIO.

¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre, que si estimarse pudiese lo que allí nos queda obligado, no seria su hacienda bastante á cumplir la deuda, si verdad es lo que dicen, que la vida y la persona es más digna y de más valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA.

¡Jesú! qué, ¿en tanta afrenta os habeis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO.

Mira qué tanta; que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo á pensar.

CELESTINA.

Reposa, por Dios, y dímelo.

PARMENO.

Cosa larga le pides, segun venimos alterados y cansados del enojo que habemos habido. Harias mejor aparejarnos á él y á mí de almorzar, quizás nos amansaria algo la alteracion que traemos; que cierto te digo, que no querria yo topar á hombre que paz quisiese. Mi gloria seria agora hallar en quién vengar la ira, pues no pude en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA.

Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero; creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, tú, por mi vida: ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO.

Por Dios, sin seso vengo, desesperado vengo; aunque para contigo por demás es no templar ira y todo enojo, y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada como sierra, el casquete abollado en la capilla, que no tengo con qué salir paso con mi amo, cuando menester me haya, que queda concertado de ir esta noche que viene á verse por el huerto; pues ¿comprallo de nuevo? No mando un maravedí, aunque caiga muerto.

CELESTINA.

Pídelo á tu amo, pues en su servicio se

gastó y quebró; pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen, vive conmigo, y busca quien te mantenga: él es tan franco, que te dará para esto y para más.

SEMPRONIO.

¡Ah! trae tambien Parmeno perdidas las suyas; á ese cuento, en armas se le irá la hacienda. ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle mas de lo que él de su propio grado hace, pues es harto? No digan por mí, que dándome un palmo pido cuatro. Diónos las cien monedas; diónos despues la cadena. A tres tales aguijones no terná cera en el oido. Caro le costaria este negocio: contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razon; que quien mucho abraza poco suele apretar.

CELESTINA.

(¡Gracioso es el asno!) Por mi vejez, que si sobre comer fuera, que dijera que habíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardon con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿Soy yo obligada á soldar vuestras armas, á cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te has asido á una palabrilla que te dije el otro dia, viniendo por la calle, que cuanto yo tenia era tuyo, y que en cuanto pudiese, con mis pocas fuerzas jamás faltaría, y que si Dios me diese buena manderecha con tu amo, que no perderias nada. Pues ya sabes, Sempronio, que

estos ofrescimientos, estas palabras de buen amor no obligan: no ha de ser oro cuanto que reluce, si no, más bajo valdria. Dime, ¿estoy en tu corazon, Sempronio? Verás que aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fé más pesar, que se quiere salir esta alma de enojo: dí á esta loca de Elicia como vine de tu casa, la cadenilla que traje para que se holgase con ella, y no se puede acordar dó la puso; que en toda esta noche ella ni yo habemos dormido sueño, de pesar: no por su valor de la cadena, que no era mucho; pero por su mal cobro della y mi mala dicha. Entraron unos conoscidos y familiares mios en aquella sazon aquí: temo no la hayan llevado, diciendo, si me viste, burléme, etc. Así que, hijos, agora quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo á mí me dió, debeis mirar que es mio, que de tu jubon de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que á todos dará segun viere que lo meresce; que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Mas herramienta se me ha embotado en su servicio, que á vosotros; mas materiales he gastado. Pues habeis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando; de lo cual fuera buen testigo su madre de Parmeno, Dios haya su alma. Esto trabajé yo, á vosotros se os debe esotro; esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por recreacion y deleite. Pues así, no habeis vosotros de haber igual galardon de holgar, que yo de penar; pero aun con todo lo que

he dicho, no os despidais (si mi cadena paresce) de sendos pares de calzas de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos paresce, y si no, rescebid la voluntad, que yo callaré con mi pérdida; y todo esto de buen amor, porque holgastes que hubiese yo antes el provecho destos pasos que otra, y si no os contentáredes, de vuestro daño hareis.

SEMPRONIO.

No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta. Así que, adquiriendo cresce la codicia, y la pobreza codiciando; y ninguna cosa hace pobre al avariento, sino la riqueza. ¡Oh Dios, y cómo cresce la necesidad con la abundancia! Quien la oyó á esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que seria poco; agora que lo ve crescido, no quiere dar nada, por cumplir el refran de los niños, que dicen: *de lo poco poco, de lo mucho nada.*

PARMENO.

Dete lo que prometió, ó tomémoselo todo. Harto te decia yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA.

Si mucho enojo traeis con vosotros, ó con vuestro amo ó armas, no lo quebreis en mí; que bien sé de dónde nasce esto; bien sé y barrunto de qué pié coqueais. No cierto de

la necesidad que teneis de lo que me pedís, ni aun por la mucha codicia que teneis, sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y captivos con Elicia y Areusa, sin quereros buscar otras. Movéisme estas amenazas de dinero, ponéisme esos temores de la particion; pues callad, que quien estas os supo acarrear, os dará otras diez. Agora, que hay mas conoscimiento y mas razon, y mas merescimiento de vuestra parte. Y si sé cumplir que prometo en este caso, dígalo Parmeno: dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos pasó cuando á la otra dolia la madre.

SEMPRONIO.

Yo dígole que se vaya, y abájase las bragas: no ando por lo que piensas; no entremetas burlas á nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás (si yo puedo) mas liebres; déjate conmigo de razones; á perro viejo no cuz, cuz; danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has rescibido, no quieras que se descubra quién tú eres. A los otros, á los otros con esos halagos, vieja.

CELESTINA.

¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calle tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco, de mi casa me vienen

á sacar, en mi casa me ruegan; si bien ó mal vivo, Dios es testigo de mi corazon; no pienses en tu ira maltratarme, que justicia hay para todos igual: tambien seré yo oida, aunque mujer, como vosotros muy peinados. Dejadme en mi casa con mi fortuna; y tú, Parmemo, no pienses que soy tu captiva por saber mis secretos y mi vida pasada, y los casos que nos acaescieron á mí y á la desdichada de tu madre. Aun así me trataba ella cuando Dios queria.

PARMENO.

No me hinches las narices con esas memorias; si no, enviarte he con nuevas á ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA.

Elicia, Elicia, levántate de esa cama, daca mi manto presto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¡Con una oveja mansa teneis vosotros manos y braveza? ¿con una gallina atada? ¡Con una vieja de sesenta años! Allá, allá, con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran cobardía acometer á los menores y á los que poco pueden: las sucias moscas nunca pican sino á los bueyes magros y flacos; los gozques ladradores á los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu. Si aquella que allí está en aquella cama me hubiese

á mí creído, jamás quedara esta casa de noche sin varon, ni durmiéramos á lumbre de pajas; pero por agradarte, por serte fiel, padescemos esta soledad; y como nos veis mujeres, hablais y pedís demasías; lo cual, si hombre sintiéredes en la posada, no haríades. Que como dicen: el duro adversario entibia las iras y las sañas.

SEMPRONIO.

O vieja avarienta, muerta de sed por dinero, ¿no serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.

¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú y esotro, no dé voces, no allegue la vecindad; no me hagais salir de seso; no querais que salgan á plaza las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO.

Da voces ó gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, ó cumplirás hoy tus dias.

ELICIA.

Mete, por Dios, el espada. Tenlo, Parmeno, tenlo, no la mate ese desvariado.

CELESTINA.

Justicia, justicia, señores vecinos, justicia: que me matan en mi casa estos rufianes.

SEMPRONIO.

¿Rufianes, ó qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

CELESTINA.

¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! Confesion.

PARMENO.

Dale, dale, acábala, pues la comezaste, que nos sentirán; muera, muera: de los enemigos los menos.

CELESTINA.

¡Confesion!

ELICIA.

¡Oh crueles enemigos! En mal poder os veais: ¿y para quién tuvistes manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO.

Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguacil.

PARMENO.

¡Ay pecador de mí! que no hay por dó huir, que está tomada la puerta.

SEMPRONIO.

Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

PARMENO.

Salta, que tras tí voy.

ACTO TRECENO

—

ARGUMENTO

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo; dende á un poco llama á Tristán y á otros criados suyos. Torna luego á dormir Calisto. Pónese Tristán á la puerta; viene Sosia llorando: preguntado de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno. Van á decir las nuevas á Calisto, el cual, sabiendo la verdad, hace gran lamentacion.

CALISTO, TRISTÁN, SOSIA.

CALISTO.

¡Oh cómo he dormido tan á mi placer, despues de aquel tan azucarado rato, despues de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido; el sosiego y descanso proceden de mi alegría; ó lo causó el trabajo corporal mi mucho dormir, ó la gloria y placer de ánimo; y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen á cerrar los candados de mis ojos, pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la pasada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamientos, y el mucho pensar impide el

sueño, como á mí estos dias es acaescido con la desconfianza que tenia de la mayor gloria que ya poseo. ¡Oh señora y amor mio, Melibea! ¿Qué piensas agora? ¿Si duermes ó estás despierta? ¿Si piensas en mí, ó en otro? ¿Si estás levantada, ó acostada? ¡Oh dichoso y bien andante Calisto, si es verdad que no ha sido sueño lo pasado! ¿Soñélo, ó no? ¿Fué fantaseado, ó pasó en verdad? Pues no estuve solo; mis criados me acompañaron, dos eran; si ellos dicen pasó en verdad, creerlo he segun derecho. Quiero mandarlos llamar para mas confirmar mi gozo. Tristanico, mozos, Tristanico, levántate de ahí.

TRISTÁN.

Señor, levantado estoy.

CALISTO.

Corre, llama á Sempronio y á Parmeno.

TRISTÁN.

Ya voy, señor.

CALISTO.

Duerme y descansa, penado,
  Desde agora;
Pues te ama tu señora
  De su grado;
Verná placer al cuidado,
  Y no le vea,
Pues te ha hecho su privado
  Melibea.

TRISTÁN.

Señor, no hay ningun mozo ya en casa.

CALISTO.

Pues abre tú esas ventanas, y verás qué hora es.

TRISTÁN.

Señor mio, bien de dia.

CALISTO.

Pues tórnalas á cerrar, déjame dormir hasta que sea hora de comer.

TRISTÁN.

Yo quiero bajarme á la puerta, porque duerma mi amo sin que ninguno le impida, y á cuantos le buscaren se le negaré. ¡Oh qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace, ó madrugaron á correr toros; no sé qué diga de tan grandes voces como suenan. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas; él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el bellaco, en alguna taberna se debe haber revolcado; y si mi amo le cae en el rastro, mandarle há dar dos mil palos; que aunque es algo loco, la pena le hará cuerdo. Paresce que viene llorando: ¿qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De dó vienes?

SOSIA.

¡Oh malaventurado yo! ¡Oh que pérdida tan grande! ¡Oh deshonra de la casa de mi amo! ¡Oh qué mal dia amanesció este! ¡Oh desdichados mancebos!

TRISTÁN.

¿Qué es? ¿Qué has? ¿Por qué te matas? ¿Qué mal es este?

SOSIA.

Sempronio y Parmeno.....

TRISTÁN.

¿Qué dices de Sempronio y Parmeno? ¿Qué es esto, loco? Aclárate mas, que me turbas.

SOSIA.

Nuestros compañeros, nuestros hermanos.....

TRISTÁN.

O tú estás borracho, ó has perdido el seso, ó traes alguna mala nueva. ¿No me dices qué es eso que dices desos mozos?

SOSIA.

Que quedan degollados en la plaza.

TRISTÁN.

¡Oh qué mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Vísteles cierto, habláronte?

SOSIA.

Ya sin sentido iban; pero el uno con harta dificultad, como él me sintió que con lloro le miraba, hincó los sus ojos en mí, alzando las sus manos al cielo, casi dando gracias á Dios, y como preguntando si me sentia de su morir; y en señal de triste despe-

dida abajó su cabeza con lágrimas en los ojos dando bien á entender que no me habia de ver mas hasta el dia del gran juicio.

TRISTÁN.

No sentistes bien; que seria preguntarte si estaba presente Calisto. Y pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas á nuestro amo.

SOSIA.

Señor, señor.

CALISTO.

¿Qué es eso, locos? ¿No os mandó que no me recordásedes?

SOSIA.

Recuerda y levanta, que si tú no vuelves por los tuyos, de caida vamos. Sempronio y Parmeno quedan descabezados en la plaza, como públicos malhechores, con pregones que manifiestan su delito.

CALISTO.

¡Oh válgame Dios! ¿Qué es esto que me dices? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Vístelos tú?

SOSIA.

Yo los ví.

CALISTO.

Cata, mira qué dices, que esta noche han estado conmigo.

SOSIA.

Pues madrugaron á morir.

CALISTO.

¡Oh mis leales criados! ¡Oh mis fieles secretarios y consejeros! ¿Puede ser tal caso verdad? ¡Oh amenguado Calisto! deshonrado quedas para toda tu vida. ¿Qué será de tí, muertos tal par de criados? Díme por Dios, Sosia, ¿qué fué la causa? ¿Qué decia el pregon? ¿Dónde los mataron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA.

Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel verdugo á voces, diciendo: *manda la justicia que mueran los violentos matadores.*

CALISTO.

¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha cuatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llama el muerto?

SOSIA.

Señor, una mujer que se llamaba Celestina.

CALISTO.

¿Qué me dices?

SOSIA.

Esto que oyes.

CALISTO.

Pues si esto es verdad, mátame tú á mí,

yo te perdono; que más mal hay que viste ni puedes pensar, si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta.

SOSIA.

Ella misma es: de más de treinta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

CALISTO.

¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿Viéronte? ¿Habláronte?

SOSIA.

¡Oh señor! que si los vieras, quebraras el corazon de dolor. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza de fuera sin ningun sentido; el otro quebrados entrambos los brazos y la cara magullada; todos llenos de sangre; que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del alguacil, y así casi muertos les cortarón las cabezas, que creo que ya no sintieron nada.

CALISTO.

Pues yo bien siento mi honra. Plugiera á Dios que fuera yo ellos, y perdiera la vida, no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que más en este caso desastrado siento. ¡Oh mi triste nombre y fama, cómo andas al tablero de boca en boca! ¡Oh mis secretos, mis secretos, cuán públicos andareis por las plazas y mercados! ¿Que será de mí? ¿Adónde iré? ¿Que salga allá? A los muertos no puedo ya reme-

diar. ¿Que me esté aquí? Parescerá cobardía, ¿Qué consejo tomaré? Díme, Sosia, ¿qué era la causa por que la mataron?

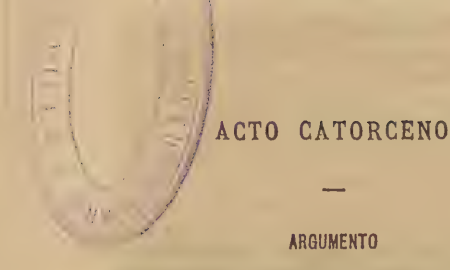
SOSIA.

Señor, aquella su criada, dando voces, llorando su muerte, la publicaba á cuantos la querian oir, diciendo: que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO.

¡Oh dia de congoja! ¡Oh fuerte tribulacion! ¡Y en qué anda mi hacienda de mano en mano, y mi nombre de lengua en lengua! Todo será público cuanto con ella y con ellos hablaba; cuanto de mí sabian; el negocio en que andaban; no osaré salir entre gentes. ¡Oh pecadores de mancebos, padescer por tan súbito desastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es antiguo, que de muy alto grandes caidas se caen. Mucho habia anoche alcanzado: mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonanza en el piélago. Yo estaba en título de alegre, si mi ventura quisiera tener quedos los hondosos vientos de mi perdicion. ¡Oh fortuna, cuánto y por cuántas partes me has combatido! Pues por mas que sigas mi morada, y seas contraria á mi persona, las adversidades con igual ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazon recio ó flaco. No hay mejor toque para conoscer qué quilates de virtud ó esfuerzos tiene el hombre; pues por más mal y daño que me venga, no dejaré de cumplir el

mandato de aquella por quien todo esto se ha causado; que más me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que pérdida de morir los que murieron. Ellos eran sobrados y esforzados; agora ó en otro tiempo de pagar habian. La vieja era mala y falsa, segun paresce que hacia trato con ellos: así que, riñeron sobre la capa del justo. Permision fué divina, que así acabase en pago de muchos adulterios que por su intercesion ó causa son cometidos. Quiero hacer aderezar á Sosia y á Tristanico, irán conmigo este tan esperado camino: llevarán escalas, que son altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera; si pudiere vengaré estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, ó me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitan Ulises por evitar la batalla troyana, y holgar con Penélope su mujer.



ACTO CATORCENO

—

ARGUMENTO

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, el cual le habia hecho voto de venir en aquella noche á visitalla, lo cual cumplió, y con él vinieron Sosia y Tristán; y despues que cumplió su voluntad, volvieron todos á la posada, y Calisto se retrae á su palacio, y quéjase por haber estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, y ruega á Febo que cierre sus rayos, por haber de restaurar su deseo.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTAN, CALISTO.

MELIBEA.

Mucho se tarda aquel caballero que esperamos: ¿qué crees tú ó sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA.

Señora, que tiene justo impedimento, y que no es en su mano venir mas presto.

MELIBEA.

Los ángeles sean en su guarda, su persona

esté sin peligro, que su tardanza no me da pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrian acaescer. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mancebos á las tales horas suelen andar, fué topado de los alguaciles noturnos, y sin le conoscer le han acometido, el cual por se defender los ofendió, ó es dellos ofendido? ¿O si por caso los ladradores perros con sus crueles dientes (que ninguna diferencia saben hacer, ni acatamiento de personas) le hayan mordido? ¿O si ha caido en alguna calzada ó hoyo, donde algun daño le viniese? Mas ¡oh mezquina de mí! ¿Qué son estos inconvinientes que el concebido amor me pone delante, y los atribulados imaginamientos me acarrean? No plegue á Dios que ninguna cosa destas sea, antes esté cuanto le placerá sin verme. Mas oye, oye; que pasos suenan en la calle, y aun paresce que hablan destotra parte del huerto.

SOSIA.

Arrima esta escala, Tristán, que este es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTÁN.

Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro; hablando están.

CALISTO.

Quedaos, locos, que yo entraré solo, que á mi señora oigo.

MELIBEA.

Es tu sierva, es tu captiva, es la que más tu vida que la suya estima. ¡Oh mi señor! No saltes de tan alto, que me moriré en verlo; baja, baja poco á poco por la escalera, no vengas con tanta presura.

CALISTO.

¡Oh angélica imágen! ¡Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo ¡y no lo creo! Mora en mi persona tanta turbacion de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

MELIBEA.

Señor mio, pues me fio en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condicion por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio; las cosas mal hechas despues de cometidas, más presto se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar á tu persona: no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos los tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO.

Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué seria cuando me la diesen desechalla? Ni tú, señora, me

lo mandarás, ni yo lo podria acabar conmigo. No me pidas tal cobardía; no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este piélago de mi deseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto á descansar de mis pasados trabajos?

MELIBEA.

Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mio; bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo esterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata, que del buen pastor es propio tresquilar sus ovejas y ganado; pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO.

¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasion? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar al juego de comienzo? Perdona, señora, á mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merescer; agora gozan de llegar á tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA.

Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO.

¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA.

Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te habias de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversacion.

SOSIA.

Tristán, bien oyes lo que pasa: ¡en qué términos anda el negocio!

TRISTÁN.

Oigo tanto, que juzgo á mi amo por el más bienaventurado hombre que nació; y por mi vida, que aunque soy muchacho, que diese tan buena cuenta como mi amo.

SOSIA.

Para con tal joya quien quiera se ternia manos; pero con su pan se lo coma, que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa destos amores.

TRISTÁN.

Ya los tiene olvidados. Dejaos morir sirviendo á ruines; haced locuras en la confianza de su defension. Viviendo con el conde, que no matase al hombre, me daba mi padre por consejo. Veslos á ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA.

¡Oh mi vida y mi señor! ¡Cómo has querido que pierda el nombre y corona de vírgen

por tan breve deleite? ¡Oh pecadora de tí, mi madre! Si de tal caso fueses sabidora, ¡cómo tomarias de grado tu muerte, y me la darías á mi por fuerza! ¡Cómo serias cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo seria yo fin quejoso de tus dias! ¡Oh mi padre honrado! ¡Cómo he dañado tu fama, y dado causa y lugar á quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí! ¡Cómo no miré primero el gran yerro que seguia de tu entrada, el peligro que esperaba!

SOSIA.

Antes quisiera yo oirte esos milagros; todas sabeis esa oracion, despues que no puede dejar de ser hecho, y el bobo de Calisto que se lo escucha.

CALISTO.

Ya quiere amanescer: ¿qué es esto? No paresce que há una hora que estamos aquí, y da el relój las tres.

MELIBEA.

Señor, por Dios; pues ya todo queda por tí, pues ya soy tu dueño, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista; y las más noches que ordenares será tu venida por este secreto lugar á la mesma hora, porque siempre te espere apercibida del gozo con que quedo, esperando las venideras noches. Y por el presente vete con Dios, que no serás visto, que hace muy escuro, ni yo en casa sentida, que aun no amanesce.

CALISTO.

Mozos, poned la escala.

SOSIA.

Señor, vesla aquí, baja.

MELIBEA.

Lucrecia, vente acá, que estoy sola; aquel señor mio es ido; conmigo deja su corazon; consigo lleva el mio. ¿Hasnos oido?

LUCRECIA.

No, señora, que durmiendo he estado.

SOSIA.

Tristán, debemos ir callando, porque suelen levantarse á esta hora los ricos, los codiciosos de temporales bienes, los devotos de templos, monasterios, iglesias; los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos y labranzas, y los pastores que en este tiempo traen las ovejas á estos apriscos á ordeñar, y podria ser que cogiesen de pasada alguna razon, por do toda su honra y la de Melibea se turbase.

TRISTÁN.

¡Oh simple rasca-caballos! ¿Dices que callemos, y nombras su nombre della? Bueno eras para adalid, ó para regir gente en tierra de moros de noche: así que, prohibiendo, permites; encubriendo, descubres; asegurando, ofendes; callando, voceas y pregonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil y

discreto eres, ¿no me dirás en qué mes cae Santa María de agosto? Porque sepamos si hay harta paja en casa que comas hogaño.

CALISTO.

Mis cuidados y los de vosotros no son todos unos. Entrad callando, no os sientan en casa; cerrad esa puerta; y vamos á reposar, que yo me quiero subir solo á mi cámara; yo me desarmaré, id vosotros á vuestras camas. ¡Oh mezquino de mí! ¡Y cuánto me es agradable de mi natural la soledad y silencio y escuridad! No sé si lo causa, que me vino á la memoria la traicion que hice en me despedir de aquella señora que tanto amo, hasta que mas fuera de dia, ó el dolor de mi deshonra. ¡Ay, ay! que esto es; esta herida es la que siento agora que se ha resfriado, agora que está helada la sangre que ayer hervia: agora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdicion de mi patrimonio, la infamia que tiene mi persona de la muerte que de mis criados se ha seguido. ¿Qué hice? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me puedo sufrir, que no me muestro luego presente, como hombre injuriado, vengador, soberbio y acelerado de la manifiesta injusticia que me fué hecha? ¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de tí tan codicioso, que no quiera mas morir luego que gozar un año de vida denostada y prorogarla con deshonra, corrompiendo la buena fama de los pasados? Y mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores so-

mos sin tiempo, contino estamos obligados á pagar luego. ¿Por qué no salí á inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdicion? ¡Oh breve deleite mundano! ¡Cómo duran poco y cuestan mucho tus dulzores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡Oh triste yo! ¿Cuándo se restaurará tan gran pérdida? ¿Qué haré? ¿qué consuelo tomaré? ¿A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo á los otros mis servidores y parientes? *Tresquílanme en concejo, y no lo saben en mi casa.* Salir quiero; pero si salgo para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano; y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de venganza. ¡Oh cruel juez, cuán mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaba que podia con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. Inícuo falsario, perseguidor de verdad, hombre de bajo suelo! Bien dirán por tí que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú y los que tú mataste, en servir á mis pasados y á mí, érades compañeros; mas *cuando el vil está rico no tiene parientes ni amigos.* ¿Quién pensara que tú me habias de destruir? No hay cierto cosa mas empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quisiste que dijesen, *del monte sale con que se arde*, y que *crié cuervo que me sacase el ojo*? Tú eres público delincuente, y mataste á los que son privados; pues sabe que menor delito es el privado que el público; menor su calidad, segun las leyes

de Atenas disponen. Las cuales no son escritas con sangre; antes muestran que es menos yerro no condenar los malhechores, que punir los inocentes. ¡Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! Cuanto mas este esceso de mis criados que no carescia de culpa. Pues mira, si mal has hecho, que hay sindicado en el cielo y en la tierra: así que, á Dios y al rey serás reo, y á mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por solo ser su compañero los mataste á entrambos? Pero ¿qué digo? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto, sueñas, duermes ó velas? ¿Estás en pié ó acostado? Cata que estás en la cámara. ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿Con quién la has? Torna en tí; mira que nunca los ausentes se hallaron justos: oye á entrambas partes para sentenciar. ¿No ves tú que por ejecutar la justicia, no habia de mirar amistad ni deudo ni crianza? ¿No miras que la ley tiene de ser igual á todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató á su propio hermano, porque la ordenada ley traspasó. Mira á Torcuato romano cómo mató á su hijo, porque escedió la tribúnica constitucion; otros muchos hicieron lo mismo. Considera que si aquí presente él estuviese, respondiera, que hacientes y consencientes merescen igual pena, aunque á entrambos matase por lo que el uno solo pecó: y que si aceleró en su muerte, que era crímen notorio, y no eran necesarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del matar: que ya estaba el uno

muerto de la caida que dió; y tambien se debe creer que aquella lloradera moza que Celestina tenia en su casa le dió recia priesa con su triste llanto; y él por no hacer bullicion, por no me difamar, por no esperar á que la gente se levantase y oyesen el pregon, del cual gran infamia se me seguia, los mandó justiciar tan de mañana; pues era forzoso el verdugo y voceador para la ejecucion y su descargo; lo cual todo, si así como creo es hecho, antes le quedé deudor y obligado para cuanto viva, no como á criado de mi padre, pero como a verdadero hermano. Y puesto caso que así no fuese, y puesto caso que no echase lo pasado á la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado: acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada por su servicio, no has de tener las muertes de otros: pues ningun dolor igualará con el rescibido placer. ¡Oh mi señora y mi vida! Que jamás pensé en tu ausencia ofenderte; que paresce que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo; no quiero tener con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparacion! ¡Oh insaciable contentamiento! ¿Y cuánto pidiera yo mas á Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcanzado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razon ser ingrato á quien tanto bien me ha dado, quiérolo conoscer; no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no caiga de tan alta posesion. No quiero otra honra ni otra gloria; no otras riquezas, no otro padre ni

madre, ni otros deudos ni parientes: de dia estaré en mi cámara, de noche en aquel paraiso dulce, en aquel agradable verjel, entre aquellas suaves plantas y frescas verduras. ¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa á tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos ante de la continua órden! ¡Oh espacioso reloj, aína te vea yo arder en vivo fuego de amor! Si tú esperases lo que yo, cuando das doce, jamás estarias arrendado á la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses que agora estais escondidos: ¡oh si viniésedes con vuestras muy cumplidas noches á trocarlas por estos prolijos dias! Ya me paresce haber un año que no ví aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamás fué, ni puede ser. No aprenden los cursos naturales á rodearse sin órden, que á todos es un igual curso, á todos un mesmo espacio para muerte y vida, un limitado término: á los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, y de los crescimientos y mengua de la menstrua luna: todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frio. ¿Qué me aprovecha á mí que dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue, no amanesce mas aína. Pero tú, dulce imaginacion, tú que puedes, me acorre, trae á mi fantasía la presencia angélica de

aquella imágen luciente. Vuelve á mis oidos el suave son de sus palabras: aquellos desvíos sin gana; aquel apártate allá, señor, no llegues á mí; aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labrios veia sonar; aquel no quieras mi perdicion, que de rato en rato proponia; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y allegarse; aquellos azucarados besos; aquella final salutacion con que se me despidió: ¡con cuánta pena salió por su boca! ¡con cuántos desperezos, con cuántas lágrimas, que parescian granos de aljófar, que sin sentir se le caian de aquellos claros y resplandecientes ojos!

SOSIA.

Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que ya son las cuatro de la tarde, y no nos ha llamado, ni ha comido.

TRISTÁN.

Calla, que el dormir no quiere priesa: demas desto aquéjale por una parte la tristeza de aquellos mozos, por otra le alegra el muy gran placer de lo que con su Melibea ha alcanzado. Así que, dos tan recios contrarios, verás qué tal paran un flaco sujeto do estuvieren aposentados.

SOSIA.

¿Piénsaste tú que le penan á él mucho los muertos? Si no le penase mas á aquella que desde esta ventana veo yo ir por la calle, no llevaria las tocas de tal color.

TRISTAN.

¿Quién es, hermano?

SOSIA.

Allégate acá, y verla has antes que trasponga: mira aquella lutosa que se limpia las lágrimas de los ojos; aquella es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio: una muy bonita moza, aunque queda ahora perdida la pecadora, porque tenia á Celestina por madre, y á Sempronio por el principal de sus amigos; y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa mujer, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera, y llámase Areusa; por la cual sé yo que hubo el triste Parmeno mas de tres noches malas, y aun que no le place á ella su muerte.

ACTO QUINCENO

—

ARGUMENTO

Areusa dice palabras injuriosas á un rufian llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta á Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habian ordenado; y conciertan Areusa y Elicia que Centurio haya de vengar la muerte de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areusa. no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su casa.

ELICIA, AREUSA, CENTURIO.

ELICIA.

¡Qué vocear es este de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no habré yo las albricias del dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres á cada rincon: pláceme que así lo siente; mese aquellos cabellos, como yo triste he hecho; sepa que perder buena vida es más trabajo que la misma muerte. ¡Oh cuánto más la quiero que hasta aquí por el gran sentimiento que muestra!

AREUSA.

Véte de mi casa, rufian, bellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boba con tus ofertas vanas; con tus ronces y halagos hasme robado cuanto tengo. Yo te dí, bellaco, sayo y capa, espada y broquel, camisas de dos en dos, á las mil maravillas labradas; yo te dí armas y caballo; púsete con señor que no lo merescias descalzar; agora una cosa que te pido que por mí hagas pones mil achaques.

CENTURIO.

Hermana mia, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio, y no que ande una legua de camino á pié.

AREUSA.

¿Por qué jugaste el caballo, tahur, bellaco? Que si por mí no fuera, estarias tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia; cuatro veces desempeñado en los tableros; ¿por qué lo hago? ¿por qué soy loca? ¿por qué tengo yo fé con este cobarde? ¿por qué creo sus mentiras? ¿por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano de la espada, treinta mujeres á la putería. Salte luego de ahí; no te vea yo más; no me hables; no digas que me conoces, si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar dos mil palos en esas espaldas de molinero, que ya

sabes que tengo quien lo sepa hacer, y salirse con ello.

CENTURIO.

Loquear, bobilla; pues si yo me ensaño, alguna llorará; mas quiero irme y sufrirte, que no sé quién entra, no nos oigan.

ELICIA.

Quiero entrar, que no es son de buen llanto, donde hay amenazas y denuestos.

AREUSA.

¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? Jesú, Jesú, no lo puedo crer: ¿qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es este? Cata, que me espantas, hermana mia. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento, ninguna gota de sangre me has dejado en mi cuerpo.

ELICIA.

¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazon que el manto, más negras las entrañas que la toca. ¡Ay hermana, hermana que no puedo hablar! No puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUSA.

¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dímelo, no te meses, no te rasguñes ni maltrates. ¿Es comun de entrambas este mal? ¿Tócame á mí?

ELICIA.

¡Ay prima mia y mi amor! Sempronio y Parmeno ya no viven, ya no son en el mundo; sus ánimas ya están purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREUSA.

¿Qué me cuentas? No me lo digas, calla por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA.

Pues mas mal hay que suena; oye á la triste, que te contará más quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenia por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubria, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conoscida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le ví dar á mis ojos: en mi regazo me la mataron.

AREUSA.

¡Oh fuerte tribulacion! ¡Oh dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy embelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye; no há ocho dias que los ví vivos, y ya podemos decir, perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mia, cómo es acaescido tan cruel desastrado caso.

ELICIA.

Tú lo sabrás. Ya oiste decir, hermana, los amores de Calisto y la loca de Melibea. Bien verias cómo Celestina habia tomado el cargo, por intercesion de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo; la cual puso tanta diligencia y solicitud, que á la segunda azadonada sacó agua. Pues como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperaba, á vueltas de otras cosas dió á la desdichada de mi tia una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras mas bebemos dello, mas sed nos pone, con sacrílega hambre, cuando se vido tan rica, alzóse con su ganancia, y no quiso dar parte á Sempronio ni á Parmeno dello; lo cual habia quedado entre ellos que partiesen lo que Calisto diese. Pues como ellos viniesen cansados una mañana de acompañar á su amo toda la noche, muy airados de no sé qué cuestiones que dicen que habian habido, pidieron su parte á Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la convencion y promesa, y en decir que todo era suyo lo ganado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos; que, como dicen: *riñen las comadres, porque dicen las verdades.* Así que, ellos muy enojados, por una parte los aquejaba la necesidad, que priva todo amor; por otra el enojo grande y cansancio que traian, que acarrea alteracion; por otra veian la fé quebrada de su mayor esperanza, y no sabian qué hacer. Estuvieron gran rato en palabras: al fin, vién-

dola tan codiciosa, perseverando en su negar, echaron mano á sus espadas, y diéronla mil cuchilladas.

AREUSA.

¡Oh desdichada de mujer! En esto habia su vejez de fenecer. ¿Y dellos qué me dices? ¿En qué pararon?

ELICIA.

Ellos como hubieron hecho el delito, por huir de la justicia, que caso pasaba por allí, saltaron de las ventanas, y casi muertos los prendieron, y sin más dilacion los degollaron.

AREUSA.

¡Oh mi Parmeno y mi amor! ¡Y cuánto dolor me pone tu muerte! Pésame del gran amor que con él en tan poco tiempo habia puesto; pues no me habia mas de durar. Pero pues ya este mal recaudo es hecho; pues ya esta desdicha es acaescida; pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tanto, que cegarás llorando, que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo sufro y paso.

ELICIA.

¡Ay, que rabio! ¡Ay mezquina, que salgo de seso! ¡Ay, que no hallo quien lo sienta como yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo. ¡Oh cuánto mejores y más honestas fueran mis lágrimas en pasion ajena, que en la propia mia! ¿A dónde iré, que pierdo ma-

dre, manto y abrigo; pierdo amigo, y tal que nunca faltaba de mi marido? ¡Oh Celestina sábia, honrada y autorizada! cuántas faltas me encubrias con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salias fuera; yo estaba encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrabas como abeja por casa, yo destruia, que otra cosa no sabia hacer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseido eres menospreciado, y jamás te consientes conoscer hasta que te perdemos! ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes! Mal fin hayan vuestros amores; en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres. Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yerbas deleitosas donde tomais los hurtados solaces, se conviertan en culebras; los cantares se vos tornen lloros; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color.

AREUSA.

Calla, por Dios, hermana, pon silencio á tus quejas, ataja sus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida, que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna; y este mal aunque duro, se soldará y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y esta tiene el remedio dudoso y la venganza en la mano.

ELICIA.

¿De quién se ha de haber enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado

esta cuita? No menos me fatiga la punicion de los delincuentes, que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? ¡Plugiera á Dios que fuera yo con ellos, y no quedara para llorar á todos! Y de lo que más dolor siento es ver que por eso no deja aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar, festejando cada noche á su estiércol de Melibea, y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREUSA.

Si esto es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza? De manera que quien lo comió, aquel lo escote. Déjame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se ven, cómo y por dónde, y á qué hora, no me hayas tú por hija de la pastelera vieja, que bien conosciste, si no hago que les amarguen los amores. Y si pongo en ello aquel con quien me viste que reñia, cuando entrabas, si no sea él peor verdugo para Calisto, que Sempronio de Celestina. Pues ¡qué gozo habria ahora él, en que le pusiese yo en algo por mi servicio, que se fué muy triste de verme que le traté mal! Y veria él los cielos abiertos en tornalle yo á hablar y mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién puedo yo saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea llore cuanto agora goza.

ELICIA.

Yo conozco, amiga, otro compañero de Parmeno, mozo de caballos, que se llama So-

sia, que le acompaña cada noche; quiero trabajar de le sacar todo el secreto, y este será buen camino para lo que dices.

AREUSA.

Mas hazme placer, que me envies acá este Sosia: yo hablaré y diré mil lisonjas y ofrecimientos hasta que no le deje en el cuerpo cosa hecha y por hacer; despues á él y á su amo haré reservar el placer comido. Y tú Elicia, alma mia, no rescibas pena, pasa á mi casa tus ropas y alhajas, y vente á mi compañía, que estarás allí mucho sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Un hijo que nasce restaura la falta de tres finados; con nuevo sucesor se cobra alegre memoria, y placeres perdidos del pasado tiempo. De un pan que yo tenga ternás tú la mitad. Mas lástima tengo de tu fatiga, que de los que te la ponen. Verdad sea, que cierto duele mas la pérdida de lo que hombre tiene, que da placer la esperanza de otra tal, aunque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio, y los muertos irrecuperables, y como dicen: *mueran y vivamos*. A los vivos me deja á cargo, que yo te les daré tan amargo jarope á beber, cual ellos á tí han dado. ¡Ay prima! ¡Cómo sé yo, cuando me ensaño, revolver estas tramas aunque soy moza! Y de ál me vengue Dios, que de Calisto Centurio me vengará.

ELICIA.

Cata, que creo que aunque llame al que mandas, no habrá efecto lo que quieres; por-

que la pena de los que murieron por descubrir el secreto, porná silencio al vivo para guardarle. Lo que me dices de mi venida á tu casa te agradezco mucho, y Dios te ampare y alegre en tus necesidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar; pero aunque lo quiera hacer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me verná. La causa no es necesario decir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conoscida. Jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya; siempre acuden allí mozas conoscidas y allegadas, medio parientas de las que ella crió: allí hacen sus conciertos, de donde se me asegura algun provecho, y tambien esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada; pues ya sabes cuán duro es dejar lo usado, y que mudar costumbre es á par de muerte, y *piedra movediza que nunca moho la cobija.* Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa que está pagado por hogaño, no se vaya en balde: así que, aunque cada cosa no bastase por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya paresce que es hora de irme; de lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.

ACTO DÉCIMOSESTO

—

ARGUMENTO

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, el cual, segun ha parescido, está en contrario, están razonando sobre el casamiento de Melibea; y en tan grande cantidad le dán pena las palabras que de sus padres oye, que envía á Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO.

Alisa, amiga mia, el tiempo, segun me paresce, se nos va, como dicen, de entre las manos; corren los dias como el agua del rio; no hay cosa tan lijera para huir como la vida; la muerte nos sigue y rodea, de la cual somos vecinos, y hacia su bandera nos acostamos segun natura. Esto vemos muy claro, si miramos nuestros hermanos y parientes en derredor: todos los come ya la tierra, todos están en sus perpetuas moradas. Y pues somos inciertos cuándo habemos de ser llama-

dos, viendo tan ciertas señales, debemos echar nuestras barbas en remojo, y aparejar nuestros fardeles para andar este forzoso camino; no nos tome de improviso ni de salto aquella cruel voz de la muerte. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo, que mas vale prevenir que ser prevenidos: demos nuestra hacienda á dulce sucesor, acompañemos nuestra única hija con marido, cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor deste mundo. Lo cual con mucha diligencia debemos poner desde agora por obra, y lo que otras veces habemos principiado en este caso, agora haya ejecucion; no quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues paresceria ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes. No hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama en las vírgenes, que con temprano casamiento. ¿Quién rehuiria nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas, que en los casamientos se demandan, conviene á saber: lo primero, discrecion, honestidad y virginidad; lo segundo, hermosura; lo tercero, el alto origen y parientes; lo final, riqueza. De todo esto la dotó natura: cualquier cosa que nos pidan hallarán bien cumplida.

ALISA.

Dios la conserve, mi señor Pleberio, por-

que nuestros deseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes pienso que faltará igual á nuestra hija, segun su virtud y su noble sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea oficio de los padres, y muy ajeno á las mujeres, como tú lo ordenares, seré yo alegre, nuestra hija obedescerá, segun su casto vivir, y honesta vida y humildad.

LUCRECIA.

(Aun si bien lo supieses, reventarias: ya perdido es lo mejor; mal año se os apareja á la vejez; lo mejor Calisto se lo lleva. No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina: tarde acordais, y más habíades de madrugar). Escucha, escucha, escucha, señora Melibea.

MELIBEA.

¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCRECIA.

Llégate aquí, señora, oirás á tus padres la priesa que traen por te casar.

MELIBEA.

Calla, por Dios, que te oirán: déjalos parlar, déjalos devaneen, un mes há que otra no hacen, ni en otra cosa entienden. No paresce sino que les dice el corazon el gran amor que á Calisto tengo, y todo lo que con él un mes há he pasado: no sé si me han sentido; no sé qué se sea aquejarles más agora este cuidado que nunca. Pues ¿mándo-

les yo trabajar en vano? Que por demás es la citola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartar mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza: conozco dél que no vivo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo resciben recompensacion en diverso género: el amor no admite sino solo amor por paga. En pensar en él me alegro; en verlo me gozo; en oirlo me glorifico. Haga y ordene de mí á su voluntad. Si pasar quisiere la mar, con él iré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuiré su querer. Déjenme mis padres gozar dél, si ellos quieren gozar de mí; no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada. Déjenme gozar mi mocedad alegre, si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdicion y su sepultura. No tengo otra lástima, sino por el tiempo que perdí de no gozarlo, de no conoscerlo, despues que á mí me sé conoscer. No quiero marido: no quiero ensuciar los nudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ajeno hombre repisar, como muchas hallo (en los antiguos libros que leí) que hicieron, más discretas que yo, más subidas en estado y linaje; las cuales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, así como Venus, madre de Enéas y de Cupido, el dios de amor, que siendo casada corrompió la prometida fé marital; y aun otras de mayo-

res fuegos encendidas, cometieron nefarios é incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semíramis con su hijo, Canace con su hermano, y aun aquella forzada Tamar, hija del rey David. Otras aun más cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasífae, mujer del rey Minos, con el toro. Pues reinas eran y grandes señoras, debajo cuyas culpas la razonable mia podria pasar sin denuesto. Mi amor fué con justa causa; requerida y rogada, captivada de su merescimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celestina, servida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediese por entero en su amor; y después un mes ha, como has visto, que jamás noche no ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, y muchas haber venido en balde, y por eso no me mostrar más pena ni trabajos; muertos por mí sus servidores; perdiéndose su hacienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad; todos los dias encerrado en casa con esperanza de ver la noche. Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tal verdadero amador, que ni quiero marido, ni quiero padres ni parientes. Faltándome Calisto, me falta la vida, la cual, porque él de mí goce, me aplace.

LUCRECIA.

Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO.

Pues ¿qué te paresce señora mujer, debe-

mos hablarlo á nuestra hija? ¿Debemos darla parte de tantos como me la piden, para que de su voluntan venga, para que diga aquel le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad á los hombres y mujeres, aunque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA.

¿Qué dices? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan gran novedad á nuestra hija Melibea, que no la espante? Cómo, ¿piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan, ó qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y mujer se procreen los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe deseo de lo que no conosce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto ó bajo de sangre, ó feo ó gentil de gesto le mandaras tomar, aquello será su placer, aquello habrá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIBEA.

Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra por el postigo en la sala, y estórbales su habla, interrúmpeles sus alabanzas con algun fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, segun estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA.

Ya voy, señora.

ACTO DÉCIMOSETIMO

ARGUMENTO

Elicia determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este propósito; la cual va á casa de Areusa, donde viene Sosia, al cual Areusa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

ELICIA, AREUSA, SOSIA.

ELICIA.

Mal me va con este luto: poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle; ya no veo las músicas de la alborada, ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa; y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana cuando le llevé las nuevas deste triste negocio, que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si

yo muerta le tuviera. A osadas que me dijo ella á mí lo cierto; nunca, hermana, traigas ni muestres mas pena por el mal ni muerte de otro que él hiciera por tí. Sempronio holgara yo muerta; ¿pues por qué, loca, me peno yo por él degollado? Y ¿qué sé si me matara á mí (como era acelerado y loco), como hizo á aquella vieja que tenia yo por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areusa, que sabe más del mundo que yo, y verla muchas veces, y traer materia como viva. ¡Oh qué participacion tan suave, qué conversacion tan gozosa y dulce! No en balde se dice, que vale más un dia del hombre discreto, que toda la vida del necio simple. Quiero pues quitar el luto, dejar la tristeza, despedir las lágrimas, que tan aparejadas han estado á salir. Pero como sea el primer oficio que en nasciendo hacemos llorar, no me maravillo ser el más ligero de comenzar, y dejar más duro; mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hacen la mujer hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y la moza más. No es otra cosa la color y albayalde sino pegajosa liga en que se traban los hombres. Ande pues mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos: anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de placer. Quiero adereszar lejía para estos cabellos, que perdian ya la rubia color; y esto hecho contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazon; barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que pasaren vean que es ya desterrado

el dolor. Mas primero quiero ir á visitar á mi prima por preguntarle si ha ido allá Sosia, y lo que con él ha pasado; que no lo he visto después que le dije cómo le queria hablar Areusa. Quiera Dios que la halle sola, que jamás está desacompañada de galanes, como buena taberna de borrachos. Cerrada está la puerta, no debe estar allá hombre, quiero llamar. Ta, ta.

AREUSA.

¿Quién es?

ELICIA.

Abre, amiga; Elicia soy.

AREUSA.

Entra, hermana mia; véate Dios, que tanto placer me haces en venir como vienes, mudado el hábito de tristeza. Agora nos gozaremos juntas; agora te visitaré; vernos hemos en mi casa y en la tuya; quizá por bien fué para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría más que antes. Por esto se dice, que los muertos abren los ojos de los que viven, á unos con haciendas, á otros con libertad, como á tí.

ELICIA.

A tu puerta llaman; poco espacio nos dan para hablar, que te queria preguntar si ha venido acá Sosia.

AREUSA.

No ha venido: despues hablaremos. ¡Qué

porradas que dan! Quiero ir á abrir; que ó es loco, ó privado. ¿Quién llama?

SOSIA.

Ábreme, señora; Sosia soy, criado de Calisto.

AREUSA.

Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja: escóndete, hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro lleno de viento de lisonjas, que piense cuando se parta de mí que él es y otro no, y sacarle he lo suyo y lo ajeno del buche con halagos, como él saca el polvo á los caballos. ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? ¿el que deseo conoscer por su buena fama? ¿el fiel á su amo? ¿el buen amigo á sus compañeros? Abrazarte quiero, amor, que agora que te veo creo que hay más virtudes en tí que todos me decian. Anda acá, entremos á sentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Parmeno. Con esto hace hoy tan claro dia que habias tú de venir á verme. Dime, señor, ¿conosciásme antes de agora?

SOSIA.

Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser demas conoscida que conosciente; porque ninguno habla en loor de hermosura que primero no se acuerde de tí que de cuantas son.

ELICIA.

(¡Oh hideputa el pelon, y cómo se desasna! Quien lo ve ir al agua con sus caballos en cerro y sus piernas de fuera, en sayo, y agora en verse medrado con calzas y capa sálenle alas y lengua.)

AREUSA.

Yo me correria con tal razon si alguno estuviese delante en oirte tanta burla como de mí haces; pero como todos los hombres traigais proveidas esas razones, esas engañosas alabanzas, tan comunes para todas, hechas del molde, no me quiero de tí espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad; sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te envié á rogar que me vieses son dos cosas, las cuales si mas lisonja ó engaño en tí conozco, te dejaré de decir, aunque sea de tu provecho.

SOSIA.

Señora mia, no quiera Dios que yo te haga cautela: muy seguro venia de la gran merced que piensas hacer y haces; no me sentia digno para descalzarte. Guia tú mi lengua, responde por mí á tus razones, que todo lo habré por rato y firme.

AREUSA.

Amor mio, ya sabes cuánto quise á Parmeno, y como dicen: *quien bien quiere á Beltran*, etc. Á todas sus cosas amo, todos sus amigos me agradan, el buen servicio de su

amo como á él mismo me placia; donde vía su daño de Calisto, le apartaba. Pues como esto así sea, acordé de decirte, lo uno, conozcas el amor que te tengo, y cuánto contigo y tu visitacion siempre me alegrarás, y que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná provecho; lo otro y segundo, que pues yo pongo mis ojos en tí, y mi amor y querer, avísote que te guardes de peligros, y mas de descubrir tu secreto á ninguno, pues ves cuánto daño les vino á Parmeno y á Sempronio de lo que supo Celestina; porque no querria verte morir mal logrado como á tu compañero; harto me basta haber llorado al uno. Porque has de saber que vino á mí una persona, y me dijo que le habias descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo le habia alcanzado, y cómo ibas cada noche á le acompañar, y otras muchas cosas que no sabría relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres; no de todas sino de las bajas y de los niños. Cata, que te puede venir gran daño; que para esto te dió Dios dos oidos y dos ojos, y no mas una lengua; porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata, no confíes que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dijeres, pues tú no lo sabes á tí mismo tener. Cuando hubieres de ir con tu amo Calisto á casa de aquella señora no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces como loco de placer.

SOSIA.

¡Oh cómo son sin tiento y personas des-

acordadas las que tales nuevas, señora, te acarrean! Quien te dijo que de mi boca lo habia oido, no dijo verdad. Los otros de verme ir con la luna de noche á dar agua á mis caballos, holgando y habiendo placer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre, afirman lo que barruntan. Sí, que no estaba Calisto loco, que á tal hora habia de ir á negocio de tanta afrenta: sino esperar que repose la gente, que descansen todos en el dulzor del primer sueño; ni ménos habia de ir cada noche, que aquel oficio no sufre cotidiana visitacion. Y si mas clara quieres, señora, ver su falsedad, como dicen, que toman antes al mentiroso que al que coxquea, en un mes no habemos ido ocho veces; ¡y dicen los falsarios revolvedores que cada noche!

AREUSA.

Pues por mi vida, amor mio, porque yo los lo acuse y tome en el lazo del falso testimonio, me dejes en la memoria los dias que habeis concertado de salir; y si yerran, estaré segura de tu secreto, y cierta de su levantar. Porque no siendo su mensaje verdadero, será tu persona segura de peligro, y yo sin sobresalto de tu vida: pues tengo esperanza de gozarme contigo largo tiempo.

SOSIA.

Señora, no alarguemos los testigos: para esta noche en dando el reloj las doce está hecho el concierto de su visitacion por el huer-

to. Mañana preguntarás lo que han sabido, de lo cual si alguno te diere señas, que me trasquilen á cruces.

AREUSA.

¿Y por qué parte, alma mia, porque mejor los puede contraer, si anduvieren errados vacilando?

SOSIA.

Por la calle del Vicario gordo, á las espaldas de su casa.

ELICIA.

(Tiénete, don andrajoso, no nos es mas menester. Maldito sea el que en manos de tal acemilero se confía, que desgoznarse hace el badajo.)

AREUSA.

Hermano Sosia, esto hablado, basta para que tome cargo de saber tu inocencia, y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio, y me he detenido mucho contigo.

ELICIA.

(¡Oh sábia mujer, oh despidiente propio, cual le meresce el asno que ha vaciado su secreto tan de lijero!)

SOSIA.

Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza: miéntras hol-

gares con mi servicio, jamás hallarás quien tan de grado aventure su vida, y queden los ángeles contigo.

AREUSA.

Dios te guíe. Allá irás, acemilero; muy ufano vas por tu vida; pues toma para tu ojo, bellaco, y perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá, ¿qué te paresce cuál le envío? Así se yo tratar los tales: así salen de mis manos los asnos, apaleados como este, y los locos corridos, y los discretos espantados, y los devotos alterados, y los castos encendidos. Pues, prima, aprende; que otra arte es esta que la de Celestina, aunque ella me tenia por boba, porque me queria yo serlo. Y pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto deseábamos, debemos ir á casa de aquel otro cara de ahorcado, que el jueves delante de tí baldonado de mi casa salió, y haz tú como que nos quieres hacer amigos, y que me rogaste que fuese á verlo.

ACTO DECIMOCTAVO.

ARGUMENTO

Elicia determina hacer las amistades entre Areusa y Centurio, por precepto de Areusa. Vánse á casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibea, el cual lo prometió delante de ellas. Y como sea natural á estos no hacer lo que prometen, escúsase como en el proceso paresce.

ELICIA, CENTURIO, AREUSA.

ELICIA.

¿Quién está en casa?

CENTURIO.

Muchacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar á la puerta. Torna acá, que ya es visto quién es. No te cubras con el manto, señora; ya no te puedes esconder, que cuando vi adelante entrar á Elicia, ví que no podia traer consigo mala compañía, ni nuevas que me pesasen, sino que me habian de dar placer.

AREUSA.

No entremos, por mi vida, mas adentro, que se estiende ya el bellaco pensando que le vengo á rogar: mas holgara con la vista de otras como él, que no con la nuestra. Volvamos, por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¿Paréscete, hermana, que me traes por buenas estaciones, y que es cosa justa venir de vísperas, y entrarnos á ver un desuellacaras que ahí está?

ELICIA.

Torna por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dejarás el medio manto.

CENTURIO.

Tenla, por Dios, señora, tenla no se te suelte.

ELICIA.

Maravillada estoy, prima, de tu seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razon, que no huelgue de ser visitado, mayormente de mujeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi ánima por fuerza haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREUSA.

Mejor lo vea yo en poder de justicia, y morir á manos de sus enemigos, que yo tal gozo le dé. Ya, ya: hecho ha conmigo para cuanto viva. ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abrazar, ni ver á ese enemigo? ¿Por qué le rogué estotro dia que fuese una jor-

nada de aquí, en que me iba la vida, y me dijo que no?

CENTURIO.

Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio; un desafio con tres juntos, y si mas vinieren, que no huya por tu amor: matar un hombre, cortar una pierna ó un brazo, arpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo; estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino, ni que te dé dinero; que bien sabes que no dura conmigo; que tres saltos daré sin que me se caiga blanca. Ninguno dá lo que no tiene; en una casa vivo, cual ves, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es el ajuar de la frontera, un jarro desbocado, un asador sin punta; la cama en que me hecho está armada sobre aros de broqueles, un rimero de malla rota por colchones, una talega de dados por almohada, que aunque quiera dar colacion, no tengo qué empeñar, sino esta capa arpada que traigo á cuestas.

ELICIA.

Así me goce, que sus razones me contentan á maravilla: como un santo te está obediente, como un ángel te habla, á toda razon se allega, ¿qué mas le pides? Por mi vida que le hables, y pierdas enojo, pues tan de grado se te ofrece con su persona.

CENTURIO.

¿Ofrescer dices, señora? Yo te juro por el

santo martilojo de pe-á-pá (el brazo me tiembla de lo que por ella entiendo hacer), que contigo pienso cómo la tenga cuenta, y jamás acierto. La noche pasada soñaba que hacia armas en un desafío por su servicio con cuatro hombres que ella bien conosce, y maté al uno, y de los otros que huyeron, el que mas sano se libró me dejó á los piés un brazo izquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de dia, cuando alguno tocare en su chapin.

AREUSA.

Pues aquí te tengo, á tiempo somos; yo te perdono con condicion que me vengues de un caballero que se llama Calisto, que nos ha enojado á mi y á mi prima.

CENTURIO.

¡Oh! reniego de la condicion: dime luego si está confesado.

AREUSA.

No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO.

Pues sea así: enviémosle á comer al infierno sin confesion.

AREUSA.

Escucha, no atajes mi razon: esta noche le tomarás.

CENTURIO.

No me digas mas: al cabo estoy; todo el

negocio de sus amores sé, los que por su causa hay muertos, y lo que os tocaba á vosotras; por dónde va, y á qué hora, y con quién es. Pero dime, ¿cuántos son los que le acompañan?

AREUSA.

Dos mozos.

CENTURIO.

Pequeña presa es esa; poco cebo tiene ahí mi espada. Mejor cebara ella en otra parte esta noche, que estaba concertado.

AREUSA.

Por escusarte lo haces: á otro perro con ese hueso; no es para mí esa dilacion: aquí quiero ver si decir y hacer comen juntos á tu mesa.

CENTURIO.

Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaria para hablar. ¿Quién sino esta puebla los mas cimenterios? quién hace ricos los cirujanos desta tierra? quién da de continuo que hacer á los armeros? quién destroza la malla muy fina? quién hace riza de los broqueles de Barcelona? quién rebana los capacetes de Calatayud, sino ella, que los casquetes de Almazán así los corta como si fuesen hechos de melon? Veinte años ha que me da de comer; por ella soy temido de hombres y querido de mujeres sino de tí; por ella le dieron Centurio por nombre á mi abuelo, y Centurio se llamó mi padre, y Centurio me llamo yo.

ELICIA.

Pues ¿qué hizo la espada por que ganó tu abuelo ese nombre? Díme ¿por ventura fué por ella capitan de cien hombres?

CENTURIO.

No, pero fué rufian de cien mujeres.

AREUSA.

No curemos de linaje ni hazañas viejas; si has de hacer lo que te digo, sin dilacion determina, porque nos queremos ir.

CENTURIO.

Mas deseo ya la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Y porque mas se haga todo á tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé: allí te mostraré un repertorio en que hay setecientas y setenta especies de muertes: verás cuál mas te agradare.

ELICIA.

Areusa, por mi ámor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre; mas vale que se quede por hacer, que no escandalice la ciudad, por donde nos venga mas daño de lo pasado.

AREUSA.

Calla, hermana, díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO.

Las que agora estos dias yo uso y mas

traigo entre manos, son espaldarazos sin sangre, ó porradas de pomo de espada, ó revés mañoso: á otros agujero como arnero á puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algun dia doy palos por dejar holgar mi espada.

ELICIA.

No pase, por Dios, mas adelante: déle palos, porque quede castigado y no muerto.

CENTURIO.

Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es mas en mi brazo derecho dar palos sin matar, que en el sol dejar de dar sus acostumbradas vueltas al cielo.

AREUSA.

Hermana, no seamos nosotras lastimeras; haga lo que quisiere; mátelo como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho: dejémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de cualquier manera holgaremos: mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO.

Perdónele Dios, si por piés no se me va. Muy alegre quedo, señora mia, que se ha ofrescido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUSA.

Pues Dios te dé buena manderecha, y á él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO.

Él te guie, y te dé mas paciencia con los tuyos. Allá irán estas putas atestadas de razones. Agora quiero pensar cómo me escusasaré de lo prometido; de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de ejecutar lo dicho, y no negligencia por no me poner en peligro. Quiérome hacer doliente; pero ¿qué aprovecha? Que no se apartarán de la demanda cuando sano. Pues si digo que fuí allá y que les hice huir, pedirme han señas de quiénes eran, y cuántos iban, y en qué lugar los topé, qué vestidos llevaban: yo no las sabré dar; hélo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad y su demanda? Quiero enviar á llamar á Traso el cojo y sus compañeros, y decirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vayan á dar un repiquete de broquel á manera de llevada, para ojear unos garzones, que me fué encomendado; que todo esto es pasos seguros, y donde no conseguirá ningun daño, mas de hacerlos huir y volverse á dormir.

ACTO DÉCIMONONO

ARGUMENTO

Calisto yendo con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio á visitar á Melibea, que lo estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le acontesció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, vienen Traso y otros por mandado de Centurio á cunplir lo que habia prometido á Areusa y Elicia, á los cuales sale Sosia; y oyendo Calisto desde el huerto, donde está con Melibea, el ruido que traia, quiso salir fuera: la cual salida fué causa que sus dias feneciesen (porque los tales este don recibiesen por galardon; y por esto han de saber desamar los amadores).

SOSIA, TRISTÁN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA.

SOSIA.

Muy quedo, porque no seamos sentidos: desde aquí al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristán, lo que con Areusa me ha pasado hoy, que estoy el mas alegre hombre del mundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas que de mí habia oido, estaba presa de mi amor y envióme á decir que la vi-

sitase; y dejando aparte otras razones de buen consejo que pasamos, mostró al presente ser tanto mia cuanto algun tiempo fué de Parmeno. Rogóme que la visitase siempre, que ella pensaba gozar de mi amor por tiempo; pero yo te juro, por el peligroso camino en que vamos, hermano, y así goze de mí, que estuve dos ó tres veces por me arremeter á ella, sino que me empachaba la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y á mí con una capa vieja ratonada. Echaba de sí en bulléndose un olor de almizque... yo hedia al estiércol que llevaba dentro de los zapatos; tenia unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parescia que se derramaba azahar por casa. Así por esto, como porque tenia ella un poco que hacer, se quedó mi atrever para otro dia; y aun porque á la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y cuanto más se comunican, mejor se entienden en su participacion.

TRISTÁN.

Sosia amigo, otro seso más maduro y esperimentado que no el mio era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanzo, al presente te diré. Esta muchacha es marcada ramera, segun tú me dijiste: cuanto con ella te pasó has de creer que no caresce de engaño. Sus ofrescimientos fueron falsos, y no sé yo á qué fin; porque amarte por gentil hombre, cuantos más terná ella desechados; si por rico, bien sabe

que no tienes más del polvo que se te pega del almohaza; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia, y á tu padre llamaron Sosia, nascido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo cual eres tú más dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te queria sacar algun punto del secreto deste camino que agora vamos, para con qué pudiese revolver á Calisto y á Pleblerio, de envidia del placer de Melibea. Cata, que la envidia es una incurable enfermedad donde asienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardon, siempre se goza del mal ajeno, pues si esto es así, ¡oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, del cual todas se arrean! Con su vicio ponzoñoso queria condenar el ánima por cumplir su apetito, revolver tales cosas por contentar su dañada voluntad. ¡Oh rufianada mujer, y con qué blanco pan te daba zarazas! Queria vender su cuerpo á trueque de contienda. Oyeme, y si así presumes que es, ármale trato doble, cual yo te diré: que *quien engaña al engañador*, ya me entiendes; *y si sabe mucho la raposa, más que el que la toma*. Contramínale sus malos pensamientos, escala sus ruindades, cuando más segura la tengas, y cantarás después en tu establo: *uno piensa el bayo, y otro el que lo ensilla.*

SOSIA.

¡Oh Tristán, discreto mancebo! Mucho me has dicho que tu edad demanda; astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera.

Pero porque llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dejemos este cuento, que es largo, para otro dia.

CALISTO.

Poned, mozos, la escala y callad, que me paresce que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared, y en ella estaré escuchando, por ver si oyere alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA.

Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oirte, mientras viene aquel señor; y muy paso entre estas verduricas, que no nos oigan los que pasaren.

LUCRECIA.

¡Oh quién fuese la hortelana
De aquestas viciosas flores,
Por prender cada mañana
Al partir á tus amores!
Vístanse nuevas colores
Los lirios y el azucena;
Derramen frescos olores,
Cuando entre por estrena.

MELIBEA.

¡Oh cuán dulce me es oirte! De gozo me deshago: no ceses, por mi amor.

LUCRECIA.

Alegre es la fuente clara
A quien con gran sed la vea;
Mas muy mas dulce es la cara

De Calisto á Melibea.
  Pues aunque mas noche sea,
Con su vista gozará.
¡Oh, cuando saltar la vea,
Qué de abrazos le dará!
  Saltos de gozo infinitos
Da el lobo, viendo al ganado;
Con las tetas los cabritos;
Melibea con su amado.
  Nunca fué mas deseado
Amador de la su amiga;
Ni huerto mas visitado,
Ni noche tan sin fatiga.

MELIBEA.

Cuanto dices, amiga Lucrecia, se me representa delante; todo me paresce que lo veo con mis ojos. Procede, que á muy buen son lo dices, y ayudarte he.

LUCRECIA, MELIBEA.

  Dulces árboles sombrosos,
Humillaos cuando veais
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseais.
  Estrellas que relumbrais,
Norte y lucero del dia,
¿Por qué no le despertais,
Si aun duerme mi alegría?

MELIBEA.

Oyeme tú, por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores,

Que cantais al alborada,
Llevad nueva á mis amores,
Como espero aquí asentada.
  La media noche es pasada,
Y no viene:
  Sabedme si otra amada
Lo detiene.

CALISTO.

Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto; no puedo mas sufrir tu penado esperar, ¡oh mi señora y mi bien todo! ¡Cuál mujer podia haber nascido, que desprivase tu gran merescimiento! ¡Oh salteada melodía! ¡Oh gozoso rato! ¡Oh corazon mio! ¿Y cómo no podiste mas tiempo sofrir sin interromper por tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA.

¡Oh sabrosa traicion! ¡Oh dulce sobresalto! ¿es mi señor y mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenias tu claridad escondida? ¿Habia rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra; las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua desta fontecica, cuánto mas suave murmurio y ruido lleva por entre las frescas yerbas! Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesion de un templadico viento que los menea!

Mira sus quietas sombras, cuán escuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite! Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Tornaste loca de placer? Déjamelo, no me lo despedaces, ni le trabajes sus miembros con tus pesados brazos; déjame gozar de lo que es mio, no me ocupes mi placer.

CALISTO.

Pues, mi señora y gloria mia, si mi vida quíeres, no cese tu suave canto, no sea de peor condicion mi presencia con que te alegras, que mi ausencia que te fatiga.

MELIBEA.

¿Qué quieres que cante, amor mio? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regia mi son y hacia sonar mi canto? Pues seguida tu venida desapareció el deseo; destemplóse el tono de mi voz. Y pues tú, señor eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandar á mi lengua hablar, y no á tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversacion incomportable. Cata, ángel mio, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato: tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razon. Deja estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda, ó de paño, ¿para qué me tocas en la camisa? Pues cierto es de lienzo. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré, no me destroces

ni maltrates como sueles; ¿qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO.

Señora, el que quiere comer el ave, quítala primero las plumas.

LUCRECIA.

Mala landre me mate, si mas los escucho. ¿Vida es esta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera, y ella esquivándose porque la rueguen! Ya, ya, apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores. Pero tambien me lo haria yo, si estos nescios de sus criados me hablasen entre dia; pero esperan que los tengo de ir á buscar.

MELIBEA.

Señor mio, ¿quiéres que mande á Lucrecia traer alguna colacion?

CALISTO.

No hay otra colacion para mí, sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber donde quiera se da por dinero: en cada tiempo se puede haber, y cualquiera lo puede alcanzar; pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me pase ningun momento que no goce?

LUCRECIA.

Ya me duele á mí la cabeza de escuchar, y no á ellos de hablar, ni los brazos de retozar, ni las bocas de besar. Anda, ya

callan, á tres me paresce que va la vencida.

CALISTO.

Jamás querria, señora, que amanesciese, segun la gloria y descanso que mi sentido rescibe de la noble conversacion de tus delicados miembros.

MELIBEA.

Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano: tú, señor, el que me haces con tu visitacion incomparable merced.

SOSIA.

¿Asi, bellacos, rufianes, veníades á asombrar los que no os temen? Pues yo os juro que si esperades, que yo os hiciera ir como merescíades.

CALISTO.

Señora, Sosia es aquel que da voces: déjame ir á verlo, no lo maten, que no está sino un pajecico con él. Dame presto mi capa, que está debajo de tí.

MELIBEA.

¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas: tórnate á armar.

CALISTO.

Señora, lo que no hace espada y capa y corazon no lo hacen corazas y capacete y cobardía.

SOSIA.

¿Aun tornais? Esperad quizá venís por lana, volvereis trasquilados.

CALISTO.

Déjame, por Dios, señora, que puesta está el escala.

MELIBEA.

¡Oh desdichada yo! ¿Y cómo vas tan recio y con tanta priesa desarmado á meterte entre quien no conosces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto á un ruido, echémosle sus corazas por la pared, que le quedan acá.

TRISTÁN.

Tente, señor, no bajes: idos son; que no era si no Traso el cojo y otros bellacos que pasaban voceando, que ya se tornan. Tente, tente, señor con las manos en la escala.

CALISTO.

¡Oh, válame Santa María! Muerto soy, confesion.

TRISTÁN.

Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caido del escala, y no habla ni se bulle.

SOSIA.

Señor, señor. A esotra puerta: tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh gran desventura!

LUCRECIA.

Escucha, escucha: ¡gran mal es este!

MELIBEA.

¿Qué es esto? ¿qué oigo? ¡amarga de mi vida!

TRISTÁN.

¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesion! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado de nuestro amo. ¡Oh dia aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA.

¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontescimiento como oigo? Ayúdame á subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mis padres. Mi bien y placer todo es ido en humo; mi alegría es perdida; consumióse mi gloria.

LUCRECIA.

Tristán, ¿qué dices, mi amor, qué es esto que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN.

Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores: cayó mi señor Calisto del escala, y es muerto; su cabeza está en tres partes; sin confesion peresció. Díselo á la triste y nueva amiga, que no espere mas su penado ama-

dor. Toma tú, Sosia, desos piés; llevemos el cuerpo de nuestro muy querido amo donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto, acompañemos la soledad, síganos desconsuelo, vístanos tristeza, cúbranos luto y dolorosa jerga.

MELIBEA.

¡Oh la mas de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo poseido el placer, tan presto venido el dolor!

LUCRECIA.

Señora, no rasques tu cara, ni meses tus cabellos. Agora en placer, agora en tristeza: ¿qué planeta hubo que tan presto contrarió su operacion? ¿Qué poco corazon es este? Levanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Díos. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.

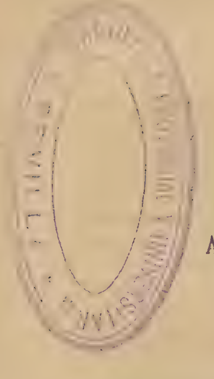
MELIBEA.

¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando? Muerta llevan mi alegría. No es tiempo de vivir. ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh ingratos mortales! ¡Jamás conoceis vuestros bienes, sino cuando dellos caresceis!

LUCRECIA.

Avívate, aviva, que mayor mengua será

hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara, acostarte has: llamaré á tu padre, y fingiremos otro mal; pues este no es para se poder encubrir.



ACTO VIGÉSIMO

—

ARGUMENTO

Lucrecia llama á la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priesa que vaya á ver á su hija Melibea. Levantado Pleberio, va á la cámara de Melibea; consuélala preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazon. Envía Melibea á su padre por algunos instrumentos músicos; suben ella y Lucrecia en una torre; envía de sí á Lucrecia; cierra tras sí la puerta. Llégase su padre al pié de la torre, descúbrele Melibea todo el negocio que habia pasado; en fin, déjase caer de la torre abajo.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO.

¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa, y con tanta importunidad y poco sosiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir, ni me dés aun espacio á me levantar?

LUCRECIA.

Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver

viva, que ni su mal conozco de fuerte, ni á ella ya de desfigurada.

PLEBERIO.

Vamos presto; anda allá; entra adelante; alza esa antepuerta, y abre bien esa ventana, porque le pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mia? ¿Qué dolor es el tuyo? ¿Que novedad es esta? ¿Qué poco esfuerzo es este? Mírame, que soy tu padre; háblame, por Dios; dime la razon de tu dolor, porque pronto sea remediado; no quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino á tí; abre esos alegres ojos, y mírame.

MELIBEA.

¡Ay dolor!

PLEBERIO.

¿Qué dolor puede ser, que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oir tu mal; no puede venir á verte de turbada. Esfuerza, aviva tu corazon, arréciate de manera que puedas tú conmigo ir á visitar á ella. Dime, alma mia, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA.

Peresció mi remedio.

PLEBERIO.

Hija mia, ¡bien amada y querida del viejo padre! por Dios, no te ponga desesperacion el cruel tormento desta tu enfermedad y pa-

sion; que los flacos corazones el dolor los argulle. Si me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, agora consista en yerbas, ó en piedras, ó en palabras, ó esté secreta en cuerpo de animales. Pues no me fatigues más, no me atormentes, no me hagas salir de seso, y dime, ¿qué sientes?

MELIBEA.

Una mortal llaga en el corazon que no me consiente hablar. No es igual á los otros males; menester es sacarlo para ser curado, que está en lo mas secreto dél.

PLEBERIO.

Temprano cobraste los sentimientos de la vejez: la mocedad toda suele ser placer y alegría, y enemiga de enojo. Levántate de ahí; vamos á ver los frescos aires de la ribera, y alegrarte has: con tu madre descansará tu pena. Cata, si huyes del placer, no hay cosa mas contraria á tu mal.

MELIBEA.

Vamos donde mandares: subamos, señor, á la azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navíos: por ventura aflojará algo mi congoja.

PLEBERIO.

Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA.

Mas si á tí place, padre mio, manda traer algun instrumento de cuerdas con que sufra mi dolor, ó tañendo, ó cantando; de manera, que aunque aqueje por una parte la fuerza de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sones y alegre armonía.

PLEBERIO.

Eso, hija mia, luego es hecho; yo lo voy á mandar aparejar.

MELIBEA.

Lucrecia, amiga mia, muy alto es esto. Ya me pesa por dejar la compañía de mi padre: baja á él y dile que se pare al pié de la torre, que le quiero decir una palabra, que se me olvidó que hablase á mi madre.

LUCRECIA.

Ya voy, señora.

MELIBEA.

De todos soy dejada; bien se ha enderes-zado la manera de mi morir: algun alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, porque ninguno suba á me estorbar mi muerte, ó no me impida la partida. Mo me atajen el camino, por el cual en breve tiempo podré visitar en este dia al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho á mi voluntad: buen tiempo terné para contar á Pleberio mi señor la causa de mi ya acordado fin. ¡Gran sinrazon hago á sus

canas; gran ofensa á su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dejo! Y caso que por mi morir á mis queridos padres sus dias se disminuyesen, ¿quién duda que no haya habido otros mas crueles contra sus padres? Prusia, rey de Bitinia, sin ninguna razon, no aquejándole pena como á mí, mató á su propio padre; Ptolomeo, rey de Egipto, á su padre, y madre, y hermanos, y mujer, por gozar de una manceba; Orestes á su madre Clitemnestra; el cruel emperador Nero, á su madre Agripina por solo su placer la hizo matar. Estos son dignos de culpa; estos son verdaderos parricidas, que no yo: que si doy pena con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor me pueden poner. Otros muchos crueles hubo que mataron hijos y hermanos, debajo de cuyos yerros el mio no paresce tan grande. Filipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia; Medea, la nigromántica: todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razon, quedando sus personas á salvo. Finalmente, me ocurre aquella gran crueldad de Fraates, rey de los parthos, que porque no quedase sucesor despues dél, mató á Orode, su viejo padre, y á su único hijo, y treinta hermanos suyos. Estos fueron delitos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, mataban sus mayores y descendientes y hermanos. Verdad es que aunque todo esto así sea, no habia de imitarles en lo que mal le hicieron; pero no es mas en mi mano, ni he fuerza para resistir.

Tú, Señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder: ves ¡cuán captiva tengo mi libertad; cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero, que priva el que tengo con los vivos padres!

PLEBERIO.

Hija Melibea, ¿qué haces sola? ¿Qué es tu voluntad decirme? ¿Quierés que suba allá?

MELIBEA.

Padre mio, no pugnes ni trabajes por venir adonde yo estoy, que estorbarias la presente habla que te quiero hacer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija: mi fin es llegado; llegado es mi descanso y tu pasion; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida: no la interrumpas con lloro ni palabras; si no, quedarás más quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes, ni respondas, más que lo que de mi grado decirte quisiere; porque cuando el corazon está embargado de pasion, están cerrados los oidos al consejo; y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrescientan la saña. Oye, padre viejo, mis últimas palabras, y si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y

doloroso sentimiento que toda la ciudad hace; bien oiste este clamor de campana, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas; de todo esto soy yo causa. Yo cubrí de luto y jergas en este dia casi la mayor parte de la ciudadana caballería; yo dejé muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas á pobres y envergonzantes; yo fuí ocasion que los muertos tuviesen compañía del más acabado hombre que en gracias nasció; yo quité á los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla de andar, de cortesía de virtud; yo fuí causa que la tierra goce sin tiempo el más noble cuerpo y más fresca juventud, que al mundo era de nuestra edad criada. Y porque estarás espantado con el sonido de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho. Muchos dias son pasados, padre mio, que penaba por amor de un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste, asimismo á sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad á todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor, y tan poco el lugar para hablarme, que descubrió su pasion á una astuta y sagaz mujer, que llamaban Celestina; la cual, de su parte venida á mi, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí á ella lo que á mi querida madre encubria; tuvo manera como ganó mi querer; ordenó cómo su deseo y el mio hubiese efecto. Si él mucho me amaba, no vivió engañado; concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecucion de su voluntad.

Vencida de su amor, díle entrada en tu casa: quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi casto propósito; perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos casi un mes; y como esta pasada noche viniese, segun era acostumbrado, á la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, segun su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traia no diestros en aquel género de servicio, y él bajaba presuroso á ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle, con el gran ímpetu que llevaba no vido bien los pasos, puso el pié en vacio y cayó, y de la triste caida sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confesion su vida; cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad seria, padre mio, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida á la mia; convídame, y es fuerza que sea presto sin dilacion: muéstrame que he de ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí *á muertos y á idos.* Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy: detente, si me esperas: no me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta á mi viejo padre, pues le debo mucho más. ¡Oh padre mio, muy amado! Ruégote, si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas;

juntas nos hagan nuestras exequias. Algunas consolatorias palabras te diria antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros, que por aclarar más mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria con la gran turbacion me las ha perdido. y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame á mi cara y amada madre: sepa de ti largamente la triste razon por que muero. ¡Gran placer llevo de no ver la presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez; que en largos dias tristeza se sufren. Rescibe las arras de tu senetud antigua, rescibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de tí, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella; á él ofrezco mi ánima: pon tú en cobro este cuerpo que allá baja.

ACTO VIGÉSIMO PRIMO

—

ARGUMENTO

Pleberio torna á su cámara con grandísimo llanto; pregúntale Alisa, su mujer, la causa de tan súbito mal; cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della todo hecho pedazos, y haciendo su llanto concluye.

ALISA, PLEBERIO.

ALISA.

¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estaba adormida del pesar que hube cuando oí decir que sentia dolor nuestra hija; agora oyendo tus gemidos y tus voces tan altas, tus quejas no acostumbradas, tu llanto y congoja de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazon, así avivaron mis turbados sentidos, que ya el rescebido pesar alancé de mí. Un dolor saca á otro. un sentimiento otro. Dime las causas de tus quejas. ¿Por qué maldices tu honrada vejez; por qué pides la muerte; por qué arrancas tus blancos cabellos; por

qué hieres tu honrada cara? ¿Es álgun mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, porque si ella pena, no quiero yo vivir.

PLEBERIO.

¡Ay, ay, amada mujer! Nuestro bien todo es perdido; no queramos más vivir! Y porque el incogitado dolor te dé más pena todo junto sin pensarlo; porque mas presto vayas al sepulcro; porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ve allí la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos. La causa supe della, y mas la he sabido por estenso desta su triste sirviente: ayúdame á llorar nuestra allegada postrimería. ¡Oh gentes que venís á mi dolor; oh amigos y señores, ayudadme á sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad seria que viva yo sobre ti. Mas dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte. Turbóse la órden del morir con la tristeza que te aquejaba. ¡Oh mis canas, salidas para haber pesar! Mejor gozara de vosotros la tierra que de aquellos rubios cabellos que presentes veo. Fuertes dias me sobran para vivir: ¿quejarme he de la muerte? ¿Incusarle he su dilacion? Cuanto tiempo me dejare solo después de tí, fálteme la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh mujer mia! Levántate de sobre ella, y si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento y sospirar: y si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dejado esta vida de dolor, ¿por qué quisiste que lo pasase yo todo? En esto teneis ventaja las

hembras á los varones, que puede gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir, ó á lo menos perdeis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazon de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edifiqué torres? ¿Para quién adquirí honras? Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordomo de los temporales bienes! ¿Por qué no ejecutaste tu cruel ira, tus mudables ondas en aquello que á tí es sujeto? ¿Por qué no destruiste mi patrimonio? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dejárasme aquella florida planta, en quien tú poder no tenias: diérasme fortuna fluctuosa, triste la mocedad con vejez alegre, no pervirtieras la órden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la recia y robusta edad, que no en la flaca postrimería. ¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! Muchos en tus calidades metieron la mano, diversas cosas por oidas de tí contaron; yo por triste esperiencia lo contaré, como á quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron. Como aquel que mucho ha hasta agora callado tus falsas propiedades, por no encender con odio tu ira, porque no me secases sin tiempo esta flor, que este dia echaste de tu poder. Pues agora sin temor, como quien no tiene qué perder, como aquel á quien tu compañía es ya enojosa, caminaré como camina el

pobre, que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta voz; yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna órden: agora visto el pró y la contra de tus bonanzas, me parescen un labirinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, region llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, fuente de cuidados, rio de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor. Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples; échasnos de tí, porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus vicios, muy descuidados á rienda suelta; descúbresnos la celada, cuando ya no hay lugar de volver. Muchos te dejaron con temor de tu arrebatado dejar; bienaventurados se llamarán, cuando vean el galardon que á este triste viejo has dado en pago de tan largo servicio. Quiébrasnos el ojo y úntasnos con consuelo el casco: haces mal á todos, porque ningun triste se halle solo en ninguna adversidad. Diciendo que es alivio á los míseros, como yo tener compañeros en la pena; pues, desconsolado viejo, ¡qué solo estoy! Yo fuí lastimado sin haber igual compañero de semejante dolor, aunque mas en mi fatigada memoria revuelvo pre-

sentes y pasados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniera á consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete dias, diciendo, que su animosidad obró, que consolase él al pueblo romano, y no el pueblo á él; no me satisface, que otros le quedaban dados en adopcion. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, capitán ateniense, ni el fuerte Jenofon; pues sus pérdidas fueron de hijos ausentes de sus tierras? Ni fué mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensajero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venia á pedir, que no rescibiese él pena, que él no sentia pesar; que todo esto bien diferente es á mi mal. Pues menos podrás decir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo. muerta mi amada hija, lo que él á su único hijo, que dijo: como yo fuese mortal, sabia que habia de morir el que yo engendrara; porque Melibea mató á sí misma de su voluntad ante mis ojos con su gran fatiga de amor, que le aquejaba. Al otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh incomparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo! Que cuanto mas busco consuelos, menos razon hallo para me consolar: que si el profeta rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar, diciendo, que era casi locura llorar lo irrecuperable, quedábanle otros muchos, con que soldase su llaga. Y yo no lloro triste á ella muerta; pero la causa desastrada de su morir.

Agora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores, que cada dia me espavorescian; sola tu muerte es la que á mí me hace seguro de sospecha. ¿Qué haré, cuando entre en tu cámara y retraimiento, y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me haces? Ninguno perdió lo que yo el dia de hoy, aunque algo conforme parezca á la fuerte animosidad de Lambas de Aurea, duque de los jinoveses, que á su hijo herido con sus brazos desde la nao echó en la mar: porque todas estas son muertes, que si roban la vida, es forzado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forzó á mi hija á morir, sino la fuerte fuerza de amor? Pues, mundo halaguero, ¿qué remedio das á mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en tí, conosciendo tus falsías, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? Muerta mi hija, ¿quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalos mis años que caducan? ¡Oh amor, amor! ¡Qué no pensé que tenias fuerza ni poder de matar á tus sujetos! Herida fué de tí mi juventud; por medio de tus brasas pasé: ¿cómo me faltaste, para me dar la paga de la huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me habia librado, cuando los cuarenta años toqué; cuando fuí contento con mi conyugal compañera; cuando me ví con el fruto que me cortaste el dia de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres: ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego; sana dejas la ropa, y

lastimas el corazon. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dió tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarias á tus sirvientes; si los amases, no les darias pena; si alegres viviesen, no se matarian, como agora mi amada hija. Dime ¿en qué pararon tus sirvientes y sus ministros? ¿Y la falsa alcahueta Celestina? Murió á manos de los más fieles compañeros que ella para su servicio emponzoñado jamás halló. Ellos murieron degollados, Calisto despeñado; mi triste hi;a quiso tomar la misma muerte por seguirle: todo esto causas: dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. No das iguales galardones: inícua es la ley, que á todos igual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste, ó de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traidos. Cata, que Dios mata los que crió: tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razon, á los que ménos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin órden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo, pónente un arco en la mano, con que tires á tiento: más ciegos son tus ministros, que jamás sienten ni ven el desabrido galardon que se saca de tú servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamás hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas; las cuales son tantas, que de quien comenzar

pueda, apenas me ocurre. No sólo de cristianos, más gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, de cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por tí Páris? ¿qué Elena? ¿qué hizo Cliptemnestra? ¿qué Egisto? Todo el mundo lo sabe. Pues á Safo, Ariadna. á Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomon no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sanson pagó lo que meresció, por creerse de quien tú le forzaste á darla fé; y otros muchos callo, porque tengo harto que contar en mi mal. Del mundo me quejo, porque así se me crió; porque no me dando vida, no engendrara en él á Melibea; no nascida no amara; no amando cesara mi queja y desconsolada postrimería. ¡Oh mi compañera buena y mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte ¿Por qué no tuviste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostrastes tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lacrimarum valle?*

Concluye el autor aplicando la obra al propósito por que la acabó.

Pues aquí vemos cuán mal fenescieron
Aquestos amantes, huigamos su danza.
Amemos aquel que espinas y lanza,
Azotes y clavos su sangre vertieron
Los falsos judíos su faz escupieron:
Vinagre con hiel fué su potacion,
Porque nos lleve con el buen ladron,
De dos que á su sanctos lados pusieron
No dudes ni hayas vergüenza, lector,
Narrar lo lascivo que aquí te se muestra;
Que siendo discreto verás, que es la muestra
Por donde se vende la honesta labor.
De nuestra vil masa con tal lamedor
Consiente cosquillas de alto consejo,
Con motes y trufas del tiempo mas viejo,
Escritas á vueltas le ponen sabor.
Y así no me juzgues por eso liviano;
Mas antes celoso de limpio vivir,
Celoso de amar, temer y servir
Al alto Señor y Dios soberano.
Por ende, si vieres turbada mi mano,
Turbias con claras mezclando razones,
Deja las burlas, que es paja y granzones,
Sacando muy limpio d'entrellas el grano.

ALONSO DE PROAZA,

el corrector de la impresion, al lector.

La arpa de Orfeo y dulce armonía
Forzaba las piedras venir á su son;
Abrie los palacios del triste Pluton;
Las rápidas aguas parar las hacia;

Ni ave volaba, ni bruto pascia;
Ella sentaba en los muros tebanos
Las piedras, y traia sin fuerza de manos,
Segun la dulzura con que se tañia.

Prosigue y aplica.

Pues mucho mas puede tu lengua hacer,
Lector, con la obra que aquí te refiero,
Que á un corazon mas duro que acero,
Bien la leyendo harás liquescer;
Harás al que ama, amar no querer;
Harás no ser triste al triste penado;
Al que es sin aviso harás avisado;
Así que, no es tanto las piedras mover.

Prosigue.

No debujó la cómica mano
De Nevio ni Plauto, varones prudentes,
Tan bien los engaños de falsos sirvientes
Y malas mujeres, en metro romano.
Cratino y Menandro y Magnes anciano
Esta materia supieron apenas
Pintar en estilo primero de Atenas,
Como este poeta en su castellano.

Dice el modo que se ha de tener leyendo esta tragi-comedia.

Si amas, y quieres á mucha atencion,
Leyendo á Calisto, mover los oyentes,
Cumple, que sepas hablar entre dientes,
A veces con gozo, esperanza y pasion;
A veces airado con gran turbacion.
Finge leyendo mil artes y modos,
Pregunta y responde por boca de todos.

Llorando y riyendo en tiempo y sazon.

Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro.

No quiere mi pluma ni manda razon,
Que quede la fama de aqueste gran hombre.
Ni su digna gloria, ni su claro nombre
Cubierto de olvido por nuestra ocasion.
Por ende juntemos de cada renglon
De sus once coplas la letra primera,
Las cuales descubren por sábia manera
Su nombre, su tierra, su clara nacion.

LAUS DEO.

Describe el tiempo en que la obra la primera vez se imprimió.

El carro de Febo después de haber dado
Mil é quinientas dos vueltas en rueda,
Ambos entónces los hijos de Leda
A Febo en su casa tienen posentado,
Cuando este muy dulce é breve tractado
Después de revisto é bien corregido,
Con gran vigilancia puntado é leido,
Fué en Sevilla impreso é acabado.

FIN.

INDICE.



FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.


Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600717394


ROJAS
LA
CELESTINA